

WILSON IZQUIERDO GONZÁLEZ



EL ESPURIO

Novela



El autor de este libro —“*El Espurio*”— es Wilson Izquierdo González. Él, es natural de Calzada, provincia de Moyobamba, región San Martín, esplendorosa Selva del Valle del Alto Mayo.

Los recuerdos de la niñez del protagonista, o sea las historias que le contaran, tanto su abuela allá en su tierra natal, como su madre en Cajamarca, enlazados afectiva y simbióticamente con las experiencias que le toca vivir en otras comarcas no menos pintorescas del país —por motivos de trabajo—, constituyen las fuentes de inspiración que producen esta suigéneris y algo auto biográfica, novela del autor.

Podría decirse que “*El Espurio*” se convierte en esta alucinante novela, cuando el protagonista: Alfredo Izaguirre González comienza a rememorar la historia de sus ancestros, tanto maternos como paternos, después de que el padre de éste, le negara arreglar el término “*espurio*”, de mayor carga peyorativa y semántica que “*bastardo*”, escrita en su partida de

nacimiento que, ni su padre ni su madre llegan a registrar ante el datario de la Municipalidad Distrital de “*La Ochora*”.

Por eso la novela se inicia con la historia de una “*maldita*” partida de nacimiento. Luego sobrevienen un sin número de narraciones sobre los orígenes y otras particularidades narrativas de su familia materna y paterna, en donde el epílogo de la historia termina cuando padre e hijo se reconcilian, aunque como se dice aquí, con los pedazos pegados donde, la cicatriz de una ruptura, permanecen indelebles.

El autor ha sido merecedor de diversos premios y reconocimientos por su producción literaria. Es el ganador del concurso de cuento “*Horacio 2007*” con su libro de cuentos “*La Ochora*” y del premio “*Inca Garcilaso de la Vega*” a nivel latinoamericano por su obra: “*Los caimitos de La Ochora*”. Además, ha sido declarado, en mérito a su producción literaria, como hijo predilecto en su tierra natal y en Cajamarca, la ciudad donde ahora vive

Wilson Izquierdo González

Novela

El Espurio

**Edición familiar a cargo de:
Edinson Navarro González**

Cajamarca, Perú.

© “*El Espurio*” (Novela)

© Autor: Wilson Izquierdo González
Cajamarca, 2021

Email: wilizquierdogon@gmail.com

© Carátula: Fotografía: *¿Espurio? Y... ¿eso que importa?*
de Dennis Izquierdo García

© Grupo Editorial “El Griego”

Fonavi II -Edificio 13 – Departamento 201
Cajamarca, Perú

Qilqasqa Peru llaqtapi

Hecho e impreso en el Perú

Imprimè au Pèrou

Printed in Peru

Tiraje 100 ejemplares

DEDICATORIA

A los dos amores más grandes que tuve en mi vida:

mi abuela:

Isolina Escalante Rojas

y,

mi madre:

María Ida González Escalante.

El autor.

SUMARIO

00.	Prólogo del autor	009
01.	Capítulo I	013
02.	Capítulo II	039
03.	Capítulo III	055
04.	Capítulo IV	069
05.	Capítulo V	085
06.	Capítulo VI	099
07.	Capítulo VII	113
08.	Capítulo VIII	125
09.	Capítulo IX	138
10.	Capítulo X	154
11.	Capítulo XI	170
12.	Capítulo XII	185
13.	Capítulo XIII	197
14.	Capítulo XIV	209
15.	Capítulo XV	223
16.	Capítulo XVI	235
17.	Capítulo XVII	245
18.	Capítulo XVIII	261
19.	Capítulo XIX	273
20.	Capítulo XX	289
21.	Epílogo	301

PRÓLOGO DEL AUTOR

En el mes de diciembre del año de mil novecientos cincuenta y tres, Alfredo Izaguirre reconoció por segunda vez a su madre. Cursaba el tercer año de primaria en la escuela de varones de la *La Ochora*, su pueblo natal, tenía diez años de edad y su profesor ese año fue don Domingo Vela. Es de presumir que entraría a la escuela pasados los seis años de edad, en lugar de los cinco normales —por cumplir sus años en diciembre—, a lo que en ese tiempo era “*la pre escolar*” y que se cursaba en la escuela elemental. Allí estudió la propia “*pre*” y la “*transición*”. En la “*pre*” —cuenta él—, que le hacían cantar, danzar y escribir solo redondos y rayas, y que en la “*transición*” recién aprendió a leer y escribir, siendo su primer libro de lectura “*Pancho y Beatriz*”.

Su madre —se narra— que llegó procedente de Tarma —según su abuela, un pueblo de la sierra, en Junín—, con sus hermanos menores Lucho y Celina, a la cual no le cayeron bien, ni los zancudos ni los mosquitos, porque le producían muchas ampollas y llaguitas en las piernas y los brazos. La curaban con hojas de verbena y hierba santa, que su madre hervía en una de las pocas ollas de aluminio que su abuela tenía; pues, las demás eran de greda quemada. Celina se curó de esos males cuando su abuela le hizo blusas de manga larga y overoles.

Según lo que se narra en el libro “*El Espurio*”, la madre de Alfredo era muy bonita a los ojos de niño de éste; pero, decía

que él la consideraba como si fuera sólo su tía. Para él, su abuela era la única madre que siempre tuvo. Ella lo crio desde un año de edad. Las razones por las que no vivió Alfredo con su madre, se detallan en este libro y, pasarían muchas lunas y veranos para que la llegara a reconocer como su verdadera progenitora. La primera vez que, dejando a su abuela en *La Ochora* se vino a Cajamarca a estar con su madre, fue en el año de mil novecientos cincuenta y cinco.

Se detalla en la novela que, en ese tiempo, la única manera de salir de la selva hacia la costa o la sierra, era por avión. No existía otra forma de hacer ese viaje, salvo por tierra, por los bravos, escabrosos y penosos caminos de herradura existentes. Alfredo hizo ese viaje, esa vez, en avión. Su padre le avió en el aeropuerto de Moyobamba, y lo embarcó bajo la supervisión de un colega suyo del colegio “Serafín Filomeno” bien embutido en un singular saquito tipo lechuga. Llegó a Trujillo casi sin poder oír, después de hora y media de ensordecedor vuelo del avión bimotor de Faucett, donde le esperaba su tío Arturo, hermano de su abuelita.

En el año de mil novecientos cincuenta, cuando tuvo seis años, se cuenta que Alfredo experimentó por primera vez el atronador ruido de esos motores del avión. Ese vuelo fue de Moyobamba a Chiclayo y lo hizo en compañía de su abuela —quien, antes del vuelo, le taconeó los oídos con algodón, para evitarle la sordera posterior— más la hermana menor María de su abuela, que era directora de la escuela de mujeres de *La Ochora* y su hijo Hugo, que fue su compañero de

asiento y quien le asistió en los vómitos que le ocasionó viajar en avión por primera vez. De Chiclayo a Lima todos ellos hicieron el viaje en unos buses de color celeste y blanco de la empresa “*Nor Pacífico*” con asientos de cuero marrón. Alfredo cuenta que Llegó a Lima con la ropa de chasqui blanco, todo pintado de ese color.

Alfredo narra en la novela, también; que, a los seis años, en aquella oportunidad que se fue a Liman con su abuela, fue la primera vez que conoció a su madre. Ella vivía en una quinta de la cuadra catorce del jirón Ancash en Barrios Altos, con su suegra Celina Chávez, su esposo Gonzalo, sus tres hijos y una sobrina de nombre Rosa, que su madre criaba como si fuera hija suya. Que, por más que le decían que aquella mujer de tez blanca y ojos negros era su madre, él no aceptaba que eso sea cierto. Por último, la vez en que su abuela Isolina le dejó allí con su madre, él no aceptó dormir con ella esa noche y prefirió hacerlo con Rosa y su abuelita Celina, en una cama amplia que esa abuela tenía. Era el destino que jugaba con ellos; porque, veintidós años más tarde, ambos contrajeron matrimonio civil y religioso.

Si bien en la novela “*El Espurio*” Alfredo Izaguirre es el personaje que se identifica como tal, los primeros capítulos están referidos íntegramente a sus orígenes. Allí se describen los antecedentes o la historia de los ancestros de “*este hijo espurio*”, tanto maternos como paternos. Allí se establece, sin lugar a dudas, que una fuerza interior muy poderosa, hace que en Saposoa se lleguen a juntar y a conocerse, los padres de

María Ida, con los padres y el mismo Hildebrando F. Izaguirre Ríos, después de una serie de escalas que, comenzando en Huacapampa, tuvieron paradas y estadías en Cajabamba, Huamachuco, Parcoy y Tayabamba hasta llegar finalmente, a Saposoa, que es donde se conocen. De la otra parte, el abuelo de Hildebrando es de Ecuador, y llega a Saposoa después de una asonada contra el presidente de ese país.

Te encantará, amigo lector, conocer cómo es que Alfredo Izaguirre al nacer, es registrado en *La Ochora* como hijo *espurio* de Hildebrando Izaguirre y María Ida González. Te ilustrará saber, igualmente, cuáles eran los terribles prejuicios de la época aquella, que hace que una madre deje a su primer y único hijo, hasta ese entonces, en poder de su abuela, que enviudó a los treinta y nueve años, “*con ocho hijos todavía para terminar de criar*”, en ese pueblo escondido de la selva del Alto Mayo, tan generoso y feraz en tierras de cultivo que es *La Ochora*.

Finalmente, podrás verificar cómo los rezagos de algunos resentimientos perviven en las personas que, a veces, quieres, respetas y amas. Comprobarás igualmente, que a pesar de todas las vicisitudes que las familias y las personas que las integran puedan pasar, el amor fraterno triunfa al fin, aunque, como dice el autor, las cicatrices quedan como en un frasco de cristal que se rompe y que es reconstruida con algún pegamento, invisible al ojo, pero no al corazón.

El autor.

CAPITULO I

Una maldita partida de nacimiento

— Mamacita, lo que yo quiero es estudiar medicina. Como verás, acabo de concluir la secundaria y, después de pensarlo mucho, eso es lo que quiero ser.

— Hay hijo lindo, si por mi fuera, no sólo medicina te haría estudiar... Tengo la seguridad que, más de una vez, le habrás escuchado a tu abuela Isolina decir: “El querer es natural y el no poder es fatal” —y esa conversación de Alfredo con su madre quedó finiquitada para siempre de ese modo—.

Era comienzos de mil novecientos sesenta y dos, año que arrancó movido en Cajamarca por una lucha sin cuartel iniciada por los estudiantes que, todos los días sin tregua ni signos de cansancio, realizaban reuniones y marchas cívicas por las calles de la ciudad. Los mítines se llevaban

a cabo en cualquier lugar propicio, con oradores que para el caso había de sobra. Los participantes eran siempre grupos grandes y bulliciosos de estudiantes, de padres de familia y de profesores, que requerían a gritos ser atendidos por el Estado con la creación de una universidad nacional.

La educación superior privada no era todavía por aquellos años, una alternativa de solución para los problemas de demanda social de centros de educación superior universitaria. Ni siquiera en el cerebro más imaginativo de algún empresario realmente emprendedor, porque ese tipo de capacidad simplemente no estaba desarrollado como una potencialidad en su mente y porque, sobre eso, existía la creencia generalizada de que el único que podía impartir educación superior era justamente “papá Estado”.

Por ese detalle, para todo el enorme “Norte del Perú”, este tenía en funcionamiento sólo a la Universidad de Trujillo y, en Cajamarca, tenía como únicos centros superiores de estudios profesionales, a una Escuela Normal de Varones y a otra de Mujeres. La de hombres, era regentada por hermanos maristas y la de mujeres por monjas dominicas que, se olvidaron del libre albedrío con el que Dios dotó a su creación: el hombre y, conducían la educación de las señoritas a su cargo con mucha disciplina y rosarios.

El año anterior de mil novecientos sesenta y uno, Alfredo Izaguirre González al igual que cerca de ciento veinte de sus compañeros de promoción, acababa de concluir el quinto año de secundaria común en el “centenario” Colegio

“San Ramón” —allí todavía no era “glorioso” ni mucho menos “emblemático”— y como casi todos ellos, estaba metido de cabeza con pelos y todo, en cada una de las manifestaciones políticas aquellas, que se habían convertido en el pan de cada día y en una de sus aspiraciones más caras: lograr tener una universidad nacional. No era posible que sólo Trujillo tuviera el privilegio de tener universidad. La ciudad de Cajamarca, además de ser la capital del departamento, era ya lo suficientemente grande y prestigiosa como para querer tener su propia universidad.

Alfredo Izaguirre González acostumbraba trabajar en todas sus vacaciones de fin de año, —desde que vino de *La Ochora* a quedarse en Cajamarca, allá por el año de mil novecientos cincuenta y nueve— en la oficina principal de la “*Empresa A. y S. Díaz y Cía.*”, de transporte de pasajeros, que funcionaba en la plaza de armas y cuyos dueños eran parientes algo cercanos de su madre María Ida González Escalante. Pero ese año no lo hizo. Tan pronto logró recabar los certificados oficiales de estudios de su colegio y los demás documentos necesarios para postular a la universidad, viajó a Trujillo decidido a tentar su ingreso a la carrera de medicina. Hasta la fecha, en esta carrera, el ingreso es demasiado difícil; pero, eso no lo amilanó. Sabía que era buen alumno.

Antes de hacer esa tentativa, en las vacaciones de agosto del año anterior, cuando cursaba todavía el quinto año de

educación secundaria, viajó a Lima para entrevistarse con su padre: Hildebrando Izaguirre Ríos, a fin de asegurarse el tipo de ayuda que él requería para estudiar medicina. Su padre al enterarse de aquellos afanes juveniles suyos, aquella vez le advirtió con mucha franqueza y sinceridad en la reunión que tuvieron:

— Hijo, la verdad es que no podré ayudarte a realizar esa proeza. La carrera de medicina es muy larga y aunque no lo creas, es muy cara. Me dices que piensas estudiar en la Universidad de Trujillo. Eso estaría muy bien, pero para estar allí vas a tener que conseguirte por lo menos un cuarto y una pensión. Allí está justamente el problema, hijo. Como tú bien sabes, tus ocho hermanos de la casa, más Pepe y tú, suman diez.

Sabes igualmente que yo trabajo ahora, durante el día como Jefe de Escalafón y Estadística en el Ministerio de Educación, y por las noches como profesor por horas en el Colegio Nuestra Señora de Guadalupe. Mi esposa, Rosa María, acá en Lima no trabaja, a diferencia de cuando vivíamos en Moyobamba, en donde también trabajaba como profesora en una escuela elemental de *Llucllucucha*.

Por lo tanto, solamente tengo esos dos ingresos y todos mis hijos están estudiando, la mayoría de ellos la profesión y, en el caso de Anita, todavía la secundaria. Aunque quisiera hijo, no podría ayudarte más que con los ciento cincuenta soles mensuales que lo he estado haciendo mientras estabas estudiando en el colegio.

— De esa ayuda papá no sabe usted cuánto le estoy agradecido. Pero como usted mismo acaba de especificar, durante los períodos vacacionales no he recibido nunca nada que provenga de usted. Siempre me las he ingeniado para ganar algo con mi trabajo.

— Eso es lo bueno de ti hijo. Yo admiro mucho eso en tu persona. Eres un jovencito con gran iniciativa y sobre todo con un gran espíritu de trabajo. Has de comprender, sin embargo, que esos eran los meses en los que yo trataba de recuperarme de los esfuerzos realizados todo el año. No es fácil educar a diez hijos con sueldo de maestro, pero como ves, yo lo hago. A pesar del bajo sueldo que tenemos los profesores, esa carrera es justamente la que tú debes estudiar. He pensado mucho sobre eso, hijo. Para mí lo más sensato es que estudies allá en Cajamarca, al lado de tu madre. No hay nada mejor que estudiar junto a nuestra madre, en nuestra casa y en nuestra ciudad. Ya tú has experimentado lo que significa no contar con esas condiciones, porque tú has probado lo que es eso cuando tuviste que estudiar primer y segundo año de media en Moyobamba. Así que... no se hable más, regresa hijo a Cajamarca decidido a estudiar para profesor en la Escuela Normal de allí. Para eso puedo ayudarte, pero para medicina, francamente yo no me comprometo... y te lo digo con mucha franqueza. Cuanto quisiera que tú también estudies medicina como lo está haciendo tu hermano Lucho, pero no puedo ayudarte para eso ni con un sol más de lo que ya te doy.

— Yo trabajaría en las vacaciones, papá. Y de ser posible trabajaría, aunque sea por las noches. Estoy dispuesto a hacer cualquier sacrificio, pero yo quiero ser médico, papá, esa ha sido mi más grande aspiración. Además, junto con la matemática que me gusta y en la que obtengo buenas calificaciones, lo que me cautiva mucho es también la anatomía, la fisiología y la biología, asignaturas en las que tampoco me va mal.

— El que estudia medicina no puede trabajar ni por las noches ni en vacaciones, Alfredo. Eso lo sé por experiencia. Es una carrera muy exigente. Demasiado exigente... Sin embargo, ese no es el problema fundamental. El caso es que, lo que ahora gano no me alcanza para costearte esos estudios.

— Bien papá. Entonces no me queda más remedio que estudiar en Cajamarca para profesor, cómo tú dices que puedes y que quieres en el fondo —le respondió Alfredo a su padre, pensando que le sería fácil sacarle la vuelta y estudiar para profesor sí, pero en la universidad cuya creación se estaba luchando Cajamarca—.

— Y no te vas arrepentir, por Dios, hijo. Cuando termines tus estudios puedes estudiar lo que quieras. Tu sueldo de profesor te puede permitir no sólo estudiar medicina, puedes estudiar lo que tú quieras. Pero... para eso no vayas a resultar consiguiéndote mujer ni mucho menos haciéndote de hijos. Eso sí.

— Bueno papá, en eso quedamos. Tu seguirás ayudándome si estudio para profesor en Cajamarca, ¿no es cierto?

— Claro que si hijo. Eso es a lo que yo me comprometo ahora contigo, midiendo bien mis fuerzas y sabiendo a qué atenerme.

Qué bueno que así hubiera sido. Cuando regresó a la casa que su tía María Escalante tenía en el barrio de Lince y donde Alfredo estaba alojado, se encontró allí con uno de los hermanos de su abuela: Arturo Escalante Rojas. Cómo era mucho más fácil para Alfredo viajar a Trujillo primero y de allí a Cajamarca en los buses de la Empresa Díaz, donde si no tenía la oportunidad de hacer ese viaje con su padre político Gonzalo Cabanillas, podría hacerlo, también gratis, con cualquiera de los choferes de esa empresa, que lo conocían por ser ex trabajador de ella. Pensando así se conchabó con su tío Arturo para ir a tomar el carro a Trujillo por la salida al Norte, en lo que ahora es el Puente Trompeta de San Martín de Porres, donde había ya ciertos paraderos informales de pasajeros y se conseguía pasaje hasta Trujillo por diez soles a lo mucho.

Durante el viaje Alfredo Izaguirre comentó con su tío Arturo la conversación que tuvo con su padre. Le explicó que, como sus diez hijos, incluido él, estaban estudiando, ya no le era posible ayudarle con más dinero, por lo que le dijo que, lo mejor para él, era que estudie en Cajamarca, en la escuela Normal y al lado de su madre.

— Que canijo que es tu padre sobrinito y perdóname que te lo diga de este modo. Allá en Trujillo han estado estudiando hasta hace poco dos de tus hermanos. Lucho, que estuvo estudiando medicina y Jorge que ha estado estudiando para dentista. Claro, ahora ya ha logrado que ambos se trasladen a Lima a la universidad de San Marcos, pero si para ellos ha tenido dinero ¿cómo es que para ti ahora ya no va a tener?

— Bueno tío eso es lo que me ha dicho justamente ayer y yo creo que debe ser así. Es verdad que somos diez hermanos y todos estamos estudiando. Eso es tan cierto tío Arturito como que, por ser profesor, el dinero que gana no es suficiente...

— Cuando se tiene hijos, tenemos que ser iguales con todos. Que saque, la plata, aunque sea de la carpeta de Judas, pero tú, si has decidido ser doctor, él te tiene que ayudar. Así ha quedado conmigo, con tu tío Pancho y con tu tío Lucho, la vez que la familia estuvo a punto de meterlo a la cárcel por haberse aprovechado de tu madre cuando apenas tenía diecisiete años y era menor de edad. A ese arreglo se tuvo que llegar cristianamente hijo, para que su familia no se quede abandonada, en caso de que a él lo hubieran metido a la cárcel. Eso me costó mucho trabajo y hasta una gran enemistad con tu tío Lucho, que quería verlo encarcelado sin pensar en nada más. Como a tu abuelita Isolina si le pareció también caritativo este trato, porque ella es una gran mujer, tu tío Lucho ya no tuvo otra cosa

que hacer. Pero se enojó conmigo y su enojo le duró mucho tiempo. Pero, ¡tú que has decidido hacer sobrino!

— Como eso de estudiar medicina en Trujillo no va a poder ser, pienso que podría estudiar para profesor, pero en la universidad de Cajamarca que está a punto de crearse, tío Arturito.

— Eso de que el Estado cree una nueva universidad en Cajamarca, sobrino, está más verde que guayaba tierna. Y si así fuera, con esa buena cabeza que tienes para el estudio, es un desperdicio que lo hagas para profesor. No estudies esa carrera hijo, yo te digo por la experiencia que me da ser ahora un profesor jubilado. Si lo haces, toda tu vida vas a tener que estar oliendo los pestíferos pedos que se tiran los alumnos... no, no estudies para profesor hijito. Si tu padre no te quiere ayudar, yo te ofrezco mi casa y, un plato de comida en ella, no ha de faltar sobrino...

Alfredo Izaguirre González se presentó ese año a medicina en la universidad de Trujillo, pero no logró su ingreso. Como siempre ocurrió cuando las universidades tenían alumnos postulantes en exceso, el proceso de selección de los estudiantes en los exámenes de admisión, eran muy especiales. Muchos ingresaban “*de frente*” al rendir en forma excelente las pruebas de evaluación, pero un buen porcentaje de los que “*no aprobaban*” servía para seleccionar de entre ellos a los que ingresaban después “*por la ventana*” mediante el procedimiento de “*revisión de los exámenes*” que el estudiante tenía que pedir, pagando

previamente por lo bajo un recibo por la suma de cuatrocientos soles.

Allí comenzó a aparecer el entuerto para Alfredo. ¿A quién le pediría ese dinero para pagar el dichoso recibo? Su padre, al enterarse de que los acuerdos a los que hubieron arribado no fueron tomados en cuenta para nada, le escribió de inmediato una carta indicándole taxativamente que, si él había decidido tomar su propio camino para estudiar medicina, pues, lo tendría que hacer en forma autónoma y sin su ayuda.

El entripado aquel de la “*revisión de exámenes*” fue conocido por Alfredo, porque cuando fue a retirar su expediente que la universidad había indicado que devolvería a los interesados que no lograran ingresar, una compañera de estudios de la academia que tampoco hubo ingresado “*de frente*” le dio, con pelos y señales, el camino que optaron ella y su padre para ingresar; pero, por “*la ventana*”. “*Lo que valía era ingresar*”, le dijo con mucha convicción y muy suelta de huesos.

Como ya no había nada qué hacer por no disponer de los dichosos cuatrocientos soles aquellos, que sin ser mucho dinero la gente pobre no lo tenía, Alfredo regresó a Cajamarca y se reintegró de lleno a los mítines y marchas cívicas que, en lugar de disminuir en su ausencia, arreciaron mucho más de lo que él esperó. Sin embargo, el Estado seguía con la cantaleta de que no disponía de fondos para crear esta nueva universidad. Según parecía, todo hacía

suponer que, por lo menos ese año, no se daría la tal creación. Ante esta nueva situación, Alfredo escribió una carta a su padre pidiéndole disculpas por lo que había hecho y éste le contestó de inmediato que se vaya a Lima a entrevistarse de nuevo con él para ver que podría hacer él al respecto.

Cuando se encontraron de nuevo en Lima, su padre le propuso después de darle la consabida “*lavada de cabeza*”, que vaya a trabajar como profesor contratado sin título pedagógico. Alfredo aceptó. Y, en menos de tres días, tuvo en sus manos dos copias hechas con papel carbón, de su resolución de contrato respectiva. Su padre había conseguido eso muy rápido. De acuerdo al documento resolutivo aquel, tendría que ir a trabajar por ese año, en la Escuela Primaria de Varones N° 78 de La Florida, uno de los caseríos más importantes del distrito de Niepos, en la provincia de Hualgayoc de ese entonces.

Como no se especificaban más datos geográficos de ubicación de La Florida, Alfredo viajó hasta Bambamarca, con resolución en mano, creyendo que de allí podría trasladarse directamente a la escuela donde trabajaría. En ese lugar se enteró que, de hacer el viaje por camino de herradura y en acémila desde Bambamarca —capital de la provincia de Hualgayoc—, hasta La Florida, éste duraría por lo menos tres días, pero que no le recomendaban hacerlo porque por esos caminos había el peligro de que sea asaltado y hasta muerto por los *pishtacos* y otros asaltantes

de caminos. También le indicaron que lo mejor sería que regrese a Cajamarca, que de allí vaya hasta Chiclayo y que de esta ciudad tome unos camiones de carga que lo llevarían hasta La Florida por la ruta de Cayaltí y siguiendo la cuenca del río Zaña.

Un día miércoles en el servicio nocturno de Cajamarca a Trujillo, de la “Empresa A. y S. Díaz”, Alfredo viajó con su padre político Gonzalo Cabanillas hasta Pacasmayo. Allí se quedó a esperar que amanezca en un pequeño hotel y, a las seis de la mañana en punto, tomó un ómnibus que venía de Lima hacia Chiclayo, y llegó hasta el cruce de Cayaltí, en donde se bajó para ir caminando hasta el pueblo a esperar allí la movilidad que le llevaría hasta la Florida. Con suerte para él, los lunes, miércoles y viernes los camiones hacían el viaje “*de subida*” a La Florida y Niepos, y los martes, jueves y sábados “*de bajada*” a Chiclayo desde estos mismos lugares. Tan pronto llegó a la Florida a eso de las tres de la tarde, después de asearse en un hotelito del lugar, fue a presentarse a su nuevo centro de trabajo y comenzó a trabajar ese mismo día.

Todo iba muy bien para Alfredo allí en ese cálido lugar, que producía café, naranjas, chirimoyas, guabas, limones, plátanos y yucas como en su pueblo natal: *La Ochora*. Pero justamente confundir los lugares y pensar que podrían ser iguales, casi le resulta fatal. Por la parte posterior del cuarto donde Alfredo logró conseguir vivienda, pasaba una acequia de agua de riego de la cual, en un balde, se recogía

el agua para el aseo personal y otras necesidades. Sin medir las consecuencias, Alfredo tomaba el agua “*cruda*” recogida de esa acequia, por lo que contrajo una endemoniada salmonelosis que casi lo mata. De no ser por un amigo que fungía en ese pueblo de enfermero, y que le administró la dosis necesaria de cloromicetina, Alfredo Izaguirre se habría quedado para siempre allí, enterrado en su pequeño cementerio a campo libre.

Pasado este terrible incidente, ahorró lo que pudo para comprarse el equipo de interno en la Escuela Normal de Varones de Cajamarca e ingresó allí como becario. Era el año de mil novecientos sesenta y tres. Logrado su ingreso con beca integral viajó a Lima para finiquitar lo que consideraba indispensable con su padre. Éste, sumamente complacido con la decisión de su hijo Alfredo, se comprometió a ayudarlo con doscientos soles mensuales hasta que terminara su carrera.

Después de tres años de estudios Alfredo se recibió como profesor de educación primaria, cuando su institución tutelar logró la pomposa denominación de Escuela Normal Superior Mixta de Cajamarca. Alfredo nunca llegó a explicarse cómo un centro de formación de maestros podía ser “*normal*” y “*superior*” a la vez. Lo de “*mixta*” si le quedó claro porque, desde entonces, la normal fue de hombres y mujeres.

Su padre que todavía trabajaba en el Ministerio de Educación, le ayudó a obtener el título profesional, con el

cual, de inmediato viajó hasta Trujillo para gestionar en la Octava Dirección Regional de Educación su plaza de profesor en alguna escuela donde hubiera vacante. Para ese entonces, la función de nombrar profesores se había desconcentrado hacia las regiones. El Ministerio ya no tenía nada que hacer en ese terreno.

Después de una especial búsqueda, Alfredo logró ubicar la plaza vacante que pensó que más le convendría. La escuelita tenía el número 118 y era mixta, el lugar se llamaba Monte Grande y estaba ubicado en la margen derecha del río Jequetepeque que, por esa zona, formaba un gran valle arrocero. El pintoresco pueblito pertenecía al distrito de Yonán, cuya capital es hasta ahora Tembladera, en la provincia de Contumazá. Quedaba a menos de tres horas de viaje de Trujillo por pista asfaltada y, a cuatro horas de viaje a Cajamarca por carretera afirmada. Para ambos lugares había movilidad de sobra, aunque para Trujillo era más fluida y constante.

Desde Monte Grande hasta Pacasmayo se podía viajar en cualquiera de los tráileres de la Compañía de Cemento de ese lugar, porque los profesores de Monte Grande eran compañeros de práctica del fútbol de los choferes de esos enormes vehículos y, aunque, en general, les estuviera prohibido llevar pasajeros, para el caso de los profesores había una excepción especial, dada por la empresa aquella y los choferes de esos grandes vehículos lo hacían con gusto y suma amabilidad: gratis. Los profesores de Monte

Grande tenían su propio equipo de fútbol y los choferes aquellos el equipo de la empresa: Sport Cementos Pacasmayo.

Si quería estudiar algo más en la universidad de Trujillo, medicina sería imposible. Quizás la carrera de derecho podría ser factible, por tener un programa de formación y una facultad con horarios más flexibles. Sin embargo, tampoco eso pudo ser. Como Alfredo contrajo matrimonio con su prima Rosa García Cabanillas en diciembre de mil novecientos sesenta y cinco, para cuando comenzó a trabajar ya tenía una hija y, sin darse cuenta, por allí no más le vino la segunda y un tercero, que fue varón. Los tres se llevan un año de edad, detalle por el cual, Alfredo le puso el nombre de “*Coneja*” a su esposa.

En Monte Grande Alfredo trabajó cinco años y algunos meses. Ganó un concurso y fue trasladado a la ciudad de Cajamarca como director de la Escuela Primaria N° 82006. A menos de un año de eso, ganó otro concurso y pasó a trabajar como Especialista de Educación Básica Regular en la Zona de Educación N° 82 de Cajamarca, que pertenecía administrativamente a la VIII Dirección Regional de Educación de Trujillo. Allí desempeñó diferentes cargos jerárquicos, incluyendo el de Entrenador de Matemática de la Reforma Educativa iniciada en mil novecientos setenta y dos por el general Juan Velazco Alvarado.

Al cumplir veinte y un años de servicios oficiales, Alfredo Izaguirre González, amparándose en uno de los artículos de

la Ley N° 20530 de jubilación y montepío de los maestros de ese entonces en el Perú, hizo acumular resolutivamente a su tiempo oficial de servicios, sus tres años de estudios profesionales cursados en la Escuela Normal Superior del mismo lugar, más casi un año de trabajo que como docente sin título pedagógico tuvo que hacer en La Florida, en ese momento convertido ya en distrito de la recién creada Provincia de San Miguel, para luego cesar en su cargo de Planificador II de la Unidad de Planeamiento de la dependencia desconcentrada del Ministerio de Educación ya citada.

En condición ya de docente cesante, Alfredo Izaguirre logró una vez más ganar un concurso para acceder a la plaza de asesor académico del Director General de la Dirección de Colegios de la Fuerza Aérea del Perú. Estando trabajando en ese lugar, la dependencia aquella fue objeto de una auditoría. Al revisar los auditores aquellos, los legajos personales de los asesores académicos del Director General, encontraron que Alfredo Izaguirre González tenía título pedagógico no universitario, que no estaba catalogado ni era equivalente a alguno existente en el “*Clasificador de Cargos*” de esta Fuerza Armada.

Su situación como profesional fue observada y tipificada como uno de los “hallazgos”. Pero lo más curioso de este asunto, fue la identificación en su partida original de nacimiento, de una situación por demás muy particular y hasta sui géneris. En esa partida decía que Alfredo Izaguirre

González era hijo “*espúreo*” (así con falta de ortografía y todo) de Hildebrando Izaguirre Ríos y María Ida González Escalante.

De inmediato el equipo auditor llamó al interesado para tener una entrevista con ellos y esclarecer esta curiosidad:

— Profesor Izaguirre, disculpe usted. En primer lugar, por carecer de título universitario, no podrá continuar percibiendo la remuneración mensual que corresponde a un cargo profesional como el suyo. El clasificador de cargos en ese sentido es muy específico. No reconoce para cargos profesionales títulos que no sean universitarios. El suyo es de una Escuela Normal. ¿Qué nos puede decir usted al respecto?

— De acuerdo con la Ley del Profesorado N° 24029 en vigencia, el título expedido por las Escuelas Normales, y en este caso por una Escuela Normal Superior a nombre de la nación, es equivalente para efectos de la carrera pública magisterial a los títulos expedidos por las universidades del país.

— Pero el que usted tiene ahora no es un cargo de la carrera pública magisterial, como usted podrá comprender, porque éste ahora es un cargo clasificado como de “*Especialista*” de la Fuerza Aérea del Perú.

— Usted dígame entonces cómo hay que denominar a un cargo que en la Dirección General de los Colegios de la

Fuerza Aérea del Perú corresponde a un “*especialista en educación*” de la carrera pública magisterial.

— Es evidente que es usted muy hábil, profesor Izaguirre. Pero para estos efectos, nosotros nos regimos sólo a lo que taxativamente dice el Clasificador de Cargos de la Fuerza Aérea, y este documento no incluye como profesionales a títulos como el suyo. Sin embargo, su director que cómo usted sabe tiene el grado de coronel FAP en retiro, por haber sido capellán, nos ha planteado que como él no desea deshacerse de sus servicios, usted podría regularizar su situación iniciando sus estudios universitarios lo más pronto que pueda.

— Acepto la oferta. Voy a buscar la forma de regularizar esta situación. Tan pronto lo haga, adjuntaré a mi carpeta personal una constancia de matrícula de la universidad donde decida estudiar.

— Está bien profesor. Con eso será suficiente. Sin embargo, hay un detallito más y eso sí lo vamos a conversar como algo personal y privado. Su partida de nacimiento, que es un documento original, incluso expedido en manuscrito y papel sello quinto, dice que usted es “*hijo espúreo*” de... bueno, ya no es necesario precisar más cosas. Ese terminito: “*espúreo*” no se usa ya, que nosotros sepamos, desde la época de la colonia, encima está escrito con falta ortográfica, porque lo correcto es “*espurio*”. Sería bueno que, si su señor padre viviera todavía, converse con él para que, mediante un trámite notarial sencillo, lo

modifique utilizando un término más adecuado para el caso.

— Hasta donde yo he llegado a entenderle, ese terminito “*espurio*” que usted dice, tendría que ser reemplazado por un término más “*adecuado para el caso*”. Supongo que el reemplazo tendría que ser por el de “*hijo natural*”, ¿no es cierto, señor auditor? Sin embargo, desde mi particular comprensión de las cosas, un término o el otro, deja igual o casi igual a las cosas. O es que, ¿acaso usted conoce un hijo que no sea “*natural*”? Porque, no creo que las personas tengan hijos “*artificiales*”, “*sintéticos*” o de cualquier otra naturaleza.

— Vuelvo a repetirle profesor que usted es una persona muy hábil para dar explicaciones. Nosotros somos contadores públicos especializados en auditorías. No deseamos polemizar con usted; pero, a mí particularmente me parece que a usted le convendría arreglar esa palabrita en su partida, si es que le fuera posible, claro.

— Voy a hacer el intento, señor. Voy a ir a conversar con mi padre tan pronto pueda para plantearle que me ayude a solucionar este asunto.

— Me parece muy bien profesor.

La cosa es que, incluso para Alfredo Izaguirre González, solucionar el tal problemita parecía que iba a ser muy sencillo, porque según él, era cuestión de que su padre envíe una carta poder a su tío Demetrio González

Escalante, que vivía en *La Ochora* y que además era alcalde de ese distrito... y sanseacabó. Pensando positivamente de ese modo, una tarde después de salir del trabajo en las Oficinas de la Dirección General de Colegios FAP, enrumbó sus pasos hacia el distrito de Miraflores y llegó hasta la casa de su padre, que quedaba en la Avenida Veintiocho de Julio N° 640 que, a veces lucía con el nombre de avenida Miraflores debido a que algún alcalde quiso cambiar; pero, que la gente nunca llegó a llamarla con ese nuevo nombre.

Tan pronto llegó, su señor padre que desde hacía ya bastante tiempo padecía de una artritis agudizada en las rodillas, bajó desde el segundo piso de la casa donde permanecía casi todo el día y donde tenía un ambiente que ocupaba como estudio privado, para conversar con su hijo que le estaba esperando, arrellanado en uno de los muebles de la sala, lugar donde por indicación del dueño de la casa la empleada doméstica de esa casa tenía que acomodar a las visitas que llegaran.

Así era él. Prefería hacer el tremendo esfuerzo de bajar las escaleras cargando a cuestas su artritis y sus más de ochenta años, para atender a su hijo en la sala como a una visita no familiar, antes que decirle que suba a su estudio o su dormitorio, donde él permanecía casi todo el día por costumbre adquirida debido a su enfermedad. Después de las conversaciones formales de ida y vuelta entre Alfredo y su padre de: “*cómo has estado hijo*”, “*y usted papá como*

anda con su artritis”, “*tienes noticias de tu familia de Cajamarca*”, “*qué sabe usted de mi hermano Rubén que anda por Nicaragua*” o, “*qué cargo ya estás ocupando ahora hijo*”, etc., Alfredo abordó el tema que lo había traído hasta allí, un poco coloquialmente:

— La semana pasada, papá, en la Oficina de la Dirección General de Colegios de la FAP donde trabajo, hubo una auditoría. Además de los aspectos contables, el acervo documentario de la institución también fue motivo de examen. Lo curioso de este examen fue que, además de obtener como “*hallazgo*” que mi título pedagógico, de acuerdo con el clasificador de cargos de esa institución castrense, por no ser universitario, no era suficiente para ejercer allí una de las plazas de nivel profesional, por lo cual, me correspondía ser clasificado como de nivel “*técnico*”, al analizar mi partida de nacimiento en mi legajo personal del escalafón, encontraron que figuro como hijo “*espúreo*” de mi madre y de usted. Como ellos consideran que el término “*espúreo*” no es adecuado, me han pedido que lo arregle, del mismo modo que debo matricularme cuanto antes en una universidad para regularizar lo de mi título profesional.

— Hijo, tu título expedido por la Escuela Normal Superior, donde tu estudiaste, de acuerdo a ley es equivalente a cualquier título profesional docente expedido por una universidad —le contestó su padre a Alfredo tratando de desviar el asunto ese de la partida, que él había

ido a tratar de solucionar con él ex profesamente, seguramente por considerarlo algo escabroso—.

— El caso es, papá, que el Clasificador de Cargos de la Fuerza Aérea, no contempla eso. Así que lo mejor va a ser que me ponga a estudiar de nuevo la carrera. Pero eso yo no más lo puedo arreglar. El otro asunto de la partida sí requiere que usted lo solucione.

— Eso va a ser un poco difícil, Alfredo.

— No creo que sea muy difícil, papá. Yo creo que, por el contrario, es muy sencillo. Sólo tiene usted que conceder un poder notarial a mi tío Demetrio que allá en La Ochora es ahora alcalde, y él, al margen de la partida debe disponer que, en virtud del documento notarial que usted ha hecho a su favor, se aclara que, el término “*espúreo*” no es tal, sino que lo correcto es que diga “*natural*”; el mismo que, según manifiestan los auditores aquellos que ya le hice mención, es más adecuado, menos denigrante y menos ofensivo para un hijo, cualquiera sea su condición de nacimiento, puesto que, ese hijo, finalmente, no ha pedido que le traigan a este mundo .

— Yo no te lo dije que va ser difícil, porque desde la perspectiva que tú lo enfocas, así lo sea, hijo. Te he dicho que va a ser difícil que lo haga, porque yo no quiero hacerlo... ¡Sencillamente, yo no quiero hacerlo! De ese asunto yo guardo unas cicatrices que hasta ahora no se han restañado.

— Es que... ¿acaso hay alguna cosa grave que lo impida, papá?

— Tú no vas a entender eso, nunca, pero yo guardo muy dentro de mí, unos recuerdos completamente ingratos, muy ingratos y hasta dolorosos...

— Si usted me lo cuenta ahora, de repente soy capaz de entenderlo.

— Ahora ya no vale la pena, Alfredo. Sólo debe ser suficiente para ti lo que te he dicho hasta este momento. Pero, eso de tu partida, yo no pienso mover un dedo para que se arregle. Cuando justamente me enteré en Moyobamba que tu partida de nacimiento había sido asentada con ese término por tu tío Luis, pedí permiso en el Colegio un día y emprendí a pie el viaje a *La Ochora*. Mi hermoso caballo negro ya lo había vendido, porque necesité el dinero para pagarle al abogado que me defendió aquella vez en que todos tus familiares, con excepción de tu abuelita, lo único que querían era meterme a la cárcel. Cerca ya del pueblo, en un sitio encajonado de la Pampa del Morro, me encontré con tu tío Luis y él arremetió montado en un macho grande que él tenía y me dio con la rienda del animal hasta cansarse. Cuando le dije que estaba yendo justamente para arreglar lo de tu partida de nacimiento, él se rio a carcajadas y me dejó tirado en el camino como a un estropajo, aclarándome que eso me lo tenía merecido por abusar de su hermana María Ida que era menor de edad. Con suerte, llegaron hasta donde yo estaba

y me auxiliaron unos padres de familia de *La Ochora* que iban a Moyobamba. Ellos me ayudaron a subir a una de las acémilas que traían, por lo golpeado que estaba. Sólo así, pude regresar a mi casa en Moyobamba donde me curé de mis heridas.

— De ese pasaje de tu vida yo nunca llegué a enterarme, papá. Y, en realidad, yo siento mucho que haya ocurrido de ese modo tan cruel para ti. Pero, tienes que comprender que, en toda esa venganza de mi tío Luis, yo no tuve nada que ver. Soy completamente inocente, porque era un bebé cuando aquello te ocurrió.

— A veces justos pagan por pecadores... así es la vida, y no quiero volver a hablar más de ese asunto. No sé cómo es que he llegado a contarte todo. Pero no voy a arreglar eso que me pides en tu partida. Anda y reclámale lo que quieras a tu tío Luis y el que lo arregle... si puede.

— Papá, quiero que quede muy claro lo que voy a decirle —dejó de tutearle sin darse cuenta; pero, en claro síntoma de su alejamiento— y por favor escúcheme un instante. Quien ha venido a pedirle este favor soy yo, su hijo. No es mi tío Luis el que se lo pide. Tampoco es cualquiera de mi familia materna. Si no quiere hacerme este favor, tendría que pensar yo entonces que no soy su hijo, pero yo he creído que lo era todo este tiempo, hasta ahora.

— Tú piensa lo que quieras y haz, también, lo que tú quieras... ¡Ya eres una persona adulta!

— Bien don Hildebrando, entonces me voy de su casa en este momento y por favor, le pido que se olvide que alguna vez fui su hijo...

Y Alfredo Izaguirre González se fue de allí, de esa casa que era la casa de su padre, para nunca más volver, según lo que tenía pensado hacer, por lo menos, el resto de su vida.

CAPITULO II

El nacimiento de “El Espurio”

Para comenzar el mes de julio, aproximadamente después de cuatro meses desde el incidente que dio origen al embarazo de María Ida, período durante el cual su barriga creció con la normalidad que es de esperarse en tales casos... resultó que ella ya no lo pudo seguir disimulando de ninguna manera. Sus hermanos Elías y Yolanda fueron los primeros en darse cuenta y con ellos fue con quien se desahogó en llanto tan pronto conversaron al respecto, haciéndoles prometer que no contarían nada de lo que acababan de enterarse. De sus dos hermanos, Elías fue el más comprensivo, porque Yolanda, al parecer, no llegó a evaluar en ese momento la gravedad del asunto en su real magnitud, aun cuando le dijera entre abrazos y llantos que ella le ayudaría a cuidar a su bebito. Sin embargo, a pesar

del silencio que guardaron los dos hermanos, la noticia sin saberse cómo fue de conocimiento público en *La Ochora...* ¡y de qué manera!

— Leti, Leti... ¿te has enterado ya que la que va a ser tu cuñada, es decir la Idita, está embarazada del que fue director de la escuela de varones acá en La Ochora? —Fue lo primero que le dijo su amiga Teresa Moncada cogiéndole de un brazo a Leticia Sandoval, el primer domingo de julio de ese año, la vez que se encontraron cerca del mercado donde ambas fueron a comprar carne de chanco—.

— Yo no sé absolutamente nada sobre ese asunto, y si lo sabría, sería igual, no voy a estar haciendo correr bolas sobre lo que le haya podido ocurrir a mi amiga María Ida. Sin embargo, aunque no lo creas, a mí nadie me ha informado sobre eso. Además, en mi modesto entender, embarazarse para una mujer es algo natural en este mundo. Y si mi amiga lo está, ese es un asunto que le incumbe sólo a ella. —Le contestó Leticia a su amiga Teresa, queriendo con eso cortar una conversación en la calle, que a todas luces le parecía el inicio de un chisme más (*“la misma Leti me lo ha dicho”*) sobre algo que era completamente privado y personal—.

— Ya te vas a hacer la que no estás enterada, Leticia. Seguro que ya lo sabes todo, hasta con pelos y señales, porque no creo que tu novio o enamorado Luis, yo que sé,

no te lo haya contado a esta fecha, lo que todo el mundo acá en *La Ochora* ya lo sabe. Tu futura cuñada está preñada —le volvió a insistir su amiga —.

— Ya te he dicho Teresa, y creo que he sido bien clara al decírtelo; que, aunque lo supiera yo no diría nada, porque se trata de una de mis amigas a la que más aprecio en este pueblo. Así que mejor anda y haz lo que tengas que hacer, pero no esperes que yo te dé relleno sobre eso.

— Bueno pue... así será. Ya que no me quieres contar nada, ya me voy amiguita, ya me voy...

Y Teresa Moncada se fue caminando calle abajo para después voltear en escuadra a la izquierda, como quien se dirige al camposanto del pueblo, que es por donde ella vivía. Una ligera sonrisa de triunfo se dibujó en la cara de Leticia, al ponerse a pensar que su amiga Teresa, que ella sabía que era bien “*chismosilla*”, se estaba yendo camino a su casa “*talán-talan*” sin conseguir ningún relleno sobre esa bola de comentarios que rodaba ya a placer por el pueblo.

Sin embargo, tan pronto su amiga desapareció de su vista, Leticia comenzó a recordar. Claro que Lucho, el segundo hijo de doña Isolina y ya casi su novio oficial, se fue a renegar y apostrofar de su hermana María Ida la última noche que él se fue a visitarla a su casa. ¿Cómo no iba a

recordar esa odiosa conversación, porque por defender a su amiga y a la mujer en general, Leticia casi termina peleándose con él?

— Fíjate que esa grandísima perra de mi hermana María Ida, se ha embarazado del coño ese de Hildebrando Izaguirre Ríos que, hasta hace poco, mi madre lo tenía en la casa atendándolo como si fuera de la familia y hasta mejor que eso, creo...

— Un momentito pues Lucho. A mí no me vengas a hablar refiriéndote a mi amiga María Ida como a “*esa grandísima perra*”. En primer lugar, porque es una amiga a la que yo quiero y aprecio muy de veras. Y, en segundo lugar, porque sencillamente se trata de tu propia hermana —le interrumpió Leticia para aclarar este par de cosas—.

— Y como más me puedo referir a ella pues Leticia. Ha traicionado la confianza que todos nosotros habíamos depositado en su persona. Por cierto, ha estado allá en Moyobamba, a cargo de Elías y Yolanda, como responsable de ellos, como su ejemplo vivo, reemplazando a mi madre que es una santa. No puedo negar el hecho de que, por un buen tiempo lo ha hecho muy bien, es decir, como era de esperarse. Pero, todo lo ha tirado por la borda y, mira con lo que ha resultado. Ahora está preñada de alguien que, como hombre no va a poder responderle, porque ya tiene familia y sus propias responsabilidades.

— Al respecto te puedo decir sólo una cosa Luis. Y... no espero que me comprendas, conociéndote cómo te conozco. Lo que han hecho con María Ida desde un comienzo, es decir, hace ya más tres años, a mí no me pareció justo. Cómo se les ocurre enviar a una niña de trece años a trabajar a un Hospital y sobre eso, dándole la responsabilidad de continuar criando a dos de sus hermanos menores, cuando ella misma está todavía para que terminen de criarla. ¿Tú crees que se puede adquirir este tipo de responsabilidades a esa edad?

— Esa ha sido una decisión enteramente de mi madre. Ella, me imagino que, para tomarla, habrá conversado con María Ida y habrá verificado si podía o no cumplir con ese trabajo y esa responsabilidad adicional de la que hablas.

— Mira cómo eres Luis. Mira cómo tratas de lavarte las manos. Tu sí que eres un verdadero “*Pilatos*”. Ahí dices que esa es una decisión “*enteramente de tu madre*” y que tú no tienes vela en ese entierro. Y, por supuesto, supones que hay que interpretar que tú: don Luis González Escalante, eres completamente inocente de la barbaridad de endosarle a una niña de trece años, a dos de sus hermanos menores para que con su miserable sueldo de treinta soles, les sostenga en tanto estudian allá en Moyobamba. La han hecho madurar a la mala, pues. Y ahora que ella hace algo que es propio de una persona adulta, ahí repruebas su conducta y dices que es una “*grandísima perra*”. Qué

bonito está eso. Por si no lo sabes, cuando una mujer se enamora de verdad de un hombre, no se pone a calcular nada. El futuro no se toma en cuenta para nada.

— Pero ha deshonrado a toda la familia. ¿Acaso ella no sabía que el hombre del que se ha embarazado era una persona casada, con seis hijos y con compromisos y responsabilidades que cumplir? Eso ella lo ha tenido que saber, no es ninguna tonta, María Ida es muy inteligente para otras cosas; pero, para eso, mira en lo que ha caído.

— Eso se dice pues Luisito. Pero en las cosas del amor, uno no se pone a pensar en nada de eso. Simplemente caminas y caminas sin fijarte hacia donde lo haces y sin pensar que la soga de la que te estás sujetando alcanza todavía. Y, a veces te caes en tu propio abismo, pero lo haces ilusionada. Si por ti fuera, hace tiempo que yo también ya estaría embarazada. Y... ¿qué dirías allí, que yo soy como la pobre Idita una “*grandísima perra*”, también?

— No hay punto de comparación allí. No trates de confundirme. Si resultaras embarazada, yo remediaría de inmediato ese asunto casándome contigo, porque soy un hombre de honor y sin responsabilidades, todavía. Eso no necesito aclararte, porque tú lo sabes tan bien como yo. El caso de mi hermana y ese hombre con el que se ha enredado ahora, es completamente diferente al nuestro. Mi hermana sabía muy bien con quien se estaba metiendo.

— Cuando se trata del amor entre un hombre y una mujer, nada es diferente. ¿Por qué no quieres aceptar que eso que ha pasado entre Idita y “ese hombre” como tú dices, a pesar de saber muy bien que se llama Hildebrando Izaguirre Ríos, es algo natural, que ocurre y seguirá ocurriendo en la tierra mientras ésta se siga llamando tierra y haya un hombre y una mujer que se enteran que se quieren, sin llegar a saber cómo es que eso les ocurrió?

— Tú puedes adornar la situación como te venga en gana, pero el caso es que mi hermana María Ida ha sabido siempre que el fulano ese tenía hartos hijos y esposa, además de varios hermanos que ahora por la muerte de su padre son también de su responsabilidad. Eso para mí es no tener nada de juicio. Además, traer de carga a un bastardo, a una familia que ya está reventando de gente, con su madre viuda ¿eso crees que es tener juicio, Leti?

— Lo de tu hermana no es cuestión de tener o no tener juicio, Lucho —le contestó de inmediato Leticia, para luego agregar, taxativa, con la seguridad de quien sabe que tiene la razón—. Simplemente pasa. Y ocurre en cualquier familia. Eso lo sabes tú, tan bien como yo. A mí me parece que has idealizado más de la cuenta a tu hermana, que la has colocado en un pedestal y te has olvidado que es humana, encima que es mujer y sobre todo que es muy joven e inexperta, por lo tanto, susceptible de poder cometer un error en cualquier momento.

— Voy a aceptar lo que me dices, Leticia. Pero eso sí, no creas que porque está embarazada ella va a tener corona. El plato de comida que coma en la casa de mi madre, lo va a tener que ganar con el sudor de su frente y va a tener que responder con su trabajo por ella y por el bastardito ese que lleva en su vientre.

— Ay Lucho, no hables así para referirte a esa criaturita, que es un ser inocente y un angelito de Dios. ¿Qué es eso de llamarle bastardito? Tú no eres un hombre malo, por eso yo me he enamorado de ti. Además, a tu pobre hermana desde los trece años le han puesto a trabajar en un hospital y le han dado de responsabilidad a que cuide de dos de sus hermanos menores. Y tú sabes que eso lo ha hecho muy bien. Por eso será que la has idealizado tanto y por eso no quieres perdonar el primer tropiezo que ha tenido en su vida. Eres muy duro con ella, Lucho. Recapacita, por favor.

No se llegó a saber qué tanto recapacitaría Luis Estauromiro con respecto a la forma en que, de allí en adelante, trataría a su hermana María Ida. Pero de cumplir su amenaza de hacerla trabajar para que nada de lo que reciba sea gratis, eso sí lo hizo y... de qué modo. Antes de ir a trabajar a la chacra, dejaba disponiendo que ella fuera la que le llevara el almuerzo hasta allí, que dos veces a la semana se fuera a los pozos de Llanque a lavar toda la ropa de la familia, incluyendo sábanas y frazadas. Que se encargue de dar de comer a los chanchos que se criaban en

el corral de la huerta mañana y tarde, que meta las gallinas al gallinero por las noches y que las saque afuera dándoles de comer por las mañanas, que le ayude a su madre a preparar el almuerzo para los pensionistas, que tienda las camas, en fin, casi todo lo que había que hacer en esa casa de repente pasó a ser de exclusiva responsabilidad de María Ida.

En esas circunstancias llegó el mes de septiembre en que se inician las primeras lluvias de la temporada. Uno de aquellos días, después de que Luis hubo logrado realizar las labores de corta, quema y limpia de un terreno algo húmedo apropiado para el cultivo de arroz, éste dispuso que su hermana María Ida se encargara de las labores de siembra que allí quedaban todavía por hacer. El terreno tendría de superficie, presumiblemente, un poco más de una hectárea.

La siembra de arroz consistía en aquel tiempo en que una persona, generalmente adulta, haga hoyos a “*tres bolillo*” en la tierra preparada, más o menos a intervalos de veinte centímetros entre hoyo y hoyo, con la ayuda de un tacarpo, en donde un “*pollo*”, que podía ser un niño o una persona de poca estatura, sacando el arroz en cáscara de una bolsa que llevaba colgada del cuello, iba depositando una porción de los granos en cada uno de los huecos hechos con el tacarpo, luego de lo cual, con una especie de escoba de ramas de arbustos que por allí abundan, se cubría todo con tierra para que los pájaros, expertos en esa tarea, no se coman el arroz depositado en cada hoyo.

Cuando Luis le comentó a su novia Leticia lo que pensaba encomendar a su hermana, ésta le dijo simple y llanamente que era una barbaridad lo que pretendía.

— Ese es trabajo de todo un día, de sol a sol, por lo menos de dos personas con tacarpo y de dos buenos “*pollos*”. ¿Cómo se te ocurre que va a poder hacerlo una mujer embarazada y sola?

— Lo tiene que hacer, así de simple es. Es un castigo para que se acuerde de lo que ha hecho. En la casa ella ahora está muy oronda y campante. Todo el mundo la mimas, la cuida y le ayuda. Todos, parece que se han olvidado ya de que va a tener hijo de un hombre casado. Lo único que falta es que le hagan una fiesta a la muy sinvergüenza esa de mi hermana... ¿Qué barbaridad!

— ¿Y qué pues eso te irrita Luchito? Todo el tiempo no le van a tener a la pobre de tu hermana castigándola por lo que ha hecho. También existe el perdón y el olvido. ¿Qué pues no lo sabes?

— A mí me sigue doliendo en el alma lo que ella nos ha hecho. No la puedo perdonar por más que lo he intentado, Leticia. Y Dios sabe, que sí he tratado de olvidarme de este asunto. Pero, cada día que veo que su barriga crece y crece, y que todos los demás, comenzando por mi madre, eso ya no les importa un pepino... A mí en cambio, creo que todo eso va a hacerme reventar cualquier rato de la ira.

— Mira Lucho, tú ya has tomado la decisión de castigar una vez más a tu hermana. Menos mal que ahora ya no le pegas con la rienda del caballo, como hacías al comienzo...

— Eso ha sido sólo unas cuantas veces, no hagas un drama de eso y, claro, tú bien sabes que ahora me he arrepentido de haberlo hecho.

— Sí, pero, ahora seguro que ya le has dicho a tu hermana que la vas castigar poniéndola a sembrar el arroz en la chacra nueva y seguro que ella ha aceptado calladita el castigo, lo mismo que tu madre, que segurito también se ha quedado calladita. Que te van a decir pues, si tú gritas y te llenas de cólera. ¿Acaso no sabes que ella ya tiene cinco meses de embarazo? ¡Cómo crees, hombre de Dios, que en ese estado va a poder agacharse para echar el puñadito de arroz en caga hoyo! Así que, como tú: don castigador, ya has dictado sentencia, yo ya veré cómo le ayudo a mi amiga María Ida...

Y Leticia esa tarde se fue a buscar a cinco de sus mejores amigas, con quienes por ser de confianza se trataban de “*comadres*”, para ayudar a su amiga María Ida a sembrar la chacra aquella con arroz al día siguiente. Muy de mañana y antes de que sea las siete, estuvieron tres “*tacarperas*” y tres “*pollas*” sembrando el arroz en la chacra, tan empeñosamente que antes de las doce del día ya hubieron terminado la faena. Como hacer ese trabajo tan laborioso hace sudar la gota gorda, las seis personas que lo llevaron

a cabo decidieron ir a bañarse al río Indoche que estaba cerca de allí.

María Ida como si tuviera un mal presentimiento les dijo a sus amigas que ella, les acompañaría al río; pero, que no se metería en él, porque sabía que en esa parte llamada “*El Codo*”, justamente porque el río allí hace un giro de noventa grados y forma además una gran poza, era peligroso bañarse, más aún para ella que no sabía nadar.

Sus amigas le aclararon que después del codo aquel, se forma un remanso con fondo de arena y que, en ese sitio, el agua, apenas le llegaría, tal vez, a la cintura. Y que, por lo tanto, era ideal para darse un buen baño, librarse del sudor y refrescarse después del trabajo realizado. El caso es que... la convencieron con sus palabras tan amistosas y con su decisión firme de bañarse y se fue con ellas. Antes de entrar al río, Leticia le dijo a María Ida un poco al oído:

— Idita, es un secreto, pero tu hermano Lucho me ha dicho que él nos va a traer el almuerzo hasta acá. Que lo esperemos bañándonos en el río y que él llegaría más o menos a esta hora.

— Me parece increíble lo que me dices, porque a mí no me ha dicho nada mi hermanito. Pero qué bueno si ha decidido hacer eso. Yo estaba que se me caía la cara de vergüenza, sin saber cómo pagarles a nuestras amiguitas por lo que acaban de hacer y porque, encima, nos íbamos a regresar cada uno a almorzar en su casa, en *La Ochora*.

— Mira, ya está llegando tu hermano con nuestro almuerzo. Pero ahorita le digo que coja zapotes de la planta que hay frente al “*Codo*” para asentar la comida, mientras nosotras terminamos de bañarnos.

Eso le dijo. Luis, novio al fin, de inmediato se subió al zapote a coger con la mano los sabrosos frutos. María Ida mientras tanto, un poco de vergüenza por tener que mostrar su barriga se quedó al último. En su afán de alcanzar a sus amigas, quiso enderezar el camino metiéndose un poco antes del remanso al río, por lo que se hundió en la poza como una piedra. Al no verla salir de allí todas sus amigas comenzaron a llamar a gritos a su hermano que estaba en el árbol de zapote.

Éste, al percatarse de la gravedad del asunto, se bajó del árbol tan rápido como pudo y se lanzó al río con ropa y todo. Buceó en la poza y después de un intento, logró ubicar a su hermana en el fondo de ella. Tan rápido como le fue posible la sacó a la orilla, pero al parecer ya era tarde. María Ida a esas alturas tenía un color ligeramente azulino, había tomado mucha agua y no podían aplastarle la barriga para que la arroje, porque estaba embarazada. La voltearon cabeza abajo y de su boca comenzó a salir un poco el agua que había tomado, en tanto todas sus amigas la lloraban ya como para muerta.

Fue entonces que su hermano Luis, arrodillado a su lado, comenzó a pedirle perdón llorando como un niño, por todo lo que le había hecho en vida después que resultara

embarazada. Mientras tanto Leticia continuaba empujando contra el suelo la espalda de su amiga con las dos manos, al parecer en un intento que resultaba a todas luces vano.

Sin embargo, después de unos minutos, cuando todas las esperanzas casi se habían extinguido, María Ida tosió una vez dejando a todos mudos de la sorpresa y en un silencio expectante. Luego comenzó a toser más seguido y a vomitar el agua que había ingerido ante la estupefacta mirada de todas sus amigas. Prácticamente había vuelto de nuevo a la vida, de lo que estaba literalmente muerta y con toda la piel oscura, o sea, cianótica.

Por fin después de mucho toser, María Ida pudo hablar. Un poco atontada todavía por lo ocurrido, agradeció a su hermano por haberla sacado de la poza del río y llorando se abrazó a él, luego de lo cual ambos se abrazaron y perdonaron, en un llanto común que parecía sólo uno. Después de eso, ya nadie pudo almorzar. Regresaron a *La Ochora* caminado y casi sin hablar. La tragedia estuvo rondando muy cerca de ellos. Sin embargo, eso fue suficiente para que Luis cambiara radicalmente su comportamiento con su hermana María Ida.

Dos meses después, ya en el seno de una familia en la que todos, sin excepción, la comprendían, llegó a este mundo el hijo de María Ida. Lo recibió doña Reynalda Sandoval, partera y matrona experimentada en estos menesteres de traer niños al mundo. “*Los partos de primerizas son siempre delicados y difíciles*”, le dijo antes de empezar los

trabajos de parto doña Reynalda a la madre de María Ida, pero nadie imaginó que tan difícil sería este parto. Todo hacía suponer que el niño se sentía muy bien en el vientre de su madre, y no había cuando se acomodó para nacer. La madre del niño sufrió todo el día domingo y su noche, enteritos, con los dolores propios de esta clase de eventos natales. Recién nació a las once de la mañana del día lunes. No hubo celebración alguna, porque el niño llegó a este mundo muy enfermo y todos estaban preocupados de su supervivencia.

Sin embargo, algunos días después de ocurrido el nacimiento del niño, cuando Luis fue a asentar su partida de nacimiento, no llegó a percatarse que el datario del Registro Civil de la Municipalidad de *La Ochora* de mutuo propio y de puño y letra, lo hizo de la manera siguiente: “...Alfredo Izaguirre González, hijo *espúreo* (con error de ortografía incluido, porque la palabra no es “*espúreo*” sino “*espurio*”) de Hildebrando Izaguirre Ríos y María Ida González Escalante, acaecido a las once de la mañana del día lunes seis de diciembre de mil novecientos cuarenta y tres en *La Ochora*, distrito de Moyobamba, departamento de San Martín...”

CAPÍTULO III

La gringuita de los ojos negros de Pataz y el éxodo de los shilicos

Aquella “*gringuita shiliquita*” de pelo castaño sin llegar a rubio, ojos negros como el choloque y mirada profunda como de gitana agorera, menudita y traviesa como ella sola, era una niñita que no buscaba hacer migas con nadie; pero que, sin proponérselo, lograba que a todos les nazca una ternura muy especial hacia ella y... unas tremendas ganas de acariciarla. Entraba y salía de la pequeña tienda de abarrotes que administraban sus padres en Tayabamba, sólo para averiguar qué pariente, vecino, paisano o minero desconocido había llegado de visita o de compras, los mismos que, cómo había ocurrido siempre, cautivados por su ingenua hermosura, le obsequiaría alguna golosina que ella recibiría con recelo pero sin aparentar temor — aunque... ¡sólo Dios podía saber si estaría muriéndose de

miedo por dentro!— para luego correr a saborear el obsequio escondida donde ninguno de sus dos hermanos mayores la viera.

Por ese detalle, su hermano mayor Luis (Estauromiro) decía de ella:

— Nuestra “*ñañita*” Idita es una gran “*mishiquita*”: lo que le dan se lo come solita y a escondidas y, si se la sorprende en esas andanzas, nos convida apenas y a regañadientes lo que cabe en alguna de sus uñitas. Así, mejor que no convidara nada.

María Ida era su nombre —pero todos le decían solamente Idita— y, por la forma cómo se comportaba, no sólo con los que llegaban a comprar a la tienda sino hasta con sus familiares más cercanos, cualquier persona con información acerca de la teoría de la reencarnación, habría llegado a la conclusión de que esa inocente criatura había sido, en alguna vida anterior, una gatita huraña de Angora. Por eso, era autónoma, libre e independiente cómo sólo ella y los gatos pueden serlo. Por eso mismo, le gustaba que la admiren y acaricien, pero únicamente cuando ella lo permitía; pero, claro, sin llegar a tocarla ni mucho menos hacerle esos arrumacos odiosos que algunos adultos acostumbran practicar con los niños.

A su temprana edad de dos años cumplidos andando ya para tres, por la forma de vida independiente y libre que llevaba en su casa, debido a que su madre casi siempre estaba

ocupada en la cocina o en la tienda, demostraba ya poseer una gran autonomía para tomar sus propias decisiones y, una gran creatividad para distraerse sola y hacer ciertas travesuras; pero, sin caer jamás en aquella inconsciencia propia de otros niños de esa edad. Esta niña, como si siempre hubiera sabido lo que estaba haciendo, discriminaba la diferencia entre una travesura infantil, una malacrianza o un tabardillo caprichoso.

De seño adusto, pero jamás altiva ni altanera, sólo permitía que alguien la apapache cuando ella lo deseaba, lo cual ocurría solamente en el caso de su padre que era muy cariñoso, a diferencia de su madre que era más bien parca de afectos. Y cuando por fin decidía recibir un caramelo o cualquier otra golosina con el cual alguien quería granjearse su amistad, se desplazaba hasta donde aquel estaba, como si fuera un cachorro de férido aprendiendo a cazar, hasta poder tomar el regalo o presente con sus propias manos, para luego retirarse a degustarlo a placer, en su propia intimidad. María Ida era la representación más genuina de una gatita doméstica y mimosa... pero, capaz de rasguñar y defenderse con bravura, como un tigrillo de monte, si la ocasión lo requería.

Doña Isolina Escalante Rojas, su madre, era “*shilica*” por haber llegado a este mundo en Celendín, una de las 13 provincias de Cajamarca, Perú, además de trigueña de ojos y pelo negrísimos. Una característica muy suya era la de ser parca en sus conversaciones y sus afectos, pero poseía una

energía y un temple envidiables para tomar decisiones y emprender las tareas que eran de su incumbencia. Era, además, una mujer demasiado alta para su tiempo y para ser peruana, de esbelto porte y cimbreante femineidad, incapaz de mostrar gordura o ciertas adiposidades en el abdomen o en las chaparreras, ni mucho menos por algún recoveco escondido de su bien proporcionado cuerpo. Su pelo negro azabache, rizado y esponjoso, que le llegaba hasta la cintura, le daba una apariencia de serena majestuosidad que muchas de las mujeres que la conocieron, habrían querido poseer para sí.

El padre de María Ida, don Demetrio González Díaz, en cambio, parecía más bien pequeño comparado con el porte imponente de doña Isolina, su esposa, como suele ocurrir cuando en la realidad un hombre y su mujer, tienen la misma estatura. Por lo general, en tales situaciones, la mujer siempre parece más alta que el hombre, incluso sin usar tacos como en este caso particular. Por ese detalle, no es que parecieran una pareja dispareja, todo lo contrario, cuando caminaban por la calle, ella se las ingeniaba para acurrucarse un poco a su lado y él para erguirse y sacar una gran talla de donde no había.

Hacía ya un año que estos “*shilicos*” habían llegado a Tayabamba, capital de la provincia de Pataz, en los confines del departamento de La Libertad, parajes donde el río Marañón discurre sus aguas por cañones de fantasía e inverosímiles abras, bramando como un puma hambriento

o en celo. Todos allí en ese lejano y olvidado pueblo, recordaban cómo don Demetrio González Díaz se apareció una tarde por la entrada que venía de Parcoy, jalando una mula negra cargada con las vituallas más necesarias, seguido por su esposa, montada a horcajadas en un caballo alazán de trote, con su hijo Reynerio en la grupa, su segundo hijo Lucho en el anca y sobre su espalda, envuelta en un chal de lana como si fuera un quipe, la más pequeña de sus hijas: María Ida.

Tan pronto llegaron, consiguieron posada en la casa del paisano y pariente de Demetrio, —además de “*shilico* como ellos”—: don Eleuterio Aliaga Díaz quien, después, les ofreció en arriendos una casa desocupada que éste tenía cerca del mercado de abastos, diciéndoles que ese lugar era ideal para que pusieran allí una tiendita de abarrotes, lo cual hicieron tan pronto pasaron los quehaceres propios de los forasteros recién llegados a un pueblo, cosa que ya habían experimentado en más de una oportunidad.

Las últimas experiencias de esa naturaleza la habían tenido ya primero en Cajabamba, después en Huamachuco y ultimadamente en Parcoy, de donde tuvieron que salir al verificar que, las pepitas de oro que decían que andaban regadas por el suelo —como los granos de trigo que quedan después de la cosecha—, por las playas de cualquiera de los afluentillos del torrentoso río Marañón. Pero, ellos ya no las pudieron hallar ni para remedio, después de los trajines de tanta gente que andaba en búsqueda de lo mismo.

En dos días enteritos con sus noches, la tienda que abrieron en Tayabamba, sin letrero ni nada que la identificara como tal, estuvo lista y acondicionada con los estantes necesarios para mostrar la mercadería que habían traído como carga principal en la mula, en la mitad de la sala que daba a la puerta de la calle. Se trataba de los consabidos sombreros de paja de bombonaje manufacturados en Celendín y, por supuesto, de algunos abarrotos. Como el buen “*shilico*” que era, don Demetrio era muy hábil y práctico para hacer toda clase de mamposterías para separar ambientes y para construir andamios que permitan mostrar como en vitrina lo que había que vender. Y de su labia para convencer a que sus clientes le compren lo que estaba ofreciéndoles, ni que decir. Sólo que, en eso era muy leal. No engañaba jamás. Tenía la creencia de que un negocio en base a una mentira, se hacía una sola vez, en cambio, cuando se gana un cliente, se comercia con él toda la vida.

Además, pensando en las habilidades culinarias de su mujer, en la otra mitad de la sala —la que daba al patio trasero de la casa y a la que se llegaba entrando por el zaguán—, acondicionó un mesón de saucecillo que compró a precio de huevo en el mercado, en tanto las bancas de madera de eucalipto, él mismo las tuvo que construir. En ese ambiente reluciente de limpia blancura, doña Isolina, después de cubrir la mesa con un gran mantel que ella misma había hecho a mano con su agroché, ofrecería pensión a los comensales que lo desearan. Separando la tienda de la pensión, en la misma sala, había una mampara

hecha con tela de costalillos de harina de pan, blanqueados hasta brillar, con jabón hervido y la lejía que se obtenía de colar agua hervida por la ceniza dispuesta en latas vacías de manteca acondicionadas para ese fin.

En menos de una semana, la sazón muy particular de las comidas de doña Isolina y, especialmente, la pulcritud de su mesa y de sus utensilios, así como el trato amable sin llegar a la *sobonería* de parte de su dueña, pronto ganó asiduos comensales, los mismos que se encargaron de traer, a su vez, a nuevos pensionistas constituidos por sus amigos y conocidos. Como siempre había ocurrido hasta esa fecha, la pensión prosperó mucho más rápido que la tienda de abarrotes; pero, eso mismo servía, a la larga, para iniciar y consolidar la tienda como tal.

El que menos, después de degustar el succulento desayuno, el sostenido almuerzo o la frugal, pero consistente comida de doña Isolina, pasaba a la tienda de don Demetrio para comprar una golosina o cualquier otra cosa para llevar a su hospedaje, desde un par de velas, una caja de fósforos o una cajetilla de cigarros, hasta una linterna marca “*Rayovac*” o una “*Eveready*” o alguna que otra herramienta.

Los comensales de doña Isolina no tenían casa allí en Tayabamba. Eran viajeros que estaban de tránsito hacia la selva o eran buscadores de pepitas de oro, en los muchos lavaderos que había a lo largo de las sinuosas playas del gran río Marañón y de sus rumorosas y bulliciosas quebradillas o ríos pequeños que eran sus afluentes.

Cuando todo andaba camino a la prosperidad y, a pesar de las advertencias de doña Isolina, que como estribillo le paraba diciendo a su esposo:

— Oye Demetrio, cuidadito con volver a empinar el codo, que contigo, eso de echarle sólo un traguito o dos no funciona, porque siempre te da la “*perseguidora*”. Ya sabes eso mejor que yo, así que... ni siquiera se te ocurra oler el trago, ya que estoy segura que con eso tendrías más que suficiente para arrancar a la “*tomadera*” sabe Dios hasta cuándo —le advertía cada vez que podía su fiel esposa, sabedora de que su marido era de esos tomadores que la siguen y la siguen.

Ante esas advertencias de su mujer, él siempre le hacía una y mil promesas, las más de las veces mirándola directamente a los ojos, para que ella sepa que le decía la verdad y que estaba dispuesto a seguir el consejo de ni siquiera oler una sola copa de trago. Y así ocurría día tras día... hasta que el diablo metía la cola entre ambos. Y... el tranquilo y noble marido de doña Isolina se aparecía por la casa como el mismo “*shapingo*”, por lo general, con una persona conocida o un amigo al que ambos apreciaban, para comenzar a hacer las chifladuras y las simplonas ocurrencias de siempre, en la creencia de que la vida era un chiste sin fin.

Un sábado, después de un año de instalados cada uno en su negocio en Tayabamba y, cuando mejor estaba prosperando cada quien en lo suyo, se le ocurrió a don Demetrio, otra

vez, aceptar un traguito para cerrar una compra de pepitas de oro que él ya tenía a quien vender a mejor precio. Fue suficiente... doña Isolina ya se sabía al dedillo lo que venía después. Cuando “picadito” ya por las cinco o seis copitas que se había echado al “gorgüero”, se le acercó doña Isolina para hacerle recordar sus juramentos de no volver a tomar, éste le dijo con esa jocosidad muy propia de los borrachitos:

— Mírame Ishuquita linda, yo estoy cumpliendo al pie de la letra mi promesa y sobre todo tus sabias recomendaciones. Como tú misma me has especificado “*que ni lo huela*”, eso es lo que hago, justamente, mujercita preciosa —y diciendo esto se tapó la nariz con el pulgar y el índice de una de sus manos y, con la que le quedaba libre, se aventó de un solo golpe la copa de trago que tenía ante sí—.

Ante tal demostración de cinismo y sinvergüencería de su noble y trabajador marido, cuando estaba sobrio; y, sabiendo que ya nada podría hacer en las circunstancias actuales, doña Isolina fue a meterse a su cocina llorando de impotencia, de desesperación y de sorda rabia. Al dedillo se sabía lo que vendría después: su marido se convertiría en aquel “*Cantinflas magnate*” mano suelta que paga todas las cuentas de bebida de sus acompañantes varones y de todos los antojos que por allí se produzcan, por parte de sus acompañantes mujeres, durante su larga juerga particular, a la que ya hubo dado comienzo, como otras veces.

Cuando Demetrio terminó de gastar todos sus ahorros y de rematar todas las cosas de la tienda, doña Isolina con la ayuda de unos vecinos, empacó las cosas en la mula y subió a su marido al caballo, como si fuera un fardo, para emprender una vez más, el viaje ese que ya estaba acostumbrada a realizar, cada vez que su marido “*se iba de volantín*” y no había cuando pare de tomar.

Su hijo Reynerio, de siete años, tan pronto como acomodaron a su padre sobre el caballo, se subió al anca ante las protestas del segundo de sus hijos: Luis Estauromiro, apenas con cinco años de edad; que, cuando eso ocurría, sabía que, tendría que caminar al lado de su madre, ya que, de alguna forma, a María Ida, de menos de tres años, la acomodarían en la mula.

En iguales circunstancias habían salido, hace tres años de Cajabamba y hace dos años de Huamachuco. Pero en esta oportunidad, a diferencia de las otras veces, doña Isolina no sabía hacia qué lugar tendrían que enrumbar sus pasos y dónde terminaría el viaje. Sólo sabía que habían tomado el camino que les llevaría hacia la prodigiosa selva, esa región lejana, desconocida y algo mágica que, en ese tiempo, se constituía en el atractivo más importante para cualquier aventurero o aspirante a rico. Sabía ella que cuando su Demetrio despertara de la turca y al no encontrar donde cebar su borrachera con nuevas copas, aceptaría calladamente el peregrinaje y se sanaría de la bomba. Así había ocurrido las otras veces...

Viajaron y viajaron comiendo y hospedándose donde mejor pudieron, y pagando las cuentas con el producto de la venta de diez onzas de pepitas de oro, que doña Isolina salvó en Tayabamba de un remate previsible y cantado, que su marido hubiera hecho en el estado en que ya se hallaba, la vez que las encontró de pura casualidad en un bolsillo de su camisa y que ella tuvo que lavar porque ya olía a diablos. Además de ese dinero, doña Isolina tuvo también lo que pudo recoger del remate de las cosas que no podrían cargar en las dos acémilas que poseían.

Sobre las diez onzas de pepitas de oro que resultaron como una bendición de Dios para ella, recordó que su marido dio inicio a su última mal habida celebración borrachina, justamente porque las tales pepitas, un amigo suyo prefirió vendérselas a él, a un precio de ganga demasiado satisfactorio, debido a tener gran urgencia por pagar sus deudas más apremiantes. Como esas cosas solían ser así y ocurrían en forma casi cotidiana por esos rumbos, Isolina recordó que su marido le dijo cuando adquirió la preciada bolsita de tocuyo casi llena de pepitas de oro, que no tuvo mayores remordimientos al pensar que podía estarse aprovechando de ese modo del trabajo de su amigo, y adquirió de inmediato aquella bolsita que aquél, en muchas jornadas de lavar en una charola de metal las arenas de las playas del río Marañón, logró casi llenar.

Como doña Isolina sabía ya de sobra, su marido al no poder librarse de la “perseguidora” que le sobrevendría

inexorablemente después de haber estado prueba y prueba la odiosa copa, y que a su entender no era otra cosa que una especie de manía por seguir en perpetuo estado de ebriedad, sólo se cortarían al igual que las otras veces, dejándole sin ninguna posibilidad de “componer” el cuerpo, y eso, sólo era posible iniciando el consabido viaje que antes de éste, los había llevado de Huacapampa a Cajabamba, de este pueblo a Huamachuco y de este último a Parcoy primero y luego a Tayabamba.

Obviamente no era la primera vez que esta situación ocurría. Su marido, —se decía para sus adentros doña Isolina— era un ángel y una paz de Dios si no se la daba por echarle a la copa como un descocado. Pero cuando esto ocurría, no es que se volviera un “*shapingo*”, una persona agresiva, “*pegalona*” o algo parecido, sino que, al contrario, se volvía excesivamente bonachón y manirroto, y hasta no acabar rematando todo lo de valor que poseían, no terminaba. Sin embargo, ahora ya estaban de viaje otra vez y todo aquello quedaría como un mal sabor en la boca que la vida suele dejarnos de tanto en tanto. El problema ahora, era que no tenía definido hasta donde tendrían que viajar...

Con pena y nostalgia recordó durante la caminata que ya había iniciado, que su paisano y pariente Eleuterio Aliaga, le rogó en todas las formas, habidas y por haber, de que tuviera un poquito de paciencia, que la turca ya se le pasaría a su primito Demetrio, que sería más práctico que le

encerrara con engaños en un cuarto hasta que esto ocurra; que él, para que no hagan la locura de huir, aunque sea haría que lo metan al calabozo, porque el gobernador era su amigo de confianza... pero, doña Isolina no cedió. Le remató más bien todas las cosas que materialmente sabía que no podría cargar en las acémilas, incluyendo las pepitas de oro... e inicio un éxodo más en su vida.

Después del siguiente día de viaje, todos los pequeñines estuvieron acomodados sobre las bestias de carga en la forma en que llegaron a Tayabamba, porque su padre ya comenzó a caminar, y no pararon de viajar así, de ese mismo modo, hasta llegar a Saposoa, en el departamento de San Martín.

CAPÍTULO IV

El otro éxodo: el de los “monitos” del Ecuador

Repentinamente y sin que nadie lo esperara, el manso presidente Desporio Ventocilla Marulanda de la República del Ecuador, decidió privatizar todos los bienes de propiedad del Estado, lo cual comprendía —quién lo hubiera imaginado— hasta la tierra que estaba siendo trabajada en forma individual o asociativa, por un gran sector de la población que conformaba el grupo político disidente de los nacionalistas, a pesar de que éstos hubieran preferido seguir usufructuando las parcelas adquiridas por ellos, gracias a una reforma agraria que uno de los tantos milicos golpistas de antaño, logró a sangre y fuego hacía ya más de quince años, mediante una “*revolución*” que muchos años después se supo, que había sido planeada y monitoreada desde el Pentágono, sólo para desprestigiar las asonadas guerrilleras de orientación “*socialista o*

comunistoide”, que comenzaron a cundir como reguero de pólvora en Centro y Sudamérica, que hasta ese momento eran consideradas por los gringos norteamericanos, algo así como su patio trasero.

El grupo de los nacionalistas estaba formado especialmente por campesinos de la sierra verde del Ecuador y por la mayoría de los trabajadores de las cooperativas plataneras de la costa oeste del Pacífico, sobrevivientes de aquel experimento de producción asociativa que el sueño socialista había tratado de implementar, en franca imitación del *koljoz* soviético y del *kiput* israelita; pero, obviamente, con diferentes resultados. Beneficiados con el reparto de las utilidades de fin de año, la mayoría de los socios de esas cooperativas comenzaron a vaciar literalmente las tiendas de artefactos eléctricos, sin ponerse a pensar en crear un fondo de contingencias para gastos de reposición de sus medios de producción o de un fondo de contingencia, para hacer soportable la depreciación de sus equipos y herramientas de producción.

Uno de esos días en que no se lo esperaban los nacionalistas de la oposición, el ingeniero agrónomo y presidente del Ecuador Desposorio Ventocilla, resultó vendiendo las instalaciones de ECUAPETRO en su totalidad, —“nacionalizada con sudor y lágrimas” por el milico golpista de la reforma agraria aquella, en franca alusión a la célebre frase de Winston Churchill, con la que éste advirtiera a sus connacionales ingleses, que ése iba a ser el

precio de ganar la segunda guerra mundial—, a una Empresa Transnacional Francesa, previo trato para que durante el primer año, el precio del gas licuado de petróleo de uso doméstico, de diez pesos que estaba costando antes de su “patriótica decisión”, bajara a la irrisoria suma de cinco pesos, pensando que con eso se ganaría a la “gente de adentro”.

No ocurrió así, sencillamente porque la “gente de adentro”, como él acostumbraba referirse a ellos (campesinos, agricultores y peones de la parte de la sierra verde ecuatoriana y de su costa platanera), cocinaba con leña y esa “rebajita” en un producto que ellos no consumían ni de bromas, no les benefició para nada ni les sirvió para la maldita cosa, por el contrario, recién con ello lograron percatarse de que seguían siendo tan pobres como antes de la “revolución”. Ellos habrían querido sí, que nacionalizara la tierra, porque la consideraban su madre, de ella nacía el agua vivificante que tomaban y que utilizaban para regar sus sembríos, ella les daba de comer con los frutos que producían con su trabajo, en ella vivían junto con toda su familia grande y al seno de ella irían a parar una vez que dejaran este mundo. Es decir, la tierra era todo para ellos y sin la tierra no podía concebirse ninguna forma de vida ni de desarrollo humano.

De modo parecido a cómo pensaban en su practicidad aquellos agricultores, los nacionalistas consideraron ignominiosa la venta de la Fábrica UREAQUIL de

Fertilizantes Químicos de Guayaquil, de la que dependía toda la producción de plátanos desde allí hasta Machala por la ruta costera del oeste siguiendo hacia el sur, y desde Machala hasta los confines de la provincia de El Oro hacia el este, en la frontera con Piura en el Perú. Pero en este caso, sobre la base de la experiencia poco exitosa de la rebaja abrupta del precio del gas propano, al saco de urea y de fosfato, en lugar de rebajarlo, lo tuvieron que subir de precio al triple para equilibrar “el desbalance” producido por el aquel subsidio regalón del gas licuado de petróleo.

A pesar de la experiencia poco gratificante de subsidiar el gas propano, a Desposorio Ventocilla se le ocurrió privatizar, poco tiempo después, la Empresa Ecuatoriana Estatal de Telecomunicaciones (EMECETEL), la Empresa Ecuatoriana Estatal de Electricidad y los de Servicios de Agua Potable, Desagüe y Alcantarillado (EMECESAPAL), así como las Empresas Nacionales de Puertos Marítimos y Fluviales (ENAPUMAF).

Después de “todos esos negocios redondos”, tanto para el comprador como para la cúpula del gobierno, por las coimas y comisiones que llegaron a recibir, según podía inferirse de la forma en cómo éstos comenzaron a hacer ostentación de su riqueza, al presidente le quedaban todavía unas ganas terribles de privatizar la educación y la salud, el seguro social y el transporte aéreo, terrestre y fluvial, de propiedad del Estado, entre otras cosas. Es decir, todo...

Pero; hasta ese punto, nadie que estuviera en su sano juicio en el Ecuador se lo iba a permitir y, Vladimiro Izaguirre Montúbar, entre otros, fue uno de los nacionalistas que comenzó a gestar la oposición en forma sistemática, desde su cargo de profesor de la escuela primaria de Azogues y desde su cargo de Secretario General del Sindicato de Maestros de esa región, para lo cual, lo primero que hizo fue convencer de enrolarse en esa causa, a sus hermanos menores Francisco e Hildebrando, el primero comerciante próspero y el segundo, profesor también, como él, pero en el nivel secundario.

Los tres hermanos estudiaron en la colonial y fastuosa ciudad de Cuenca, por su cercanía a Azogues, por ser ésta una ciudad levantada a la usanza española sobre las ruinas dejadas por los quiteños y donde, en ese momento, se concentraban los mayores adelantos en la cultura, las humanidades, las artes, las matemáticas y la ingeniería. En su tranquila y menos cosmopolita Azogues, su tierra natal, los tres hermanos Izaguirre vivieron bajo la férula de sus padres, terratenientes desde las épocas inmemoriales de la conquista española, fecha en la que sus ancestros llegaron desde la ibérica ciudad de Córdoba, en la madre patria, oliendo a árabe todavía e integrando las huestes de aventureros de Fernando de Orellana, a los que, morir en el nuevo mundo con alguna enfermedad desconocida; pero, con la posibilidad de hacer fortuna con un golpe de suerte, les era más atractivo que quedarse en su tierra a morir de hambre sin pena ni gloria.

Durante el tiempo que duró la vida de estudiantes de los hermanos Izaguirre en Cuenca, Vladimiro siempre cumplió el rol de líder de sus otros dos hermanos, dada su condición de hermano mayor y dada su franca orientación y militancia socialista. Por eso, cuando tuvo que formar la primera célula de oposición, pensó primero en sus hermanos. Claro que el más difícil de convencer fue Francisco, que era comerciante, por tener la convicción de no perder nada con las medidas de política que fueran y que llegara a implementar cualquier gobierno, dada su condición de fenicio, rey del trueque o de necesario intermediario entre la producción y el consumo.

En cambio, Hildebrando, que era profesor y de aficiones románticas como Vladimiro, no requirió de mayores argumentos y comprendió la necesidad de actuar “revolucionariamente” tan pronto como se lo pidió su hermano mayor. Pero para convencer a Francisco, Vladimiro tuvo que analizar y explicar el problema desde diferentes aristas, ante la inquisidora, descreída y desconfiada capacidad receptiva de aquél, que veía las cosas desde un lado más práctico, dada su ocupación de comerciante. Como se sabe, todo comerciante gana sin invertir en el proceso productivo más que su astucia, un poco de capital y una bien calculada afición por el riesgo.

Por eso, Vladimiro tuvo que demostrar a su hermano Francisco sin retóricas de ninguna naturaleza, pero sí con mucha coherencia lógica, que todas las decisiones del

presidente Desporio Ventocilla Marulanda respecto a permutar el rol del Estado, de todopoderoso y pudiente capitalista, amén de agente de cambio y empresario emprendedor exitoso, al de triste recaudador de impuestos, era aberrante y sin sentido, además de significar traición a la patria. Con tal propósito, en sus largas conversaciones, le argumentaba justamente esa percepción de las cosas que él tenía metida en su cabeza.

— Mira Pancho, hasta donde sabemos por nuestra experiencia y el poco o limitado conocimiento de esas cosas, en este mundo sólo existen tres grupos o clases de personas. El primer grupo está conformado por los dueños del capital financiero y los que pagan salarios a los que trabajan para ellos. A ellos se les llama también empresarios y es sólo a ellos a quienes el Estado les brinda todas las gollerías posibles. El segundo grupo, por su parte, está conformado por los que, al no poseer capital financiero, ni maquinarias de producción, ni tierras, se ven forzados a alquilar su fuerza de trabajo. A ellos se les llama asalariados, obreros, peones o empleados y todos los beneficios que tienen lo han arrancado a base de luchas populares y huelgas. Por eso, también a ellos, cuando se atreven a reclamar sus derechos, el Estado les mete palo, balas y bombas lacrimógenas, tildándolos de terroristas, comunistas o delincuentes —hizo una pausa y siguió—:

— Finalmente, el tercer grupo de personas estaría compuesto por los “*desclasados*”, o sea, por aquellas

gentes que, sin ser poseedoras del capital en cualquiera de sus formas, porque también son asalariados, sueñan e imaginan que pertenecen a la clase dueña del poder por poseer el capital y llegan a pensar cómo ellos y hasta a identificarse con los intereses de aquellos. Este grupo de gentes es todavía más peligroso que la de los empresarios, por su actitud de “*sobonería*” y por su incondicionalidad servil a sus intereses. Es conocido el hecho de que el capataz es más cruel y perverso que el terrateniente, por ejemplo, o que cualquier dueño de la empresa —hizo otra breve pausa y luego continuó, ante la ostentosa mirada de tedio y fastidio de su hermano comerciante, por aquella cháchara ya conocida y repudiada por él—:

— Eso que te acabo de decir va para lo que tiene carácter general en el sistema capitalista, pero ahora, analizando específicamente el comportamiento del presidente Ventocilla, con toda certeza puedo asegurarte que no existe en el mundo de los empresarios alguno que venda sus empresas, especialmente si éstas son prósperas y rentables. Lo que hace cualquier empresario y en cualquier parte del mundo, sea aquí en el Ecuador o en la cochinchina, cuando una de sus empresas no está produciendo lo que espera que produzca, es tratar de salvarla primero, para llegar a venderla como un último recurso... pero después de muchos esfuerzos e intentos para repotenciarla. Acá solo se ha corrido la bola de que el Estado es mal administrador... y a vender se ha dicho.

— Ese es un discurso y una cháchara comunista que ya me he cansado de oírte, hermano. Me parece que en lo que has dicho como una generalidad para el sistema capitalista, bueno, tengo que aceptarte que es así. Conozco el caso de administradores de algunos negocios en donde yo compro los abarrotos que vendo en mi tienda, que hasta me quieren hacer la pilla para dizque hacerle ganar un poco más al dueño de dicho negocio, sólo en su afán de “*sobonear*” a su patrón como tu bien lo has caracterizado. Lo que yo espero de él es solamente que sea justo, que me cobre lo que corresponde y que tanto él como yo tengamos en el negocio alguna ganancia. Pero, digas lo que digas, está demostrado hasta la saciedad que el Estado es mal administrador. Además, tú y yo sabemos que, para todos los gobiernos de turno, esas empresas constituyen el botín del vencedor y colocan allí de gerentazos y jefazos, a sus allegados políticos para que las saqueen en forma inmisericorde, además de premiarles con unos tremendos “*sueldotes*” —le retrucó Francisco—.

— Tú lo acabas de decir hermano y lo que afirmas es completamente cierto. Además, justo en lo que haces hincapié, precisamente por ser innegable, es de donde se agarra este gobierno para justificar su entreguismo a los intereses de los dueños del capital financiero; pero, eso es simple y llanamente traición a la patria. Definitivamente, el hecho de que esté mal administrada una empresa estatal, no justifica que sea rematada ni mal vendida. La mala administración de ellas no es un problema estructural, es

más bien un problema de orden funcional de las mismas. Y, como podrás darte cuenta, siendo este problema simplemente de naturaleza administrativa, la solución estaría en cambiar su administración, pero jamás arreglar el entuerto vendiéndolas a precio de remate —argumentó de nuevo Vladimiro a su hermano Pancho, para concluir diciéndole—: Mira hermano, si en una de tus tiendas te das cuenta que te roban, tú rematarías tu tienda o... ¿cambiarías de administrador? Es obvio que vas a optar por cambiar al que te está robando y no por rematar a precio de ganga tu medio de subsistencia.

— Eso es otra cosa pues, es harina de otro costal; pero... ¡claro que yo echaría a la calle al administrador y a todos los empleados que me estuvieran robando! y, en su lugar, ¡contrataría a otros que me den buena cuenta! Eso haría, sin lugar a dudas, pero... en el caso de las empresas del Estado es diferente, primero ¿dónde podrías encontrar administradores del Estado que sean honestos? No hallas uno solo de esos ni buscándolos con vela y una lupa.

— Es que no se trata de colocar administradores buscando entre los allegados y ayayeros políticos o entre los empleados en servicio que tenga el Estado, porque allí, ya lo sabemos, no hay gente capaz y honesta. Pero, fíjate Pancho, ¿Qué opinión te merecen, en términos de honestidad y responsabilidad para ejecutar proyectos internacionales los franceses, los alemanes o los ingleses, porque de los norteamericanos, ni hablar, no crees?

— Bueno, allí si tienes razón. Pareciera que los alemanes, los ingleses y los franceses, en ese orden, son honestos conduciendo proyectos u obras.

— Ahí hubiera estado entonces la solución, pues hermanito. En lugar de vender sus empresas, el Estado ha debido de contratar los servicios de compañías inglesas o alemanas o francesas, para que le administren sus empresas, pero sin perder la propiedad de ellas. O... ¿acaso conoces algún empresario tonto que vende a precio de huevo sus mejores empresas? Eso nunca ocurre en la empresa privada. Pero, cómo primero se hace correr el rumor —como una bola de nieve— de que el Estado es mal administrador y se logra que la gente se crea ese burdo cuento, sólo porque en la situación actual eso es completamente cierto, lo segundo sale facilito: vender las empresas estatales. ¿Pero, acaso “*por la Virgen Santísima y los setenta mil demonios*” no era mejor continuar teniéndolas y cambiar su administración defectuosa? ¿No es preferible acaso, aunque sea, conseguirse un socio para que las administre y ganar 50 y 50 por partes iguales, que sólo quedarse para cobrarle un impuesto que, es más seguro que me va a trampear o me va a escamotear, como suele ocurrir en la práctica?...

— La verdad que sí. Tengo que darte la razón en eso. Pero ¿y los sindicatos de trabajadores de esas empresas estatales? ¿Acaso no sabes que esos sindicatos son fuertes y están bien consolidados para defender la tajada de la torta

que ahora les está tocando? O... ¿crees que va a ser fácil quitarles la mamadera de la que ahora están prendidos como lo hacen los lechones de las tetas de la mamá chancha? Tendríamos un problema social muy grande en ciernes, sin ninguna duda, si se les quiere quitar esa dadivosa teta.

— Con las leyes actuales, claro que sí. Pero... te contesto igual, ¿acaso el Estado no las puede cambiar o modificar con algo que sea más favorables para todo el país y para la mayoría? No me negarás que ahora sólo ellos son los beneficiarios de las ganancias que producen esas empresas. Sin embargo, los hijos del Ecuador no son sólo los trabajadores de las empresas estatales. Hay miles de paisanos nuestros que viven en la pobreza absoluta y a ellos no les llega nada de nada. Eso es injusto, ¿no te parece?

— Claro que eso es injusto y lo que dices se hubiera podido hacer. Pero ahora que las cosas ya están hechas... ¿cómo vamos a revertir ese proceso?

— Revertir ese proceso es bien lento, ya se sabe. Privatizar es más fácil que nacionalizar o estatizar. Pero algo hay que hacer a este respecto. A este paso, Ventocilla va a privatizar hasta el aire que respiramos... y el agua dulce que poseemos como país y que no ha sido “*potabilizada*” todavía por la empresa estatal del agua. Ganas no le faltan para hacer eso, porque en lo que la educación se refiere, ya lo tiene bien pensado: la va a privatizar, no queda otra alternativa.

— Ya, ya, hermano, basta... me has convencido. ¡Qué hay que hacer!

Y... los tres hermanos Izaguirre Montúbar, como un solo hombre, se metieron de cabeza en la tarea de gestar un movimiento revolucionario nacionalista en el Ecuador, orientado a deponer a Desposorio Ventocilla Marulanda y, sobre todo, a revertir todas las aberraciones políticas que éste vino festinando. Cuando el movimiento llegó a consolidarse en Azogues y Cuenca, y de allí comenzaba a expandirse por todas esas bajadas hasta Guayaquil, el ejército ecuatoriano tomó por las armas Azogues y Cuenca, y comenzó a perseguir a los nacionalistas visibles y a todos sus dirigentes, con una saña y un empeño nunca vistos.

Los hermanos Vladimiro, Hildebrando y Francisco Izaguirre Montúbar tuvieron que huir, con lo que llevaban puesto y sin rumbo conocido. En toda la bajada desde Azogues hasta la ceja de costa de Guayaquil, fueron apoyados por los campesinos de la zona, que los escondieron, los alojaron y les dieron de comer. Pero como no estaban en viaje de vacaciones, en menos de ocho días y por la misma ceja de costa enderezaron rumbo hacia las selvas de Loja desde donde, al tener noticias de que la gente del servicio secreto de Ventocilla les venía pisando los talones, no tuvieron más remedio que pasarse entre gallos y medianoche al Perú por la ruta del puente La Balsa, remontando el Chinchipe, sin duda alguna después de durísimas jornadas de caminatas a pie o, a caballo, las veces

que lograron conseguir acémilas, por esa parte del territorio ecuatoriano que, como se sabe, además de montañoso es una selva ubérrima pero inhóspita y traicionera.

Pero, aun con todas esas terribles dificultades, los fugitivos lo lograron, eso sí unidos como un solo hermano. Vladimiro se afincó en Tumbes con la secreta ilusión de regresar pronto a su país, pero para asegurarse, consiguió esposa y se nacionalizó peruano y de ese modo evitar ser extraditado, llegando a tener muchos hijos. Francisco eligió Bagua como lugar de residencia, se nacionalizó peruano también pero no llegó a casarse nunca, y como era comerciante, muy pronto se hizo de un regular capital mercantil y comerció sin descanso por toda la zona norte del Perú, dejando regados “izaguirritos” sin fin desde el departamento de Amazonas hasta Celendín y Cajamarca.

En cambio, Hildebrando, que era profesor, después de nacionalizarse peruano al igual que sus otros dos hermanos, logró conseguir trabajo de profesor en Saposoa donde, al igual que en casi toda la selva peruana, había escasez de maestros con título pedagógico. Él también, llegó a tener muchos hijos.

Sin embargo, el detalle curioso que comenzó a surgir en las familias que llegaron a formar estos tres hermanos, fue su costumbre de poner como nombres a sus hijos varones: Vladimiro, Hildebrando y Francisco, de tal suerte que la stirpe se perennice por siempre, pase lo que pase, desde aquellos tiempos revolucionarios inmemoriales que los

hizo huir como delincuentes de su tierra natal, hasta la tragalada de años que comenzó a depararles su nuevo destino en tierras peruanas, en donde la construcción de su futuro comenzaron a labrar trabajando a hombro partido, con la esperanza de que éste porvenir, fuera más halagüeño para sus descendientes.

CAPITULO V

Dios los cría, y ellos se juntan

Cuando los “*shiliquitos*” —así les llamaron desde su llegada— Demetrio González Díaz e Isolina Escalante Rojas y sus tres hijos arribaron a Saposoa, esta vez en forma diametralmente opuesta a como lo hicieron a Tayabamba; porque llegaron solo con la ropa que traían encima, debido a que todo lo perdieron irremediablemente al virar la canoa en la que venían navegando por el río Sapo; hacía ya más de cuarenta años que Hildebrando Izaguirre Montúbar se había afincado en esa ciudad. Tantos años habían pasado desde su huida del Ecuador, que hasta se jubiló como director de la escuela primaria de ese lugar.

Allí había adquirido, igualmente, tanto prestigio por sus conocimientos y su gran capacidad para emprender diferente tipo de tareas y actividades creativas, que llegó a

ser alcalde de la provincia de Huallaga —cuya capital era Saposoa— en más de tres oportunidades, además de poseer una gran tienda de abarrotes en la que tenía crédito la mayor parte de la población. Podría decirse con certeza, que no había persona alguna en Saposoa y sus alrededores, que no le debiera algo a don Hildebrando Izaguirre Montúbar.

Sin embargo, a pesar de que Saposoa era una especie de tierra en la que “*sólo los quillapones*” —o sea los haraganes— que no quieren trabajar no prosperan, a los “*shiliquitos*” recién llegados de la provincia de Pataz no les fue muy bien, de acuerdo con sus propias expectativas y aspiraciones.

No es que allí en ese pueblo tan pródigo en amistad y bondad no les hubieran brindado la hospitalidad y la colaboración solidaria requeridas, ni que no hubieran intentado ayudarles a establecerse, proporcionándoles ropa, frazadas, alimentos y una casa provisional para vivir; sin embargo, todas las facilidades que recibieron para que se queden en forma definitiva y, de créditos de mercaderías de parte de don Hildebrando Izaguirre Montúbar para que pongan una pequeña tienda, el negocio no marchó a su satisfacción.

Si bien la pensión de doña Isolina, como ya era costumbre, comenzó a prosperar muy rápido, la bodeguita de don Demetrio... como dirían los muchachos de ahora, ¡nada que ver! Era evidente que la competencia que tenía en la bodega-almacén de don Hildebrando Izaguirre Montúbar,

bien consolidado, conocido y amigable para todos los habitantes sin distinción, de esa parte del valle del río Sapo, siempre sería un impedimento muy serio para poder arrancar con buen pie hasta lograr similar objetivo, lo cual les pareció por demás improbable dadas las actuales circunstancias y condiciones.

Por eso... a la familia de “*shilicos*” González-Escalante, no les quedó más remedio que ponerse a pensar en salir de allí lo antes posible, después de haberlo intentado casi todo durante ocho meses, en esta oportunidad sí y por primera vez, sin mediar el hecho de que Demetrio González Díaz se hubiera puesto a empinar sin fin el codo y dárselas de papá Noel “*regaliche*” como ya había ocurrido en oportunidades anteriores.

Sin embargo, en esos ocho meses de residencia allí en la cálida y por demás hospitalaria ciudad de Saposoa, les nació un nuevo hijo al que pusieron por nombre Elías, como el profeta bíblico que todo cristiano sabe que “subió” al reino de los cielos en cuerpo y alma —y como para no creerlo—, junto con su carroza que se hizo de fuego y, sus dos caballos.

Y como parte de este mismo dogma, todos los creyentes saben también que “*allí arriba*” el gran profeta Elías está al lado de nuestro señor Jesucristo y la Virgen María; puesto que, según reflexionaba a veces en voz alta y con dejo de ateo Hildebrando Izaguirre Montúbar, “*hasta donde nos da a conocer la Biblia sobre este asunto*”, las

tres personas aquellas que subieron en cuerpo y alma al cielo, uno de ellos es nada menos que el divino hijo de Dios, la otra persona es la mismísima Virgen de la Asunción y el tercero es el profeta Elías, más, claro está, sus dos caballos y su carroza de fuego. Sólo ellos serían los únicos que han “*subido*” a los cielos en cuerpo y alma, y en el caso de los caballos, con cascos y todo, desde que Dios creó a Adán de un trocito de greda y a Eva de una costilla de éste. De allí en adelante, nadie ha podido escalar al cielo más que en forma de éter, espíritu o alma, de acuerdo con nuestra historia y creencias religiosas.

Tanta gracia les hizo a los “*shiliquitos*” Demetrio González Díaz e Isolina Escalante Rojas, el análisis crítico pero descreído de la narración bíblica que señala que el profeta Elías “*ascendió al cielo*” con carruaje de fuego y todo, realizada por “*don Hildebrando viejo*”, adjetivo herrumbroso en lo que respecta a “*viejo*” que comenzaron a utilizar allí en Saposoa para diferenciarlo de Hildebrando Izaguirre Ríos, hijo de éste, que no dudaron en ponerle al cuarto de sus hijos por nombre Elías, aun cuando el idóneo y carismático director de la escuela primaria de Saposoa les pareciera, además de divertido y chistoso, un condenado viejo ateo o un rancio agnóstico descreído de los dogmas de la Iglesia, sea esta católica o protestante.

En contrapartida, los “*shiliquitos*” Demetrio e Isolina sí eran cristianos convictos y confesos, aunque militantes del protestantismo evangélico. Desde su estancia en el pueblo

minero de Parcoy y después en Tayabamba, les pareció que los evangélicos eran más coherentes en su práctica religiosa, lo que no veían que ocurra con los católicos, que suponen que es suficiente confesarse ante un cura y desayunarse a Cristo en una hostia, para quedar libres de culpa por todos los pecados cometidos, se haga lo que se haga antes o después de la comunión.

En el caso de los “*sabatistas*” también pensaban que, además de creer que el trabajo durante los días sábados es un pecado ignominioso, aberración que no compartían porque el trabajo dignifica, a ellos no les agradaban porque sus pastores, obispos o sus equivalentes, tienen la mala costumbre de pedir diezmos a sus feligreses, con lo que ellos viven a cuerpo de rey. Con suerte, en aquel tiempo no había ni “*Testigos de Jehová*” ni “*mormones*” todavía por esos rumbos, que desde la simpleza de su propia óptica, eran peores y hasta más absurdas que todas las demás facciones religiosas juntas.

— Fíjense bien pues amiguitos de Celendín —les decía en sus conversaciones cotidianas con ellos don Hildebrando Izaguirre “*Viejo*”— no es posible pensar que se “*sube*” al cielo y se “*baja*” a los infiernos. Uno, porque el cielo no está arriba ni el infierno abajo, ambos están aquí, a nuestro lado, nosotros los creamos o los destruimos con nuestras acciones y nuestro proceder. Por lo tanto, eso de “*bajar a los infiernos*” es una cosa muy traída de los pelos porque debajo de nosotros está la “*napa freática*” y el

subsuelo, y después el núcleo de la tierra, que por la enorme presión que soporta, está a tan altas temperaturas que todo está convertido en magma o lava volcánica, que es lo que podemos ver cuando hace erupción un volcán.

Número dos, al cielo tampoco uno se “*sube*”, porque arriba de nosotros están las nubes, la capa de ozono y la estratósfera, y mucho más allá, el universo infinito. Por lo tanto, hacemos del lugar donde vivimos un “*cielo*” cuando practicamos el bien, la justicia, el respeto y todos los otros valores que ha creado e institucionalizado la sociedad misma, para cohesionarse, protegerse y supervivir como tal, por los siglos de los siglos y no fenecer en su propia behetría. Y, obviamente, convertimos en infierno al lugar donde vivimos cuando nos dedicamos intencionalmente a hacer el mal y a practicar la iniquidad. No hay más mis amiguitos...no hay más... ¡todo está aquí!

— Es claro que la religión, cualquiera que sea ésta, se sustenta en dogmas. El dogma se cree por fe, no por razonamiento lógico —solía retrucarle don Demetrio, que era muy agudo y perspicaz para analizar esta clase de cosas— por lo tanto, como otro de los dogmas es que Dios nos ha hecho libres de albedrío, en razón de lo cual podemos elegir en libertad el bien o el mal en nuestros propios actos, o escoger las creencias que más nos convengan, así como, practicar una religión si así lo deseamos o... simplemente aparentar no creer en nada, como pretende hacernos creer alguien al que conozco y que

ahorita le estoy mirando... ¿No le parece a usted que eso hace las cosas más imples don Hilde...? Aunque, yo estoy bien seguro que, si de repente a usted le ataca una “*shushupe*” enorme, lo primero que haría es encomendarse a Dios.

— Como usted dice don Demetrio, somos libres de creer lo que mejor se acomode a nuestra persona para tratar de ser felices. Yo, desde que lo conozco, lo respeto muchísimo por analizar tan bien las cosas, por su gran espíritu de tolerancia, su capacidad de conciliación y su don de gentes, en general —le contestó don Hildebrando “*Viejo*” con sinceridad—. Pero, me da mucha pena que se vaya del pueblo. Aunque, como usted mismo dice que es un ser creado por Dios con libre albedrío, yo respeto eso. Si necesita algo, estoy para servirle. —Y se fue a su casa caminando por la calle surcada por una acequia al medio, según era la costumbre de diseñar las calles en ese tiempo, como seguir pensando en todo lo que habían hablado ese día, Demetrio González Díaz y él—.

Don Hildebrando Izaguirre Montúbar o “*Hildebrando Viejo*”, tuvo en Saposoa siete hijos en su esposa Silvia Ríos Seijas: Hildebrando, Francisco, Carmen, Irene, Guillermo, Natividad y Cecilia. Sus hijos fueron siete, número cabalístico, presente en la biblia en un montón de hechos y circunstancias, pero no se llegó a saber jamás si tuvo ese número de hijos por tal motivo. Tampoco se ha llegado a saber si por allí hizo alguna que otra travesura de esas en

los que quedan retoños. Si hubiera tenido un hijo varón más, seguro que le habría puesto Vladimiro por nombre, aunque no de muy buena gana, ya que, según sus reflexiones posteriores, por culpa de las aficiones socialistas de aquél, se había desterrado él mismo hasta estas tierras de la Selva del Perú, dejando su Azogues querido y tan añorado con su clima fresco, templado y seco, tan diferente al clima cálido, húmedo, denso y sudoroso de Saposoa, en el cual, le parecía que estaba escrito, se quedaría por siempre.

Después de ser objeto de muchos agasajos, tales como almuerzos y cenas de despedida, por parte de sus amigos y de sus familiares —porque “*maldiciados shilicos*” hay en todos lados—, en las que don Demetrio González ni siquiera miró ni mucho menos “*olió*” una sola copa, cargando todas sus cositas y cachivaches en la mula y el caballo que siempre tuvieron, con su hijo Elías de pocos meses de nacido a sus espaldas, doña Isolina Escalante y su marido iniciaron nuevamente el que habían decidido sería el último de sus éxodos.

Esta vez, viajaron despacio porque el único que no venía a pie era el pequeñín Elías. Todos los demás, tuvieron que hacer el largo viaje de Saposoa hasta *La Ochora*, en la provincia de Moyobamba, caminando por una ruta diferente pero que, en buena ley, equivalía a desandar el viaje de venida a Saposoa desde Tayabamba, que sabían por experiencia que quedaba allá en la lejana provincia de

Pataz, es decir, en los confines del Departamento de La Libertad donde, según ellos y otros muchos que así taxativamente lo proclamaban: ¡Dios no había llegado todavía!

María Ida, la gringuita de los ojos negros de Pataz, del mismo modo que había ocurrido en ese lejano lugar del departamento de La Libertad, logró capturar sin mayor esfuerzo, la admiración y el cariño incondicional de toda la gente de Saposoá. Sus insondables ojos negros, la frescura de sus ademanes al caminar y su sencillo pero agudo estilo para entablar una conversación, logró lo que ninguno de sus otros dos hermanos mayores pudo hacer: que toda la gente de Saposoá la quiera sin rodeos ni medida, lo que quedaba fehacientemente demostrado en los obsequios que recibía cada vez que salía a dar una “*vuelta por el perejil*”, como diría socarronamente su madre doña Isolina, para caracterizar los paseos que las personas solemos hacer sin rumbo ni objetivo preestablecido.

A María Ida, que cuando arribaron a Saposoá tenía sólo cerca de cinco años, pero ya hablaba muy bien, le encantaba hacerle los mandados a su madre, doña Ishuca —allí en Saposoá le deformaron por primera vez su nombre original de Isolina— que, por tener que preparar las comidas en su pensión, requería frecuentemente y con mucha urgencia, de algún aliño especial o condimento de rutina. La pequeña niña era muy diligente para ir a traerlos desde la tienda de don Hildebrando Izaguirre “*Viejo*” —donde sus padres

tenían crédito—, quien aprovechaba de cada una de estas ocasiones para tener vivaces y por demás sustanciosas conversaciones con ella. Lo de “*viejo*”, comenzaron a usarlo los “*shilicos*” en Saposoa, para diferenciarlo de uno de sus hijos, que también se llamaba Hildebrando Izaguirre como él, pero al que le decían “*Hildebrando Chico*”, no por ser más pequeño de estatura que su padre, sino simplemente para no confundirlos.

Éste, por conversaciones con su padre don Hildebrando “*Viejo*”, se enteró que el papá de aquella niña hermosa y aguda para conversar: don Demetrio González, era muy trabajador, además de bueno y cariñoso con su esposa y sus hijos, sólo que... cuando tomaba “*le daba la perseguidora*”, y que cuando esto ocurría, tenían que salir de viaje con rumbo desconocido, después de rematar todas sus cosas para pagar las deudas de tragos del padre, porque éste se volvía muy invitador y dadivoso.

Que por ese motivo salieron apuradamente de viaje con menos de un año de estadía, de Tayabamba y de otros pueblos como Cajabamba y Huamachuco. Por lo tanto, cada vez que don Demetrio comenzaba a tomar, su esposa doña Isolina y todos sus hijos, pero especialmente la pequeña María Ida, sufrían mucho pensando que después de eso sobrevendría un penoso y largo viaje, por caminos de herradura que, por decir lo menos, parecían que los hubieran hecho para cabras de monte, por lo escabrosos, por lo empinados y difíciles de andar.

Enterado de tales detalles, y conociendo ya de qué pata cojeaba el padre de la niña, don Hildebrando “*Viejo*” nunca le invitó a éste una copa y, sobre eso, corrió la voz para que nadie en Saposoa hiciera tal cosa, lo cual se cumplió al pie de la letra. Pero, como era la primera vez que escuchaba la frase “*una vez que toma una copa le da la perseguidora*”, tan pronto tuvo la oportunidad de conversar con aquella singular niña, del modo más simple que pudo le preguntó:

— A ver hijita... ¿Cómo es eso de que una vez que tu papá prueba una copa le da la “*perseguidora*”? ¿Quién es la que lo persigue? ¿Acaso es tu madre, la dignísima doña Isolina? No veo que ella pueda hacer eso...

— Pues verá, señor Hildebrando... —y la niña, en sus propias palabras, pero con mucha agudeza, comenzó a explicarle en qué consistía eso de la “*perseguidora*”— mi mamá Isolina dice que toda la gente toma un día y al siguiente no quieren ni ver un solo trago. Que, en lugar de volver a tomar, se curan los “*muñecos*” o los “*calderos*” con un ceviche o un caldo de gallina o de pata de res, o acá en la selva con un buen “*timbuche de carachamas*”. Pero mi papacito al día siguiente amanece con más sed o comienza a “*componer el cuerpo*” con un traguito ni bien se despierta y cuando ya lo tiene compuesto, lo vuelve a descomponer con una bomba fenomenal.

— Vaya, vaya gringuita. Me acabas de desasnar e ilustrar sobre ese tema que yo no conocía para nada. En premio te voy a obsequiar unos dulcecitos, ¿te parece, niña

linda? Ahh... y vuelve rápido que tu madre ha de estar esperando el mandado —y le obsequiaba un buen puñado de caramelos con sabor y color a fresa, que sacaba de una lata con tapa circular en el centro, con lo que daba por concluida la plática—.

Sin embargo, atraído por esos intercambios de información entre su padre y la niña o... quien sabe, cautivado —desde aquel tiempo— por la belleza natural de la pequeña, que por boca tenía un punto rojo que contrastaba con la nacarada piel de su rostro y sus grandes ojos negros, Hildebrando Izaguirre “*Chico*”, se sumó a las conversaciones que la niña tenía con su padre. En esa instancia del tiempo, Hildebrando “*Chico*” tenía ya veinte años de edad y por cada diálogo con él, al igual como hacía su padre, la obsequiaba con otro puñado de caramelos de fresa, adicional al de su padre y que sabía por boca de éste, que le agradaban a la niña de modo muy especial.

Tantos puñados dobles de caramelos había recibido María Ida, que ya no se los pudo acabar de comer y eso que a sus dos hermanos les convidaba un dulce cada vez que ella los conseguía, aunque éstos le dijeran, por ese detalle de invitarles sólo uno, que era una gran “*mishica*”. Por eso y para evitar que sus caramelos “*desaparezcan*” para siempre, en un baúl de cuero que tenía su madre y que les acompañó desde Tayabamba, encontró un escondite donde guardaba como si fuera un tesoro muy preciado todos los caramelos que recibía, especialmente del joven

Hildebrando “*Chico*”, no permitiendo que nadie los toque ni menos que se los coman. Cuidando ese tesoro de puras golosinas hizo el largo viaje desde Saposoa hasta *La Ochora*, donde lo siguió conservando por algún tiempo, el que duró el comérselos uno a uno a escondidas de sus hermanos, e incluso de sus bondadosos padres.

Por su parte, cuando la niña desapareció de la faz de Saposoa, Hildebrando “*Chico*” a pesar de la enorme diferencia de edad que la separaba de María Ida, seguía conservando en su memoria la imagen vívida de “*aquella gringuita de ojos negros*” que había llegado una tarde calurosa a Saposoa, desde Tayabamba, en compañía de sus padres y de sus dos hermanos mayores, como si fueran gitanos, integrando esa pequeña caravana de “*shiliquitos*” que no pudieron quedarse a vivir allí para siempre como él hubiera querido.

CAPITULO VI

Ocho hijos son suficientes... en la esposa.

Cuando por fin... después de recorrer penosamente casi todo el valle del “*Bajo Mayo*”, al transitar por la gradiente natural del camino construido a pico y machete por los gentiles de antaño en los cerros azules que quedan frente a Jepelacio, ya para llegar al vado sobre el río Jera, los “*shiliquitos*” que venían a pie desde Saposoa divisaron Moyobamba, pueblo que les pareció que era un buen lugar para quedarse allí a vivir para siempre.

Pero una vez que llegaron, esta ilusión se les esfumó como por encanto, al comprobar que su gente no era todo lo hospitalaria y generosa cómo lo hubieran deseado o, por lo menos, como se lo habían imaginado e ilusionado. “*Los moyobambinos son muy orgullosos y secos en sus afectos,*

llegando a ser hasta déspotas con los forasteros”, les habían advertido hacía ya mucho tiempo en Saposoa, pero ellos no lo asumieron como algo creíble y aunque lo hubieran hecho, igual habrían tenido que hacer este viaje.

En Moyobamba, vivían desde hacía ya bastante tiempo, Francisco y Arturo Escalante Rojas, hermanos de padre y madre de doña Isolina. Arturo era “*Normalista Rural*” y ejercía como respetable profesor en una de las escuelas de varones de Moyobamba, cuyo local en aquellos tiempos quedaba en una de las calles del perímetro de la plaza de armas, al frente del local de la Comisaría de la Guardia Civil, (en la actualidad esa escuela se llama “Germán Tejada” y la Comisaría se ha trasladado a otro lugar) en tanto Francisco, era próspero productor de chancaca en su trapiche, amén de buen agricultor y propietario de magníficas tierras ribereñas de cultivo, surcando el río Mayo, cerca ya de Yuracyacu.

Ellos se quedaron a vivir allí en Moyobamba, tan pronto como llegaron de Huacapampa “*Viejo*”, centro poblado de Huacapampa “*Nuevo*” erigido este como capital del distrito de José Gálvez de la provincia de Celendín, de donde todos ellos eran oriundos, después de hacer una penosa, larga y agotadora travesía, que se hacía por lo general a pie o a caballo. El viaje aquel se iniciaba muy de madrugada en Huacapampa, para aprovechar la fresca una vez que se hubiera volteado el abra de Jelic, en la cordillera de este mismo nombre. De allí había que recorrer la

zigzagueante bajada hasta el Puente Chacanto sobre el río Marañón, en Balsas, ya en el departamento de Amazonas, donde obligadamente se tenía que pernoctar, a pesar de su clima de temple insalubre y palúdico. Esta jornada se tenía que hacer necesariamente en un sólo día, porque otra vez en la madrugada del día siguiente había que trepar la interminable subida hasta el abra de “*Calla-Calla*”, para de allí seguir travesía y travesía por la cima de esta cordillera central hasta Leymebamba, donde otra vez había que pernoctar.

Igual que en las posadas anteriores, muy de madrugada se tenía que partir de Leymebamba siguiendo de bajada el cauce natural del río Utcubamba, por un camino de herradura áspero y sinuoso, hasta llegar a lo que hoy es Pedro Ruiz y donde se sabía que existía otra posada para este tipo de viajeros. De allí para adelante sólo había que trasmontar una cordillera más: los últimos contrafuertes de la cordillera oriental de los Andes del Norte —conocida en ese tiempo como *Pishgohuañuna*—, temible porque mucha gente se “*moría allí de risa*”, lo cual significaba, según decían, que los viajeros debido al intenso frío y el soroche, si no morían en las jalcas de “*Calla Calla*”, lo hacían por allí asumiendo un rictus parecido al de una persona en plena risa. No bien lograban pasar por el abra natural que hasta ahora existe, se presentaba mágicamente ante ellos el inmenso mar verde esmeralda de la selva alta del primoroso “*valle del Alto Mayo*”, inmenso y majestuoso; y, más grande que cualquiera de los valles conocidos en la sierra.

Sin embargo, para los viajeros de la sierra, éste era quizás el tramo más duro que había que recorrer, por el tipo de vegetación que de un día para otro hacían desaparecer los caminos, por el clima caluroso, húmedo y lluvioso, por la presencia de mosquitos, zancudos y los temibles tábanos, así como de animales salvajes, especialmente víboras venenosas; pero, más que todo, por la ausencia de peajes y vados para cruzar los ríos que por allí abundan, todos muy caudalosos comparados con los torrentosos ríos de la sierra; y; especialmente, por la falta de conocimiento de la existencia de lugares de hospedaje que fueran de confianza. Se sabía que, en muchos de los casos, los “*pishtacos*” y asaltantes robaban o mataban a los viajeros no sólo en los desfiladeros de los caminos, sino hasta en esas mismas posadas.

Así y todo, una vez que cruzaban las interminables laderas, sabanas y montes sin fin después de Pedro Ruiz, estos valerosos viajeros lograban arribar a Rioja, a veces hasta en jornadas de tres días. Nuevo Cajamarca no existía todavía. De allí a siete horas de camino estaba Moyobamba y antes de él, a sólo tres horas, quedaba *La Ochora*, pueblito famoso por estar ubicado en las faldas de un morro secularmente solitario y gigantesco, al no tener por esas verdes planicies con qué otra montaña compararse. Allí vivían dos hermanas más de doña Isolina: María Timotea, su hermana de padre y madre que ya era “*Normalista Rural*” —igual que Arturo— y, Cruz, su hermana sólo de padre.

Como a su llegada a Moyobamba los viajeros de Saposoa fueron recibidos con desgano y poco entusiasmo por parte de sus parientes, con el agravante de que además, a don Demetrio no le gustaba molestar por ningún motivo a la familia de su esposa, decidieron por un par de días solamente, quedarse en una posada que les dijeron que había en el barrio moyobambino de Llullucucha, para después hacer un viaje corto y descansado hasta *La Ochora* que, después de mucho pensarlo, habían elegido como lugar de su residencia definitiva.

Ni más ni menos, así ocurrió. En *La Ochora*, consiguieron en alquiler una huerta de dos mil quinientos metros cuadrados de área, que incluía una casa de techo de teja en mal estado, pero reparable y, otra, muy habitable, de techo de crisnejas de palma. Todas estas propiedades, después de un tiempo, lograron comprar a plazos... para quedarse a vivir allí, esta vez, pensando hacerlo para siempre o... "*Hasta que la muerte determine otra cosa*", según las últimas palabras con carácter de premonición, que Demetrio González Díaz le dijera a su esposa Isolina para terminar esa conversación.

Como era ya una costumbre en ella, doña Isolina ni bien llegó a *La Ochora*, deslió sus bártulos, enjuagó su vajilla y sus ollas, acondicionó un mesón de cedro *masha* —que consiguió prestado "*provisionalmente para toda la vida*" de su hermana Cruz— para sentar a sus comensales y la pensión empezó a funcionar, con el éxito de siempre. Como

la casa y el solar eran grandes, además de ofrecer comida con sabor “*shilico*” y chicha de jora en la sala de la casa de teja, en la enorme huerta engordó chanchos y se puso a criar gallinas y patos, además de cultivar hortalizas y legumbres frescas que, en ese pueblo, no acostumbraban consumir ni de bromas.

Demetrio González, en cambio, ni siquiera trató de buscar en donde poner en funcionamiento la tienda de abarrotes de costumbre. Su cuñado Arturo Escalante, que ganaba lo necesario como profesor (increíble, en ese tiempo ganaban bien los maestros peruanos), al resultarle por demás agotadora la chamba de producir chancaca los sábados y domingos, para ir el lunes a primera hora de la mañana —bañado, oliendo a limpio, fresco y bien peinado raya al costado— a trabajar en la escuela de Moyobamba; pero, sobre todo, no sabiendo ya qué hacer con tanta caña de azúcar que tenía en producción en sus chacras y, de pasadita, con la sana intención de favorecer a su hermana y sus sobrinos para que de una vez por todas, dejen de vivir como gitanos de aquí para allá. Para lograr eso, pensó, que no había otra cosa mejor que venderles el fundo que a él le era difícil seguir conduciendo allí en *La Ochora*.

Sin embargo, no calculó jamás que su cuñado iba a resultarle con la tonada de que se oponía —radical y frontalmente— a recibir cualquier tipo de ayuda para establecerse en *La Ochora*, de parte de la familia de su mujer. Siempre había dicho y lo había sostenido con sus

actos hasta esa fecha, que era lo suficientemente hombre para arreglárselas él solo para mantener con su trabajo a su mujer y su familia, sin necesidad de convertirse en algo así como un “*braguetero*”, que él sabía con certeza, abundaban en Cajamarca y Celendín. Sin embargo, el profesor Arturo, contando con el asentimiento de su hermana Isolina, a la que no le disgustaba la idea de tener su propio trapiche, la emprendió con argumentos tan sólidos como el siguiente:

— ¡Mira cuñado!, respeto tu decisión de querer abrirte camino por ti mismo. Es más, yo soy tu hinch número uno en eso de no ser “*braguetero*” ni de aprovecharse de la familia de tu mujer, como tú dices. Pero, yo me veo obligado a vender el trapiche, por la sencilla razón de que no puedo ya seguir conduciéndolo y... ¿a quién debo preferir venderle, con las facilidades que pienso hacerlo, sino es a mi propia familia? Además, y disculpa que en eso sea muy sincero, desde mi particular punto de vista, el negocio ese de sentarse detrás de un mostrador en una bodega y pesetear, es de haraganes. Mil veces más rentable, es producir chancaca. Mira qué bien está mi hermano Pancho allá en Yuracyaquillo con este mismo negocio. Ahora, con esto que ahora yo te lo estoy ofreciendo con facilidades de pago, cuñadito, vas a salir de pobre.

Luego de una breve pausa, continuó:

— Además, en este negocio que te estoy ofreciendo, yo no veo por qué lo tienes que pensar ni mucho menos

oponerte. Fíjate que te lo estoy poniendo en bandeja de plata, porque te lo pienso dejar en concesión hasta que me lo termines de pagar con la misma chancaca que produzcas. ¿Qué más ya pues, vas a querer... cuñadito? Por otro lado, el fundo está a orillas del río Indoche, y no hay mejores terrenos que aquellos por estos lugares. De yapa, el trapiche está acondicionado para que puedas producir hasta aguardiente de caña, si tú quieres, ya que ahí están esperándote dos toneles y el alambique, que quedan a tu entera disposición...

— Ahí está el detalle, pues cuñado. Piensa que estás queriendo poner al gato de despensero. O sea, quieres que yo, que sabes que me gusta el traguito, me ponga a fabricarlo, precisamente...

— Eso es cuestión de voluntad, Demetrio. Se toma si es que se quiere tomar. Nadie nos obliga a hacer lo que no queremos. Y por encima de eso, tú eres muy inteligente, eso lo reconocemos todos tus cuñados, sabrás qué hacer para no tomar lo que tú mismo tengas que fabricar. Finalmente, mira hermano, a mí me parece que, en tu caso, va a ocurrir como en las cocineras, que a sus mejores potajes ni siquiera ya los prueban. Se atosigan no más con el olorcito...

— Bueno, pues, mi querido Arturo que sea lo que Dios quiera y lo que Dios lo permita —contestó Demetrio González, dando por terminada la conversación, para pasar de allí a formalizar cómo tenía que hacer los pagos del trapiche y del terreno—.

Ante el Juez de Paz de *La Ochora* don Facundo Sandoval Rodríguez, cerraron el trato. Como ya estaba ofrecido, el trapiche, el tambo grande donde estaba ubicado el trapiche, los toneles de fermentar el “*ventisho*”, el alambique, los tachos de hervir el guarapo, las pailas y los moldes para la chancaca y no menos de cincuenta hectáreas de terreno, fueron transferidos por la modalidad de alquiler venta, de don Arturo Escalante a su cuñado Demetrio González, para que éste le pague en armadas mensuales de cien soles, hasta completar un total de dos mil quinientos pactado por la compra venta. El negocio quedó cerrado con un documento simple que el mismo Demetrio González elaboró de puño y letra, sin la participación en el mismo de las esposas de ambos: Josefa Tejada e Isolina Escalante, respectivamente.

Propietario de un trapiche y de cincuenta hectáreas de terrenos a orillas del río Inchoche, Demetrio González se olvidó por completo de la tienda con la que, hasta esa fecha, se había instalado él en cada pueblo que llegaron, para completar los ingresos que su Isolina se “*recurseaba*” con mucho esfuerzo en la pensión.

Con el trabajo que tuvo que hacer de allí en adelante para producir chancaca y destilar aguardiente, fue más que suficiente para ocupar sus días de sol a sol y de turbio en turbio, como lo había leído hacía mucho tiempo en una de las páginas de “*El Quijote*” de don Miguel de Cervantes y Saavedra. Y les fue bien, porque ganaba lo suficiente para pagar los cien solazos mensuales de su deuda y encima

quedarse con lo suficiente para solventar sus gastos personales y los gastos domésticos.

Al término de veinticinco meses, la deuda quedó en cero y para celebrarlo hicieron una fiesta en el trapiche, a la cual asistió como invitado especial su cuñado Arturo Escalante con todos sus hijos, su esposa Chepita Tejada y doña Lola Ruiz, su suegra. Para la fiesta mataron un chanco y, para no perder la costumbre, como había ocho tercios de caña de azúcar apilada al costado del trapiche, uncieron los bueyes y comenzaron a molerla en el trapiche, en una faena que duró apenas dos horas. Luego, con leña y bagazo, comenzaron a hervir el mosto de la caña hasta producir la chancaca, con la que pensaba obsequiar a su cuñado que había venido desde Moyobamba y al que, con toda seguridad, este obsequio le iba a agradar de modo muy especial, no sólo por lo que costaba un atado de chancaca allá en Moyobamba, sino por haberlo elaborado él mismo en lo que fuera su propio trapiche.

No habría ocurrido nada especial ni nada de carácter particular en la reunión, si no se le ocurre a Noemí, la tercera de los cinco hijos de don Arturo Escalante y de doña Josefa Tejada, antojarse de “*angoñucño*” que, a todo el mundo le pareció una excelente idea por ser muy agradable.

El “*angoñucño*” es una especie de melcocha que se prepara vertiendo en un depósito de agua fría, una buena porción de la amelcochada y espesa miel, antes de que se encuentre a punto de chancaca, es decir cuando está a punto de

alfeñique y borboteando dentro de la paila como una mermelada espesa. No se hace “*angoñucño*”, por ejemplo, cuando la paila se baja y se comienza a verter su contenido en los moldes de la chancaca, porque en esas condiciones se azucara y jamás se estira, a diferencia de cuando está a punto de alfeñique.

Con toda la mejor intención de satisfacer el antojo de la niña Mimi, el pailero contratado para la ocasión sacó del hirviente perol de cobre con un cucharón largo de “*pate de huingo*” (tutumo) con mango de palo que había para ese fin, una buena cantidad de lo que parecía ya una mermelada y luego de vaciarlo en una olla de aluminio se lo dio a ésta para que vaya a enfriarlo con agua en la quebrada de Meto, que quedaba a pocos metros del trapiche y que proveía de agua fría para los alambiques.

Tan alegre iba Mimi a realizar esta tarea, que no miró por donde caminaba y se resbaló en una caca fresca de uno de los bueyes, cayéndose de espaldas, con todo el depósito hirviente de la melcocha sobre su pelvis. Es de imaginar cómo sufriría con la quemadura la pobre criatura, porque su ropa interior se desprendió de su cuerpecito con pellejo y todo, dejando esa parte de su cuerpo en carne viva.

Hasta ese momento, Demetrio González e Isolina Escalante ya tenían seis hijos: Reynerio, Luis Estauromiro, María Ida, Elías, Yolanda y Betty Oderay. Ésta última en pañales todavía. En cambio, su cuñado Arturo tenía cinco: Arturo “*Chico*” o “*Arturillo*”, Wálter, Noemí, Edwin y Gilberto

Antonio, de los cuales, cuatro por ser varones, no reunían las condiciones requeridas de igualdad de género para refrescarle las partes íntimas prácticamente desolladas de la pobre Mimi, echándole aire con el “*venteador*” de la cocina o soplando directamente con la boca, así que la única indicada para esa tarea fue su prima María Ida, un par de años mayor que ella.

María Ida cumplió lo más diligentemente que pudo con la tarea, dándose tiempo incluso para “*espantar con un palo*” a todos sus hermanos y sus primos varones que querían ver donde se había quemado la pobre Noemí. Pero, cómo todo eso no fue suficiente para calmar el dolor y aliviar el sufrimiento de su pobre prima, tal y como había escuchado alguna vez en Parcoy, y sin avisar a nadie de lo que pensaba hacer, porque ya de antemano sabía que se iban a oponer al pensar que el ají empeoraría el dolor de la quemadura, se consiguió varias vainas de ají y las molió diligentemente en el batán y se lo puso como emplasto a su prima hermana, cubriendo toda la parte quemada, incluyendo a la “*desbigotada*” palomita de su prima Mimi. Santo remedio. El emplasto de ají le calmó el ardor y le produjo un bienestar jamás imaginado, tan calmada se sintió la pobre Mimi que hasta comió una buena ración de “*angoñucño*” que el mismo pailero se encargó, esta vez, de prepararle ex profeso, después de ocurrido el accidente.

En medio de esa tranquila prosperidad, fue pasando el tiempo. Como al cabo de dos años y un mes exactamente,

Demetrio e Isolina terminaron de pagar la cuenta pendiente de cien soles, con lo que mensualmente amortizaron la cuenta que le tenían a Arturo. El librarse de ella les concedió cierta comodidad y holgura en sus gastos domésticos. Sin embargo, lo más extraordinario de esa época en la vida de “*los González-Escalante*” fue el hecho extraordinario de llegar a tener un hijo varón más, al que pusieron por nombre Demetrio Toparpa. Después, de nuevo a dos años más, tuvieron el que fuera el último de sus hijos, es decir el “*shulca*” en el modo de Huacapampa o el “*huinsho*” como acostumbraban decir en *La Ochora*. A este niño le pusieron por nombre Caleb Cahuide, completando ocho hijos en total, que creyeron que ya eran por demás suficientes.

En ese tiempo, no había métodos científicos conocidos para evitar la fecundación ni el embarazo subsiguiente, y el ritmo de doña Isolina era el de concebir y alumbrar a sus hijos exactamente cada dos años, como si estuviera siguiendo un estricto programa científico de planificación familiar que, en aquel tiempo, se desconocía por completo. Todos los hijos que trajeron a este mundo fueron porque Dios así les quiso bendecir y... ¡no había más!

No es que las parejas quisieran voluntariamente “*llenarse de hijos*” como pensaríamos ahora que en aquel tiempo ocurría. El hecho era que, simplemente, los métodos de control de la fecundidad y todas las cosas referidas al sexo eran un tabú para la mayoría de la gente, aun cuando, para

no tener tantos hijos se practicaran, a escondidas y sin la más mínima seguridad de obtener los resultados esperados, algunos “*métodos*” poco científicos que la gente decía que servían. Lo cierto es que a nadie le hacía ninguna gracia, por ejemplo, practicar ese mal nacido método del “*coitus interruptus*” y preferían tener un hijito más, ya que, a fin de cuentas, Diosito lo enviaría con su pan bajo el sobaco.

Ellos habrían preferido plantarse en seis hijos, pero en los dos últimos que les llegaron: Demetrio Toparpa y Caleb Cahuide, a doña Isolina no le dieron resultado ni los lavados con limón, ni el de dar saltitos en un pie alrededor de la cama, para que caiga al suelo el menjunje embarazador, ni mucho menos cualquier otra técnica parecida. De tal suerte que con ocho hijos la cosa se les estaba complicando más de lo que hubieran deseado. Sin embargo, allí no más, invitaron al esposo de doña Isolina para que vaya a trabajar como empleado de la Caja de Depósitos y Consignaciones de Moyobamba, en mérito a su bien ganada fama de hombre inteligente y hábil con los números, con lo que la manutención de los ocho hijos se les alivió por completo. Del trapiche se ocupó casi íntegramente doña Isolina ayudado por su hijo Luis.

CAPÍTULO VII

Un viaje sin retorno, a Moyobamba

Como de costumbre, ese sábado y desde que comenzó a trabajar como empleado en la Caja de Depósitos y Consignaciones de Moyobamba —que por esa época era el equivalente al Banco de la Nación de la actualidad—, Demetrio González Díaz llegó a *La Ochora* un poco más de las tres de la tarde. Los días sábados en esa institución privada, concesionaria del Estado Peruano para la recaudación de impuestos y la prestación de otros servicios a consignación, como realizar los pagos a los empleados públicos, vender sal refinada, fósforos, cigarros, estampillas y otros de similar naturaleza controlados por el gobierno, y al igual que en todas las demás instituciones que había en ese tiempo en la capital del departamento de San Martín, los empleados trabajaban sólo hasta las doce

del día sábado, podían, por lo tanto, disponer de ese medio día, más el domingo, como libres para lo que quisieran, lo cual don Demetrio aprovechaba para ir a estar con su familia en *La Ochora*, después de hacer una caminata de tres horas a pie, que podía ser un poco menos, si el caminante hacía el recorrido a buen paso.

Como de costumbre, también, su Isolina le esperaba en *La Ochora* con el “segundo” de su almuerzo en un plato de fierro recubierto de una capa de feldespatos —para darle una apariencia de porcelana— que, para mantener la comida caliente, colocaba sobre una olla con agua hervida al borde del fogón de leña de la cocina. Además, como siempre llegaba sediento por la caminata de tres horas al medio día, le esperaba también con una gran jarra de jugo de naranjas exprimidas con las manos. Pero... ese día no almorzó nada, sólo se acabó la jarra de naranjada en una sola sentada.

— No entiendo por qué, *Ishuquita*, el cuerpo se me ha descompuesto... ¿no te imaginas cuánto! Desde que salí de Moyobamba hoy a las doce del día, he venido con una sed terrible, como esas que me daban antes cuando tenía lo que ustedes han dado en llamar la “perseguidora”.

— ¿Y no será so *gallazo* que el viernes ya te has echado unas cuantas copas al *gorgüero*? —le replicó su mujer que siempre vivía con el temor de que a su marido se le diera otra vez por tomar—.

— Te juro por lo más sagrado *Ishuquita* que... desde que te lo prometí aquella vez que salimos de viaje de Tayabamba, no he vuelto a probar un solo trago —le contestó con convicción a su mujer y, esta vez, le creyó ella sin chistar—.

Y le creyó porque simplemente era verdad. Desde que no encontrara con qué apagar su sed al cruzar las *jalquerías* formadas por la cordillera oriental de los Andes, en su viaje de Tayabamba a Saposoa, Demetrio González Díaz no volvió a probar un trago más en su vida. Ni siquiera lo hizo cuando tuvo que destilar aguardiente en la finca de Meto, y eso que el “*cogollito*” era a veces muy tentador, cuando recién comenzaba a gotear, humeando todavía, por la boca de la cañería del alambique. Tampoco lo había hecho en Saposoa, y eso que allí no le faltaron oportunidades, casi toda la gente era muy amistosa con él. En *La Ochora* y *Moyobamba* no tuvo que hacer muchos esfuerzos, porque hasta allí había llegado ya con una aureola de abstemio, oleada y sacramentada, y los que realmente sentían aprecio por él, evitaron siempre invitarle algún trago.

El resto del sábado se la pasó tomando más jarras de naranjada. Su Isolina, la última vez, tuvo que ir a la huerta a coger un costalillo de ellas, porque eso de coger naranjas de cinco o seis en la canasta, cada vez, no le resultó muy práctico. Sin embargo, cerca ya del anochecer, comenzó a escarapelársele la piel con cualquier airecillo majadero y a sentir unos “*sacudetes*” terribles, precedidos de fiebre

altísima. Creyendo que lo que tenía era terciana, su mujer le consiguió en la tienda de doña Valdramina Torres, unas cuantas pastillas amarillas de quinina que comenzó a tomarlas con agua tibia, una cada doce horas, según su propia experiencia, porque la terciana le atacó la vez que estuvieron viviendo en Saposoa.

Las pastillas amarillas de quinina para la malaria, al parecer, “*no eran su derecho de la enfermedad*”, —como acostumbraba decir doña Isolina cuando algún remedio no era lo eficaz que se esperaba que sea— porque no le produjeron ninguna mejoría. Toda la noche se la pasó con escalofríos, “*sacudetes*”, fiebre muy alta y sudoraciones descomunales, a tal punto que hasta en tres oportunidades tuvieron que ayudarle a cambiarse de ropa de dormir porque, junto con las sábanas, las tenía tan empapadas, que parecía que se hubiera mojado en esos aguaceros propios de la selva. A eso de las dos de la madrugada le sobrevino una tos rebelde y, en el pecho, comenzó a sentir esa opresión que se produce en uno cuando se presiente que algo terrible va a ocurrir en la familia.

— Ishuquita, creo que ya me llegó la hora —le dijo entre resignado y melancólico a su mujer, a eso de las tres de la mañana—.

— ¡Cállate mejor Demetrio! No invites así de ese modo a esa desgraciada de la parca. Más bien, tienes que salirle al frente, como el hombre fuerte y valiente que conozco que eres y que yo he admirado siempre, para que

se largue de una vez al lugar de donde ha venido y nos deje tranquilos —le contestó ella, armándose de un valor que estaba lejos de sentir, porque jamás había visto a su esposo con tales síntomas—.

— Nunca me he sentido tan mal, Isolina. Te digo la verdad. Esta enfermedad o lo que fuera, no la he tenido jamás en mi vida —volvió a reiterarle éste a su mujer, que le escuchó cada vez más preocupada, en la tenue claridad que el mechero alimentado con aceite de higuierilla producía en la habitación—.

— Ay Demetrio, mejor no pienses en esas cosas. De peores situaciones hemos salido. Fíjate que tenemos ocho hijos que criar todavía. Que nuestro Caleb está todavía bebito y que, comenzando por Lucho que ya tiene diecisiete años, todos necesitan aún a su padre. Como ya sabes, nuestro hijo Reynerio no es cuenta, él hasta ahora es un niño... —le respondió su mujer para hacerle recordar que su primer hijo varón padecía de un leve retardo mental desde su nacimiento y que, si bien había crecido y se había convertido en un apuesto joven, tenía todavía el desarrollo mental de un niño de diez años de edad, a lo mucho—.

— Si dependiera de mí, qué no sería capaz de hacer, Ishuquita. Tú sabes cómo quiero a nuestros hijos y... a los míos... —eso de “*los míos*”, era una confesión de última hora a su mujer, que se sorprendió tanto con esta información que no atinó a responderle nada en ese momento. Ya tendría oportunidad de aclarar aquello, se

dijo ella para sí, cuando fue interrumpida de nuevo por su marido para pedirle en tono de súplica—: Isolina, otra vez tengo sed y me gustaría que me hicieras una limonada caliente.

Para hacer la limonada había que bajar al primer piso desde el terrado de la casa de teja, por las escaleras de madera, ir hasta la cocina, descubrir los carbones del rescoldo que estuvieran prendidos, por hallarse protegidos debajo de la ceniza del fogón y comenzar a soplar hasta encenderlos. Luego había que poner a hervir el agua en una olla y mientras hierve, ir a buscar los limones en la huerta. Solo que... en ese momento, eran ya un poco más de las tres de la madrugada y el mechero con el que bajaría alumbrándose no daría suficiente luz como para meterse a la huerta y andar por allí sin tropezarse con algo. Pero... ni modo —se dijo para sí— cogió por el asa el mechero de greda quemada que funcionaba con aceite de higuierilla y alumbrándose con él, bajó al primer piso dejando al enfermo en el terrado en una oscuridad completa.

Al cabo casi de una hora, doña Isolina regresó al terrado con la luz, una tetera todavía humeando y una taza de fierro enlozado para servirle a su marido la limonada caliente que tanto deseaba. Buscó en un baúl de madera forrado en cuero, en donde ella acostumbraba guardar cosas como pastillas para la fiebre y después de rebuscar por todos sus lados halló una de “*Mejoral*”, que le dio a tomar junto con la bebida caliente. Esta vez sí, la limonada caliente y la

pastilla de “*Mejoral*” pareció que fueron su derecho de la enfermedad. La opresión del pecho se le quitó a su esposo como por encanto, la fiebre y los escalofríos desaparecieron como quitados con la mano y al sentir este bienestar general tan de repente, se quedó dormido plácidamente hasta las diez de la mañana.

El sol, a esa hora, reverberaba como de costumbre en *La Ochora* en la época de ausencia de lluvias o de estiaje y, su luz, entraba a raudales por cada uno de los intersticios de las tejas del techo del terrado y de su cubierta de *cañabravas*, en el enorme aposento que servía de dormitorio a toda la familia en la que él estuvo durmiendo. Ante tanto despliegue de iluminación y de la presencia de esos ruidos y sonidos propios del día: los “*pichihuichis*” cantaban sobre la cumbrera del techo, los “*shicullos*” en algún árbol de naranjas de la huerta y los “*suysuyes*” en el árbol de guabas o de algún caimito; pero, sobre todo, al no sentir malestar alguno, el enfermo se levantó de la cama y con una toalla al hombro bajó al patio que había frente a la cocina y premunido de una bandeja con agua, se puso a lavarse la cara y a afeitarse con su acostumbrada navaja alemana “*Solingen*”.

Cualquiera que lo hubiera visto en esas fachas y andadas, no habría sido capaz de imaginar que la noche anterior estuvo delirando con la fiebre y sudando a chorros. Por eso, su Isolina cuando lo vio de ese modo al llegar del mercado, que en el pueblo funcionaba sólo los domingos desde las

seis de la mañana hasta las ocho, no pudo menos que escandalizarse frente a tan gran desarreglo de su marido:

— Pero... Demetrio, ¿qué pues no tienes juicio? Anoche has estado hirviendo y tiritando con la fiebre y ahorita... fíjate... si hasta te estás mojando y a medio vestir de la cintura para arriba. ¿Acaso no tienes miedo que te dé una neumonía? —la frase le salió de la boca en forma por demás inocente en ese momento, como se acostumbra decir las cosas que se dicen sin pensarlas, pero le parecería después del día siguiente, nada más ni nada menos que una maldita premonición, ¿en qué maldita hora y para qué la diría? —.

— Ya estoy bien Ishuquita —le contestó su marido muy suelto de huesos y demasiado sereno para la ocasión— tenía que afeitarme y lavarme. Estoy que huelo a sudor. Parece que anoche sudé más que un caballo; pero, con suerte creo que fue un resfrío y nada más. Además, después de almorzar debo regresar a Moyobamba. Ya tú sabes, el lunes tengo que ir a trabajar.

— Estás loco o trastornado si piensas ir a trabajar el día de mañana que es lunes. Primero te sanas bien de ese resfrío, si eso es lo que tuvieras, aunque a mí no me parece. Anoche, con los síntomas que tuviste, hasta llegué a pensar que te ibas a morir... con neumonía o con cualquier otra enfermedad incurable—para qué lo diría otra vez, ¡Dios mío! ¿No sería que ella, su esposa de toda la vida, lo estaba tapiando? —.

— Eso fue anoche. Ahora me siento bien. Además, ya sabes que, hierba mala no muere ¿no es cierto, mujer? —le contestó su marido más orondo que nadie que ella conociera—. Parece que he tenido un fuerte resfrío no más y ya se me pasó. Más bien apúrate a terminar de hacer el almuerzo y... si quieres, me acompañas a Moyobamba. Mañana lunes regresas tan pronto amanezca.

— Bueno... bueno... que sea como tú dices...

Y se fue a su cocina a hacer el almuerzo, con la ilusión de que todo no fuera más que un resfrío, y que las cosas ocurrieran tal como se lo estaba diciendo su marido en ese momento. Sin embargo, muy dentro de su alma, tenía un presentimiento desconocido que le oprimía el pecho, y que le hacía saber que, todo aquello no iba a quedar allí no más porque algo terrible estaba a punto de suceder. Por eso, para armarse de valor, sacó con su cucharón de palo un poco de “*cachiyacu*” de la olla de barro donde disolvía la sal de cerro o “*chacha*” y la echó al fogón diciendo con una fe inusitada:

— ¡Padre Eterno de Sorochuco, líbranos de cualquier mal! —no supo de dónde se le salió eso de invocar al patrón del pueblo celendino de Sorochuco, pero lo hizo de modo natural. Luego recordó que su madre doña Asunción Rojas Sánchez acostumbraba decir aquello frente a cualquier adversidad—. En el distrito de Sorochuco de la provincia de Celendín, acostumbran rendir pleitesía a Dios Padre todos los años con una fiesta, cada año, más memorable.

Pero... lamentablemente no resultó así. Camino a Moyobamba, a eso de las cuatro de la tarde después de una hora de caminata, Demetrio González volvió a sentir aquella sed terrible que le aquejara el sábado, al medio día, en el viaje de venida a *La Ochora*. Por eso, tan pronto como pasaron el almendral de la Pampa del Morro y llegaron a la quebrada de “*Mishquiyacu*”, sudando a chorros, se quitó el sombrero y, después de enjuagarlo en las cristalinas aguas del manantial, sin que su Ishuca ni nadie pudiera impedirlo, comenzó a tomar el agua fría y de sabor agradable de ese maravilloso manantial, a grandes sorbos, para luego exclamar lleno de una felicidad inaudita:

— ¡Ahora si ya no me importará morir!, Ishuquita. Acabo de matar a la que me estaba matando: la sed. Mi garganta parecía que hubiera estado hecha de atadizo seco desde que comenzamos la bajadita de *Pucacuro* y se volvió francamente inaguantable por la Pampa del Morro —según a él le pareció, con lo cual quiso hacer un poco de burla para referirse a la sed terrible que le comenzó a aquejar tan pronto salieron de *La Ochora* a Moyobamba—.

— ¡Ay Demetrio!, tu sí que eres el hombre más desarreglado de la tierra. A mí no me parece bien que te zampes esa agua fría del “*Mishquiyaco*”, que está helada porque baja del Morro por entre los almendrales. En fin, ya lo hiciste, ¡qué se le va a hacer!... ¡Pero, ahora estoy rogando a Dios para que no te haga el daño que sospecho que te va a comenzar a hacer! Y le pido a Dios me perdone.

— Nada me va a pasar, mujer. Estoy acostumbrado a tomar agua fría. Acuérdate que en Tayabamba, tomaba agua helada a la media noche, para quitarme los calderos...

— Pero ahí estabas más joven. Era diferente. Además, ahí tenías sed por las borracheras que te aventabas y no por la fiebre, como ahora...

— Ya, ya... no la hagas larga. ¡Ya no tengo sed...! Vamos siguiendo mejor el viaje. Fíjate que, de aquí a Moyobamba, hay por lo menos dos horas de camino bien andados... todavía.

Y reanudaron de nuevo la caminata. Sin embargo, al pasar el Inchoche, Demetrio González comenzó a sentir unas terribles punzadas atravesándole del pecho a la espalda, que calló para no alarmar más a su mujer. Cerca de la rumorosa quebrada de Azungui, presumiblemente a un kilómetro de Moyobamba, ya no pudo más. Se sentó a un lado del camino y comenzó a jadear. Sudaba frío y su semblante pálido adquirió el rictus mortal que le acompañó hasta el día siguiente en que falleció. Doña Isolina, tan pronto lo vio en esas condiciones, comprendió que algo muy malo había comenzado a ocurrirles.

Para su suerte, en ese momento apareció al trote por el camino de venida de *La Ochora* a Moyobamba, don Remigio Sandoval —un *ochorino* amigo de ellos—, montado en su mula de la cual se bajó de inmediato para preguntarles qué es lo que les estaba pasando. Al ver el

semblante de su amigo y la cara de preocupación de su esposa, fue un indicio más que suficiente de la gravedad de la situación.

Pero, al comprobar que, cada vez que su amigo Demetrio tosía y escupía, lo hacía con rasgos de sangre en la saliva, comprendió que había que ayudarlo de inmediato. Subió a su mula al enfermo y no paró hasta que lo dejó en el Hospital Evangélico de Moyobamba, donde tenía la certeza que el médico inglés al que por allí conocían sólo como “*doctor Lince*” —su nombre era Arthur y su apellido era Lindsay—, tendría la solución al problema sin duda alguna.

En aquel tiempo, la neumonía era mortal. No había todavía antibióticos para combatirla y, el doctor Arthur Lindsay que no era inglés sino escocés, según él mismo se daba el trabajo de aclarar cada vez que podía, a lo único que pudo contribuir fue a bajarle la fiebre con antipiréticos y hasta con baños de alcohol durante toda su agonía, pero nada más... a eso de las siete de la mañana del día siguiente falleció, irremediabilmente, sin que nada se pudiera hacer. La enfermedad que lo arrancó de este mundo fue: neumonía fulminante.

CAPITULO VIII

Viuda a los 39 años y con ocho hijos que criar

El doctor Arthur Lindsay, con todos los conocimientos médicos adquiridos en la Universidad de Edimburgo, allá en su lejana Escocia de donde era oriundo y, con todo ese caudal de experiencia labrada día a día en más de 30 años de ejercer la medicina en el Hospital Evangélico de Moyobamba, no pudo contra la neumonía fulminante de Demetrio González Díaz. Pero, su caridad y don de gentes, sí hizo posible que doña Isolina Escalante Rojas, no sólo pudiera mitigar el dolor ocasionado por la pérdida de su esposo a tan temprana edad, sino también poder afrontar con resignada firmeza, la dura realidad de criar de allí en adelante sola y sin un trabajo estable ni mucho menos un oficio o profesión, a sus ocho hijos y a uno más de yapa, que su marido hacía ya cerca de seis meses, trajo una noche

a casa, al enterarse que su padre y su madre murieron al naufragar con canoa y todo, cuando bajaban sus víveres desde “*Cunchi Wasi*”, a través de un río Indoche inusualmente crecido.

Demetrio González Díaz e Isolina Escalante Rojas, contrajeron matrimonio civil en la Municipalidad Distrital de su pueblo natal de Huacapampa y el matrimonio religioso en la iglesia del Huauco donde había párroco, cuando él tenía veinticuatro años de edad y ella diecinueve. Demetrio e Isolina nacieron allí mismo, él en el año de mil ochocientos noventa y cinco, y ella en el año de mil novecientos. A sus primeros tres hijos: Reynerio, Luís Estauromiro y María Ida, los tuvieron también en ese pueblo a un intervalo de dos años entre uno y el otro, sin utilizar método ni medicamento alguno de naturaleza contraceptiva porque, en ese tiempo, era natural que así ocurran los nacimientos de los hijos.

Eso sí, después de cada parto, la madre tenía que guardar cama por el mínimo de un mes o de cuarenta días cómo era la costumbre, alimentándose bien a base da caldo de gallina, para garantizar que no se presenten contratiempos de sobreparto de ninguna naturaleza y el abastecimiento al recién nacido del mejor calostro primero y de buena leche después, mientras el marido debía quedar en cuarentena sin acercarse a la parturienta, para “dizqué” no parecerse a los cuyes ni mucho menos a los conejos. Esa era la costumbre y, todos, sin excepción, estaban obligados a cumplirla.

Ya siendo tres los integrantes de la familia, iniciaron su primer éxodo hacia la provincia de Pataz donde, según decían, las pepitas de oro del tamaño de un grano de choclo se hallaban por “*empuzadas*” (en puñados) en cualquier playa de río o quebrada que por allí discurriera sus torrentosas aguas camino hacia el río Marañón y, claro, que sólo era cuestión de ir a buscarlas allí en el lecho o la playa de esos ríos, ayudándose tan sólo de una simple charola de metal, cuyo costo cualquiera podía pagar, para hacerse ricos de la noche a la mañana.

Lamentablemente a la hora de la verdad, sencillamente nada ocurrió de ese simplista modo imaginado y hasta idealizado, a lo que se dio en llamar “*la fiebre del oro de Parcoy*”. La realidad fue total y brutalmente diferente y contrapuesta. Había que internarse sabe Dios hasta dónde, en los terrenos baldíos y sin dueño que no estuvieran denunciados por alguien para explotación minera, que pudieran existir todavía por las inmediaciones de Parcoy, en la provincia de Pataz del departamento de La Libertad, que es a donde ellos llegaron primero, para de allí comenzar a buscar un lugar en el cual se pudiera lavar las arenas de algún río o quebrada sin que nadie lo reclamara como suyo.

Además, encontrar mediante ese duro trabajo tan sólo una pepita de oro del tamaño de un grano de arroz o de una semilla de linaza; que, por decir lo menos, se consideraba razonable y se esperaba que sea algo frecuente —aunque jamás del tamaño de un grano de maíz que resultaba

imposible—, lograrlo era cuestión de mucha paciencia, buena vista y otro tanto de suerte. Sin embargo, lo más triste de todo eso era que, una vez alcanzado este propósito con mucho sacrificio y reunidas las pepitas en unas bolsitas de tocuyo que, para ese fin, las vendía un judío que en Tayabamba monopolizaba la compra del oro... había que rematarlas también a esa misma persona, para poder seguir comprando los víveres que se necesitaban para continuar haciéndola de gambusinos.

Qué lejanos le parecieron a doña Isolina aquellos tiempos. Pero, ponerse a pensar en ellos fue como una iluminación para ella. Fue allí, justamente en Tayabamba que, se le ocurrió establecer el pequeño negocio de vender comida, para seguir sobreviviendo junto con sus tres hijos. Fue allí que, verificó por sí misma que el pobre y hambriento “*minero*” era un ser explotado en grado sumo, ya que, después de incontables faenas de lavar arena para hallar pepitas de oro, al volver a su casa se veía obligado a rematar el producto casi por nada. De no hacerlo, nunca más hubiera podido comprar los víveres indispensables para continuar en esa incomprensible brega de ataduras inverosímiles.

Viendo deambular por las calles de Tayabamba a esos mineros fue que, a ella, se le vino la idea de preparar lo que en la actualidad se llamarían “*menús*” en el Perú, para ofrecérselos a toda esa gente hambrienta que andaba por allí preguntando “*donde hay una pensión*” o “*quien vendía*

comida por allí". De allí a establecer un pequeño negocio de venta de raciones en el desayuno, el almuerzo o la cena, cobradero al comensal una vez consumida la comida, o de brindarles ese mismo servicio pagadero al fin de cada mes, y que por ese detalle tomaba el nombre de pensión, sólo hubo un paso.

Grande fue la sorpresa de su esposo Demetrio al regresar un fin de semana de lavar oro, cuando encontró en su casa a un montón de gente sirviéndose la deliciosa comida que su diligente esposa había preparado desde la madrugada. Sin embargo, igualmente grande fue su consuelo y mayor todavía su alegría, al enterarse que no tendría que preocuparse de asumir los gastos de su familia en esa semana, ni pensar tampoco en tener que ir a rematar el puñadito de oro que logró juntar al término de esa faena, allí en el judío Eleazar que compraba todo el oro; por la sencilla razón de que la pensión de doña Ishuca había provisto los fondos necesarios para vivir.

— Bueno pues, si así pude salir de la miseria aquella vez en Tayabamba, así lo tendré que hacer de nuevo aquí. Mientras Dios exista, nadie se muere de hambre, y menos en esta tierra tan pródiga de La Ochora, que es donde ahora viviré junto con mis ocho hijos y el chiquitín de Calixto, que aunque no es hijo de mi marido, lo tendré que ver como tal de aquí para adelante —se dijo doña Isolina para sí, secos ya sus ojos de tanto llorar frente al ataúd de su esposo Demetrio, con el corazón todavía adolorido y hecho

pedazos por la irreparable pérdida; pero, ya comenzando a llenarse de esa resignación y firmeza que le ayudó a afrontar su destino hasta el fin de sus días, con aquella grandeza de ánimo que de allí en adelante fue una característica muy particular de su persona—.

Para su suerte, en el aciago momento del fallecimiento de su marido, para los gastos del velorio y del entierro de éste, recibió ayuda —ella jamás llegó a saber qué tanto— de la Misión Evangélica de Moyobamba. El doctor Arthur Lindsay se encargó, personalmente, de ir pagándolos tan pronto se iban produciendo los gastos. Además, el mismo buen doctor, dispuso que *“el hermano Demetrio sea enterrado en el cementerio evangélico de Moyobamba, como él hubiera querido y, sobre todo, como Dios lo manda”*.

Así se hizo. Pero después de pasado el entierro, el retorno a *La Ochora* fue un largo peregrinar de tres horas a pie, que hizo la viuda junto con sus hijos y algunos de sus parientes, que le ayudaron a cargar a la espalda a los hijos más pequeñines, que no podían entender bien de qué se trataba todo este bendito alboroto.

La comitiva de dolientes llegó a *La Ochora* cuando los *“ninacuros”* (luciérnagas) comenzaron ya a encender sus parpadeantes farolas incandescentes, es decir, cuando la noche hubo iniciado su tarea cotidiana de cubrir de tinieblas al pueblo. Nada más triste para doña Isolina, llegar hasta su casa en el pueblo, sabiendo que nunca más iba a volver a

ver a su tan diligente esposo Demetrio y, encima, encontrar allí el fogón frío y apagado, toda la casa hecha un desorden, y encima nueve muchachos que, urgidos por el hambre, comenzaron a reclamarle qué cosa les diera de comer ella en ese rato por demás aciago.

Sin embargo, desde ese mismo momento en que aquella desgracia empezó a hacerle doler el estómago de hambre, también a ella, sintió muy dentro de sí una fortaleza y una entereza de ánimo que jamás creyó que poseía. Con decisión y sabiendo ya lo que tenía que hacer, se fue a acomodar todos los bártulos que trajo consigo desde Moyobamba en la sala de la casa, y enrumbó sus pasos otra vez a la cocina para prender la candela.

Sus hijos en lugar de esperarle en un sitio, la siguieron de aquí para allá, ni más ni menos como los pollitos siguen a la mamá gallina. En esa casa hasta ese momento, nunca se apagó el fogón, pero esta vez sólo halló allí ceniza fría, como la muerte que acababa de golpearla tan duramente. Con suerte, en la barbacoa donde se guardaban los plátanos, encontró en medio de una nube de mosquitos lamedores de la miel que chorrea de éstos cuando están muy maduros, una caja de fósforos marca “Llama” y casi dos racimos de plátanos maduros de cáscara negra, que una vez que hizo fuego, comenzó a cocinarlos en una olla.

— ¿Ahora vamos a merendar solo plátanos maduros “muro muro” sancochados mamita Isolina? —Le preguntó ingenuamente su tercera hija María Ida, mientras los demás

que eran ocho en total, sólo atinaban a observar lo que hacía su madre—.

— Si hijita. Eso es lo único que tenemos para comer ahora. Mañana será otro día. Si no se han escapado las gallinas de la huerta, mañana bien tempranito, mataré una gallina bien grande, bajaremos del terrado un poco de maíz y maní, y le pediré a doña María Valles, nuestra vecina de al lado, un poco de yuca para hacer con todo eso una sabrosa sopa de *“inchicapi”* y comer hasta hartarnos. Tú recogerás de la huerta los *“siuca culantros”* para darle ese sabor tan especial que tiene el *“rahuado”*— le contestó doña Isolina a su hija, mordiéndose los labios para no llorar (doña Isolina llamaba *“rahuado”* al *“inchicapia”* sin saberse por qué hasta la fecha)—.

Y así fue. Al día siguiente doña Isolina se levantó tan pronto los *“shicullos”* o ruseñores comenzaron a entonar sus cantos singulares y únicos por su singularidad, para dar la bienvenida al sol, posados o saltarineando sobre las ramas del enorme tronco de naranja que había en la huerta al frente de la casa de teja; mientras, más al fondo, los *“suysuyes”* y *“paucares”* hacían otro tanto sobre los árboles de guaba y caimito, para comunicarle que la vida continuaba y que había que mirar solo para adelante. Consiguió de sus vecinas: las yucas, los plátanos verdes para asarlos en el fogón para el desayuno y otras cosas más, que todas le obsequiaron compungidas por dentro; sin aceptarle por ningún motivo, el trato que ella les quería

hacer: recibirles todo eso, pero en calidad de prestado nada más. Tan pronto pudiera iría a la chacra a traer sus víveres y devolver lo que le proporcionarán esta vez.

Al estar de nuevo en su casa, doña Ishuca agarró si mayores inconvenientes ni problemas a una “*gallina shapra*” bien gorda que estuvo comenzando a rascar el suelo para buscar lombrices y comerlas —así se habían estado alimentando todos los días que duró el velorio y el entierro de su esposo Demetrio en Moyobamba— le torció inmediatamente el pescuezo para luego cortarlo con un cuchillo a fin de poder desanjarla sobre una “*tishela*” —con la sangrecita de las gallinas que ella beneficiaba más las vísceras del animal, ella sabía preparar un sabroso picante con “*cebolla china, ají mishquiucho*” y “*siuca culantro*”—, hirvió el agua para pelar las plumas y benefició a la gallina como sabía hacerlo siempre: una vez quitado el plumaje, doña Isolina “*bañaba*” con jabón negro a la gallina, luego la abría en dos por la rabadilla dejando intacta la pechuga, le extraía las vísceras y luego de lavarla bien con bastante agua, colgaba al ave de un gancho de fierro que pendía de una de las vigas para esa finalidad, para que la carne se oreo debidamente. Ese era su modo particular de beneficiar una gallina. ¿Y para prepararla?, en eso ella era toda una autoridad: su negocio era vender comida en la pensión que administraba.

Esa mañana, antes de que se despierten sus nueve comensales gratuitos, asó los plátanos en los carbones del

fogón, los raspó con el cuchillo para quitarles la ceniza y las partes carbonizadas, los limpió con un mantel blanco hecho con tela de costalillo, los envolvió y los colocó junto al fogón para que no se enfríen. Luego dispuso en varias “*tishelas*” el picantito de la sangrecita y las vísceras de la gallina, asegurándose previamente de haberle echado bastante “*siuca culantro*” para que aumente y no pique mucho, y llamó a sus hijos para que desayunen.

— Mamá Ishuca... y mi papá Demetrio ya nunca más va a venir a estar con nosotros, ¿no es cierto? —Le preguntó esta vez su hija Yolanda, que era dos años menor que María Ida—.

— No hijita. Él ya no vendrá nunca más a estar con nosotros como acostumbraba hacerlo. Ahora él lo hará de modo diferente porque ahora está a la diestra de Dios Padre, y desde allí nos mirará y cuidará. Yo tengo la esperanza, que lo hará igual o mucho mejor que antes —le contestó a su hija doña Isolina, con una naturalidad que estaba lejos de sentir, para luego agregar con voz de mando que no aceptaba desobediencia alguna—: ahora él quiere que tomen bien su desayuno, ¡en este momento! Así que todos a comer.

Sus hijos: Reynerio, Luís Estaumiro, María Ida, Elías, Yolanda, Betty Oderay, Demetrio Toparpa, Caleb Cahuide, junto con Calixto, el otro hijo que su esposo había traído a la casa, pocos meses antes de morir y después de darle su apellido y todos los derechos que como hijo debía tener,

dieron cuenta muy pronto de su taza de infusión de hierba luisa endulzada con chancaca —eso si tenían en cantidad, porque la producían en su propio trapiche— junto con el picantito de la sangrecita y las tripitas de la gallina y los plátanos asados que, a granel, había puesto ella en la mesa, envueltos todavía en su mantelito blanco de costalillo de harina de trigo.

— ¡No se quiten la comida que, para todos hay! —les gritó doña Isolina al ver que sus hijos se abalanzaban, como cachorritos hambrientos, sobre lo que les puso para comer en la mesa, de hambre contenida, sin duda, para luego agregar con más serenidad—: No hay necesidad de quitarse la comida hijitos, Dios siempre da a manos llenas al que lo necesita y hay que agradecerlo, más bien —y se puso a rezar una oración de agradecimiento a Dios—.

Se imaginó entonces, que así sería su vida de allí en adelante y que ella, Isolina Escalante Rojas, viuda a los 39 años de edad, tendría que ser madre y padre de esos nueve muchachitos que ahora se peleaban por embadurnar, cada quien, a su turno, el pedazo de plátano asado que le tocaba, con en el picantito que estaba al centro de la mesa, servido en varias “*tishelas*” y distribuidas convenientemente en ella para evitar que se quiten la comida.

El segundo de sus hijos: Luís Estauromiro, que ya había concluido la primaria en la escuela de varones del pueblo hacía ya un año, tan pronto tomó su desayuno comenzó por

asumir las tareas del “*hombre de la casa*” con una responsabilidad inimaginable para su edad. Era él que guiaba a su hermano Reynerio para acarrear la leña desde el monte, en la cantidad que se necesitaba para cocinar la comida en el fogón. Era él que, siempre guiando a su hermano Reynerio, se encargaba de acarrear de la chacra los plátanos y las yucas para la semana. Era él que, ayudado de todos sus demás hermanos e incluso de su madre, los domingos desde la madrugada, molía la caña de azúcar en el trapiche para preparar la chancaca. En fin, era pues “*el hombre de la casa*” que “*a carta cabal*” su madre necesitó, ya que ella, atendía a sus pensionistas con la comida de lunes a sábado, por verse obligada a tener que hacer ese trabajo que, lo sabía ella a la perfección, les aseguraba el alimento a todos.

Pasado un tiempo muy corto, doña Isolina se las ingenió para hacer construir en su huerta de dos mil quinientos metros de área, un corral de cañabravas para criar chanchos, a los que engordaba con las sobras de comida de la pensión y con el maíz, los plátanos y las yucas que comenzó a producir en su chacra de Metoyacu, pagando con sus ganancias de la pensión a los peones que hicieran falta para “*la corta*” (rozar la maleza y cortar los árboles en trozos). Para “*la quema*”, “*la shunteada*” y la quema de los “*shuntos*” no pagaba peones, lo hacía ella y sus hijos; pero, para “*la siembra*”, “*el tirapeo*” de las plántulas “*el aporque*” (que se hacía en el caso solo del maíz), y “*la cosecha*” de la producción, otra vez contrataba peones.

Entre lo que ganaba por la venta de la chancaca, de los chanchos y de lo que recibía como pago por dar pensión, especialmente de los profesores de las escuelas del pueblo, doña Isolina fue haciéndose de un pequeño capital con el cual pensó, mucho más tarde, en educar a sus hijos en el colegio de educación secundaria de Moyobamba. Obviamente, con sus hijos Reynerio y Luis ya no podría cumplir con esta responsabilidad. Con su hijo Reynerio por padecer de retraso mental moderado y con su hijo Lucho, porque él era el que trabajaba la chacra para asegurar la subsistencia de todos los demás.

Y lo que dijo para sí misma, agobiada por una pena que hasta esa fecha la quería asfixiar y matar, con una convicción que no se sabe de dónde sacó: *“desde que Dios existe, nadie se muere de hambre, menos en unas tierras tan feraces como las de La Ochora”*, se hizo más que una realidad para ella.

La viuda con nueve bocas que alimentar y nueve cuerpos que vestir bajo su entera responsabilidad, se quedó a vivir para siempre allí, en esa tierra ubérrima donde vieron la luz del día cuatro de sus ocho hijos: Yolanda, Betty Oderay, Demetrio Toparpa y Caleb Cahuide. Los tres primeros nacieron en Huacapampa y Elías nació en Saposoa. Que alguien hubiera sabido, nunca pasaron hambre y, cuando su situación incluso mejoró, comenzó a hacer que sus hijos estudien la secundaria en el colegio *“Serafín Filomeno”* de Moyobamba.

CAPÍTULO IX

El “shulca” del fémur quebrado

Doña Isolina Escalante cada vez que se ponía a rememorar su vida, se le venía a la memoria lo que su madre doña Asunción Rojas decía muy segura de sí:

— *“Hay hija, pienso que es necesario que sepas: uno, que la pena no mata y; dos, que las desgracias de la gente nunca vienen solas”*.

Y cuánta razón llegaría a tener aquella viejecita de ojos azules y pelo plateado. Un año después de la muerte de su marido, doña Isolina tuvo que lidiar con la penosa y larga convalecencia de su hijo Caleb Cahuide, que se fracturó el fémur de la pierna derecha al caer desde el terrado de su casa, sobre unos pesados troncos de madera para leña que se hallaban amontonados en el alar de la casa.

Para cualquier niño, quebrarse una pierna es algo insoportable, no porque duela tanto el hueso fracturado, sino por el hecho de estar imposibilitado para moverse y hacer aquellas travesuras propias de esa edad, en tanto dure el proceso de soldadura de los huesos fracturados. En el caso de Caleb Cahuide, el doctor Arthur Lindsay en el Hospital Evangélico de Moyobamba tuvo que, no sólo unir diligentemente las dos partes del fémur quebrado, haciendo coincidir incluso las astillas de hueso que se hallaron desparramadas por allí, sino inmovilizar a toda la criatura para garantizar la formación del callo óseo respectivo y la soldadura definitiva del fémur.

Lograr aquello le significó al galeno escocés, enyesarle al niño todo el muslo quebrado, desde más abajo de la rodilla hasta la misma cintura, cubriendo toda la cadera, para tener que formar con todo eso, una sola pieza rígida que garantice que el niño no mueva para nada el muslo fracturado. Tal aditamento es de imaginar que resultó muy molesto para el niño y difícil de sobrellevar para la familia, porque en el bloque aquel, le dejaron sólo un par de orificios, uno para orinar y otro para defecar, que al no poder hacer ninguna de estas dos cosas en forma autónoma, les significó a los familiares tener que atenderlo en cada una de esas circunstancias.

Debido al hecho de estar inmovilizado en la cama, con yeso hasta la cadera y por más de dos meses, a Caleb se le formó una enorme escara en la parte inferior de su espalda, un

poco más abajo de la cintura, que es donde la moldura del yeso terminaba. La rigidez de éste, la falta de movilidad de esa parte del cuerpo y no se sabe que otras cosas más, además de constituirse en una verdadera tortura para el niño de cinco años, terminó lacerándole la piel, que primero se tornó insensible en esa área, para luego después de producida la herida, ocasionarle un dolor que lo tuvo llorando incansablemente día y noche, sin que nadie supiera cuál era la causa de ese llanto, ya que todos pensaban que lo hacía por pura necesidad y consentimiento. Al quedar huérfano el “*huinsho*” aquél, fue objeto de cuidados muy especiales de todos sus hermanos y hasta de su abuela Asunción o su “*mama Asho*”.

En esos tiempos, como es de suponerse, tampoco habría sido un alivio saber la causa del llanto del niño, porque no aparecían todavía la antalgina, el paracetamol, el ketorolaco, el tramal o cualquier otro fármaco apropiado para el caso, que habría sido fácil administrarle para aliviarle el dolor. El único analgésico y antipirético que existía era el “*mejoral*”, cuya publicidad por la radio decía: “*mejor mejora, mejoral*” y que estaba constituido en su mayoría por el componente básico de la aspirina, pero éste, en esos casos de dolor tan intenso, habría servido muy poco o casi nada.

Cuando por fin se dieron cuenta de que el origen del llanto del niño era la dichosa escara, el yeso había hecho ya una gran herida en la parte inferior de su espalda, la misma que

al observarse por el intersticio que dejaba ver el yeso, prácticamente aparecía ante los ojos en carne viva. Al cerciorarse de la gravedad de la herida de Caleb, su hermano mayor Reynerio, sólo atinó a hacer este comentario:

— Pobrecito el “*Shulca*”, la herida de su espaldita está igualita a la “*mata*” que tiene “*el ruso*” en su lomo y que no se ha querido sanar con nada desde hace ya harto tiempo —se refería a una herida que el caballo de la familia tenía en su lomo y que le había sido producida por un mal acondicionamiento de la montura, en el viaje de Saposoa hasta *La Ochora*—.

Esa clase de heridas en los caballos, por lo general, decían los entendidos, que no sanaban casi nunca si no se soltaba al animal en la inverna y no se lo volvía a ensillar por lo menos en un par de meses, lo cual, en el caso del pobre “*ruso*” nunca pudo darse, porque él era indispensable para la sobrevivencia de la familia.

— Como va a ser igual la herida en su espaldita de mi hijo, a la mata que tiene el caballo en su lomo, muchacho de Dios... —le contestó un poco aireada doña Isolina, para luego concluir aclarando con mucha seguridad—: ¡Esta herida de mi hijo, juro por Dios que la curaré muy pronto, o no me llamo Isolina Escalante!

La herida de marras le apareció en la espalda a Caleb sin saberse cómo ni cuándo, y comenzó a dolerle y producirle

enorme sufrimiento, porque al rozarse el yeso con la carne viva de la escara, era natural que así ocurriese. Sobre eso, irremediablemente se empeoró, debido a que era difícil de curar por la posición en que se encontraba, al no ocurrírseles cortar ese pedazo del yeso para liberar al cuerpo de esa fricción y presión; pero, sobre todo, por tratar de cumplir al pie de la letra las indicaciones del médico que había precisado que: *“por ningún motivo se mueva al muchacho o el hueso no soldará”*.

Hasta no hace mucho se sabía que, entre la piel y el yeso, los traumatólogos suelen colocar una buena capa protectora con suficiente algodón estéril, que evita la fricción de la piel con la rigidez del yeso, pero en el caso del *“shulca”* de la familia González Escalante, o bien no le pusieron suficiente algodón o definitivamente aquella técnica todavía no se utilizaba o, no era muy conocida.

Bueno hubiera sido que el yeso se hubiera colocado, por lo menos, sobre el calzoncillo del niño; pero, además de que en aquel tiempo los niños de esa edad no usaban calzoncillos y que, por lo menos en *La Ochora*, nadie que se conociera, menor de quince años, los utilizaba; también no habría servido de mucho, porque al niño le tuvieron que dejar dos orificios en el yeso para que por allí hiciera sus necesidades corporales.

Los de esa edad y mayores, utilizaban una trusa que se confeccionaba con tela *“playa”* que se vendía por varas en las tiendas y que era muy barata pero rala, o con la tela de

tocuyo con lo que estaban confeccionados los costalillos de harina de trigo, que las pocas panaderías de la capital de la provincia utilizaban para producir este alimento. Hubieron de transcurrir todavía cerca de diez años más para que lleguen al pueblo los “*calzoncillos blancos de punto*”, que son los que hasta ahora existen, y que los varones, conservadores apegados a las costumbres de antes, o no, comenzaron a utilizar en su vestimenta interior.

Para intentar curarle la herida le aplicaron todos los remedios caseros conocidos, sin que surta casi ningún efecto satisfactorio. Cuando ya parecía que cicatrizaba, después de una noche con mucho llanto de la criatura, aparecía a la mañana siguiente otra vez la escara sangrante y en carne viva, como si nunca hubiera tenido una costra en formación.

Cuando se intentó curarlo utilizando la medicina convencional tampoco se logró ningún resultado. La *sulfas* y el *aseptil rojo*, en aquel tiempo, eran las únicas medicinas conocidas para curar heridas e infecciones de esa naturaleza y, a diferencia de los antibióticos de ahora que son más eficaces y rápidos, aquellas surtían su efecto con una lentitud desesperante, por lo que... no había cuando se cure la dichosa herida aquella y el pobre “*Shulca*” seguía llora que te llora sin fin.

Hasta que, finalmente, compadecido del llanto del niño, un vecino de la casa llamado Ubaldo López se fue al monte y trajo de allí en una botella, la savia del color de la sangre

producida por una planta, a la que se conoce hasta ahora con el nombre de “*sangre de grado*”, con la cual, él mismo inició nuevamente las curaciones de la herida “*incurable*”.

El “*nuevo medicamento*” como era de naturaleza astringente, comenzó por empequeñecer el tamaño de la escara y crear la piel que faltaba, no en un santiamén, pero sí en algo más de una semana. Obviamente, antes de eso, este diligente hombre cortó toda la parte del yeso que estaba produciendo la herida por fricción, y dejó libre de ella a la herida, lo que al parecer resultó tanto o más efectiva que la “*sangre de grado*” con la que se logró el resultado final: la piel de la herida comenzó a regenerarse y la carne viva a dejar de sangrar y soltar aguadiza, para formar su propia costra protectora.

Al término de los dos meses, pero ya completamente sano de la escara, por fin lo llevaron nuevamente al Hospital Evangélico de Moyobamba para que le quiten el resto del yeso. El fémur había soldado muy bien y, a la herida de la parte inferior de la espalda la encontró el “*doctor Lince*” —así le llamaba la gente de Moyobamba y *La Ochora* al doctor Arthur Lindsay—, completamente cicatrizada.

Sin embargo, el niño tuvo que quedarse hospitalizado de nuevo, para atender su rehabilitación: la pierna derecha estaba sana, completamente sana; pero... al parecer, el niño éste se había olvidado de caminar con ella o le era muy difícil hacerlo, después de haber tenido la pierna inmovilizada por más de dos meses. Claro, lo que el niño

daba como explicación de no poder caminar era, “*porque en la planta de ese pie se le clavaban mil agujas o esas espinas con las que muchas veces encontró en la chacra*”.

Para ese tiempo a María Ida, la Misión Evangélica le concedió empleo en su Hospital de Moyobamba como ayudante de enfermería —tan sólo cuando contaba trece años de edad— con un sueldo de 30 soles mensuales. Ese sueldo era más de lo que se podía ganar tejiendo sombreros de sol a sombra en *La Ochora*; pero, obviamente, era un sueldo de explotación descarada, por los trabajos que allí la niña tuvo que hacer en forma cotidiana, desde que amanecía hasta que anocheía, y por las funciones adicionales que solía encomendarle realizar una enfermera inglesa conocida como miss Sara, a la que todos los trabajadores del hospital repudiaban por déspota, mandona y por ser una mujer de muy malas pulgas.

El tal trabajito de María Ida consistía en asear todo el hospital, es decir; barrer y trapear los pisos con creso diluido en agua como desinfectante, recoger los residuos hospitalarios y limpiar el suelo de todas las salas de hospitalización, limpiar las letrinas con el consabido creso y encima, hacer guardia algunas de las noches en que era necesario y cuando la enfermera inglesa aquella, *la de las malas pulgas*, quería descansar a pierna suelta esa noche.

Sobre eso, María Ida tuvo que ayudar en la rehabilitación de su hermano Caleb Cahuide, en los pocos ratos libres de los que disponía en Moyobamba porque su madre, doña

Isolina, regresó a *La Ochora* para atender a sus pensionistas, ya que nadie más podía hacer ese trabajo, y de ese trabajo dependía toda la familia para garantizarse el sustento.

Después de cerca de quince días de rehabilitación, Caleb seguía afirmando que le era imposible caminar porque mil agujitas se le clavaban inmisericordemente en la planta de ese pie. Al no haberse podido lograr mayores avances, el doctor Arthur Lince lo volvió a examinar. Verificó que el fémur había soldado muy bien, que el niño ya no sentía dolor al hacerse presión en el lugar donde había ocurrido la fractura y que... por lo tanto, ya estaba sano y bueno, siendo el hecho de que no podía caminar sólo por una especie de sugestión o un desorden psicológico que, en ese hospital ya no se podía curar por carecer de ese tipo de especialista, por lo que le dieron de alta sin más ni más: *“la cama del hospital se necesitaba para otra persona que realmente estuviera enferma”*.

María Ida sacó a su hermano de ese hospital a la hora de su salida del trabajo, o sea a las cinco de la tarde. Y, cargándolo sobre su espalda, lo llevó hasta el cuartito en la punta de Shango que, ella hubo arrendado para vivir al venir a trabajar al hospital y, donde ahora vivía con sus hermanos Elías y Yolanda, sus hermanos menores. Elías estudiaba la secundaria porque en *La Ochora* no se contaba con colegio y Yolanda, la hermana menor de ambos, tenía que estudiar el quinto año para completar su primaria.

Resultaba que la escuela de mujeres donde a Yolanda le tocaba estudiar en *La Ochora*, sólo contaba con dos profesoras, —a diferencia de la escuela de varones que contaba con profesores para cada año de estudios—, en razón de lo cual, la que tenía a su cargo el tercero, el cuarto y el quinto años, tenía que hacerse cargo de tres años de estudios, por lo que las lecciones de cada día y que correspondían al quinto año, ella sólo cumplía con dictarlas de un viejo libro, después de dejar una tarea o hacer lo mismo en las otras dos secciones a su cargo. Yolanda vino a terminar su primaria a Moyobamba, según su madre para, por lo menos, hacer bien siquiera el quinto y último año de estudios de su primaria.

Caleb Cahuide, una vez que estuvo junto a sus hermanos mayores, hizo mil intentos por caminar; pero, en ninguno de los casos pudo lograrlo. Según él mismo les hizo comprender con su escaso vocabulario, cada vez que intentaba utilizar su pierna recientemente enyesada, comenzaba a sentir que se le clavaban unas agujas invisibles en el talón y toda la planta del pie derecho y que, además, su espalda le hormigueaba, como si estuviera tratando de salir de esos calambres que suelen atacarnos en las piernas cuando uno menos se lo imagina.

Al verificar que Caleb no iba a caminar pronto, por las razones que esgrimía y por otras que ellos imaginaban —engreimiento—, decidieron llevarlo a *La Ochora*, porque como Elías y Yolanda tenían que asistir a sus clases del

colegio, y María Ida tenía que ir a trabajar en el hospital desde muy tempranas horas del día, el niño se quedaba sólo en el cuarto donde ellos vivían, y como no podía movilizarse por sí mismo, cuando regresaban lo encontraban hundido en sus propias eses o queriendo sumergirse en sus propios orines. Así que, no había otro remedio que llevarlo a *La Ochora* para que allí lo atiendan en todos esos menesteres. El día sábado, tan pronto terminaron las clases en el colegio, Elías y Yolanda lo llevaron cargándolo por turnos sobre su espalda hasta donde vivía la madre de todos ellos: *La Ochora*.

En *La Ochora* doña Isolina le mandó confeccionar donde don Ubaldo López, un par de muletas de cedro colorado que nunca quiso utilizar. Le instaron a caminar más de mil veces, pero el niño seguía con la idea fija de que no podía hacerlo. Aprendió más bien a arrastrarse sobre las posaderas con la pierna derecha tiesa como si no tuviera movimiento, por lo que la familia llegó a pensar que jamás volvería a caminar.

Hasta que una mañana en que Caleb se levantó temprano de su cama en el segundo piso de la casa de techo de teja, luego de arrastrarse primero por las gradas para bajar al primer piso y pasar por el alar de la misma con idéntico estilo, llegó triunfante hasta el centro de la sala, donde pensaba ponerse a jugar. Justo en ese momento, la vaca de ordeño que la familia tenía, hizo su ingreso por ella, para pasar a que la ordeñaran y dar de mamar a su becerro.

Al verificar que la vaca, prácticamente, iba a pasar por su encima, Caleb Cahuide se levantó de un salto y comenzó a correr para alejarse de ella. La pobre vaca, sin darse por aludida, siguió caminando detrás del niño contoneando sus caderas como acostumbran hacerlo estas rumiantes cuando tienen las ubres llenas.

Así, la vaca llegó al lugar donde su becerro se encontraba amarrado y el niño llegó hasta la cocina donde, como de costumbre, su madre preparaba el desayuno para sus pensionistas y su familia. Como impelido por una extraña fuerza, el niño casi de un salto terminó abrazado de su madre con mucha fuerza emotiva, algo así como si la estuviera viendo después de mucho tiempo de estar lejos y separado de ella.

La madre... sólo atinó a abrazarlo también y, a besarlo como nunca lo había hecho hasta ese momento; porque, al parecer, desde que se quedó viuda cuando todavía tenía treinta y nueve años, con la responsabilidad de terminar de criar nada menos que a ocho hijos suyos y uno más que le llegó de regalo, una de sus respuestas frente a la dureza de la vida, fue volverse muy parca de afectos y algo seca para proporcionar a sus seres queridos, la clase de demostraciones de cariño que son frecuentes y ordinarias en todas las madres. Sobre eso, doña Isolina era enemiga de andar repartiendo arrumacos a sus hijos, a los que quería sin medida, cómo negarlo, pero a los que crio con mano dura y hasta con cierta rigidez.

Hubieron transcurrido hasta ese momento más de seis meses, desde que Caleb Cahuide *“el huinsho de la familia”* llegó de Moyobamba sobre la espalda de su hermano Elías... casi baldado para caminar por sí mismo. Tanto que su abuela doña Asunción Rojas, al verlo, con esa franqueza algo ignorante y sin medir lo que decía, propio de ciertas viejecitas, pronosticó: *“parece que este muchachito ya no volverá a caminar nunca; encima, como no quiere andar con muletas, lo único que va a hacer para moverse será reptar como una viborita”*.

Para que soltaría eso, su hija Isolina se molestó y le recriminó a su madre todo lo duramente que pudo, por lo que hubo dicho sobre su hijo, asegurándole una vez más, que éste caminaría o ella no se llamaría Isolina Escalante.

Claro que Caleb Cahuide caminó; pero, desde cuándo lo hizo y por el resto de toda su vida, nunca cargaría sobre sus espaldas ningún peso, siempre estaría exonerado en esa familia de hacer ciertos esfuerzos físicos y, lo que fue mejor, se convirtió en el nieto consentido de su abuela doña Asunción Rojas que, en compensación por decir que sería como una viborita, juró que ella lo cuidaría y protegería siempre y mientras ella viviera...

La abuelita *Asho* Rojas del *Shulca* cumplió esa promesa a cabalidad, mientras vivió con su hija Isolina. Pero, un año de esos y ya cuando Caleb comenzó a hacerse todo un jovencito, su otra hija: María, la que era directora de la

escuela de mujeres, la convenció de llevarla a Lima donde ella estaba construyendo de a pocos, su casa. Allí tenía ya las paredes de todo el cerco perimétrico de ladrillo, y dentro, tenía una especie de “*bajaretas*” con cuartos, donde vivía su esposo que era guardia civil, y donde se alojaba, desde ese entonces, la familia que venía a Lima desde *La Ochora* y *Moyobamba*.

Allí en esa casita de Lince, que mucho tiempo después llegó a ser de tres pisos, todos los familiares de su parte y los de su esposo don Leonidas Valles, eran bien recibidos. Allí estuvo alojada también la abuelita *Asho* de Caleb. Cuando una vez que necesitaron culantro y no había quien se vaya a comprarlo de una paradita que había a una cuadra, su hija María le pidió este favor:

— Mamita *Asho*, toma este doble (20 centavos) y ándate a la paradita a comprar un manojito de culantro que, necesitamos urgente para aderezar el sancochado.

— Ahorita hija, te hago el mandado.

La viejita vestida a la usanza de Celendín, su tierra natal, con sombrero y polleras, consiguió el culantro para la sopa y volvió con la brevedad que su avanzada edad le permitía. Al llegar a la casa tocó y tocó la fuerte puerta de la entrada a la casa, pero como nadie venía a abrirle se sentó, se sacó el sombrero y lo puso a su lado, dejando al descubierto su

cabellera plateada y sus ojos azules. Luego, como era verano, comenzó a secarse el sudor de su frente con un pañuelo que sacó de su seno, que era el lugar donde ella guardaba muchas cosas. Cuando su hija María preocupada por su demora abrió la puerta para ir a buscarla, la encontró muy ocupada contando el dinero que la gente le depositó en calidad de limosna en su sombrero:

— Ay hijita, que buena es esta gente de Lima. Todos los que han pasado frente a mí, tiraban una moneda en mi sombrero y, algunas niñas, hasta me cariñaban la cabeza.

La historia de la abuelita “*Asho*” de Caleb y madre de Isolina y María, sus hijas mujeres, es muy singular y por demás anecdótica. En el siguiente capítulo sabremos que le ocurrió cuando apenas tuvo catorce años.

CAPITULO X

El abuelo tuerto y la abuela de los ojos azules

La poca tierra de cultivo que, los padres de la jovencita Asunción Rojas Sánchez poseían en Huacapampa “*Viejo*”, resultó un día que ya no fue suficiente para seguir manteniendo con lo que producía a toda la familia, incluida la misma Asunción.

Por eso, tan pronto esta —que con el tiempo fuera madre de Isolina— estuvo en edad casadera, sus progenitores en común idea con los padres —con los que por añadidura eran compadres— del soltero “*algo maduro ya*” Faustino Escalante Aliaga “*arreglaron*”, que era lo mismo a decir “*cerraron trato*”, para que su “*Ashito*” de apenas dieciséis años de edad, se convirtiera en la flamante esposa de aquel solterón, que a simple vista no más, pasaba ya de los 35 años, bien recorridos. Y ya no hubo nada más que hacer.

Trato cerrado, era trato que se cumplía. Así era la cosa en esos tiempos de *“la mula coja y las pepitas de oro como muelas de gallo en Parcoy”*.

Faustino Escalante Aliaga, hombrón de más de un metro con ochenta centímetros de estatura, en ese entonces estaba en la situación de recién llegado de las selvas de Uchiza y Tocache, de donde había venido con la aureola de ser allí un próspero negociante y de poseer una sólida economía y un patrimonio financiero, comprobables en cualquier momento o circunstancia. Además de todo eso, estaba a punto de convertirse en agricultor y comerciante mayorista de abarrotes allí en Huacapampa; pero... era tuerto de un ojo, el derecho.

Siendo aún muy joven o casi un niño, con sus catorce años de edad a cuestas, acompañó a su padre hasta Uchiza, en donde éste tenía que comprar y traer de allí a lomo de bestia, ponchos enjebados hasta Celendín. Antes de esa transacción, los ponchos de lana de carnero con los que en Uchiza o Tocache se fabricaban los pochos enjebados, se tenían que comprar en Porcón, a pocos kilómetros al norte de Cajamarca por el camino real a Hualgayoc, y se los tenía que llevar hasta las selvas de Uchiza en piaras de mulas, que eran animales que soportaban la carga, mejor incluso que los caballos *“jalqueños”*, que eran bestias muy nobles aunque pequeños de alzada, pero muy resistentes y fuertes, además de tener la capacidad de llevar a cabo sin mostrar síntomas externos de agotamiento físico, largas caminatas

por las estribaciones de la sierra del Perú que, a decir verdad, no son poca cosa.

Sin embargo, a pesar de esa merecida fama, en la selva estos pequeños equinos, como que se “*chupaban*” y terminaban muriendo de gusanera, al no saber defenderse de las picaduras de los tábanos, insectos éstos chupadores de sangre completamente desconocidos en la jalca, que les hacían horadaciones en la piel en donde las “*moscas negras-cenefa de mal agüero*” —justo allí y todavía cuando estaban echando aguadija la picadura—, depositaban sus huevos que, de un día para otro, se convertían en hambrientos y voraces gusanos.

Dicen que, en su primer viaje nomás, en la quebrada de Asungui que queda cerca ya de Moyobamba, cuando Faustino se quedó dormido mientras los arrieros daban de beber y hacían descansar a los caballos en que viajaban, un tábano le picó a un ladito del ojo izquierdo, luego de lo cual, la “*mosca negra-cenefa de mal agüero*” depositó allí sus huevos. Más o menos al término del segundo día de aquel percance en el ojo derecho, Faustino comenzó a sentir una comezón parecida a la que produce el “*shicshi*” en los intersticios de los dedos de los pies o al que producen los “*izángüis*” en los lugares del cuerpo donde no llega el sol, como las entrepiernas, las axilas, el ombligo, el escroto o en el extremo opuesto a las rótulas de las rodillas, en donde también suelen a percollarse estas diminutas *garrapatillas* hambrientas de sangre nueva.

Si habría sentido dolor, de repente se hubiera preocupado un poco por esa situación; pero, como sólo sentía un agradable escozor, terminó siempre rascándose con suavidad en la parte que le daba comezón. Pasaron dos días más, y se le formó cerca del ojo derecho una especie de lobanillo, sin que el dichoso escozor desaparezca. Así siguió viaje hasta Tocache, donde ni bien lo vio el dueño de la posada donde se hospedaron —que era nativo de la selva— muy seguro de sí, le dijo:

— Lo que usted “*huambra tiene ahishito de su ñahui derecho*”, es una gusanera de los mil “*shapingos*”.

— ¿Gusanera? —preguntó incrédulo de lo que acababa de escuchar el padre de Faustino—.

— Ni más ni menos, y creo que ese tremendo bulto que parece lobanillo, está llenito de gusanos, a estas alturas hasta con pelo en su buche. Ojalá y no este toavía comprometido el “*ñahui*” de su hijo —volvió a contestarle el hombrecito aquel, muy seguro de lo que estaba diciendo—.

— ¿Y tú le puedes curar? —preguntó ansioso el padre de Faustino al curanndero—.

— Hacer que bote toda la gusanera, claro que sí. Pero, si el “*ñahui*” ya está comprometido, ya no lo salva ni un doctor de bata blanca y anteojeras, de esos que dizqué hay en el Hospital Evangélico de Moyobamba —contestó muy seguro de lo que decía aquel curandero—.

— Hazlo entonces. Después me avisas cuanto te debo por el trabajito.

— Que ya pué me va usté a pagar. Lo que hay que hacer es una obra de bien al prójimo. No le costará nada...

Y el hombrecito de inmediato fue al cuarto de su casa donde guardaba sus cosas personales, preparó en ese momento un cigarro negro con tabaco de monte o “*mapacho*”, y estuvo un largo rato fuma que te fuma y soplando el humo sobre la palma de su mano. Cuando ya casi hubo terminado de fumar el “*mapacho*”, recogió de ella con un cuchillo, una grasa de color sepia y brillante que les dijo que era nicotina pura. Luego, con esta sustancia tóxica embadurnó el aparente lobanillo, luego de lo cual lo tapó con un emplasto de tela de costalillo remojado en aguardiente, que pegó a la piel del agusanado Faustino con sangre de grado.

Al tercer día cuando le retiraron el emplasto de nicotina, salieron pegados a la tela dos tremendos gusanos, hasta con pelos en el abdomen tal y como les advirtió el curandero. Al aplastar el pequeño tumor que creyeron que podría ser un lobanillo, salió el resto de gusanos, algunos todavía contoneándose y otros en franco estado de descomposición, junto con una buena cantidad de pus amarilla, al ver lo cual, el hombrecito movió negativamente la cabeza.

Según lo que les explicó a continuación, el pus, de alguna forma llegó a contaminar el ojo izquierdo y ya no se podría salvar haga lo que se haga. Dicho y hecho. El ojo de

Faustino primero comenzó a producir legaña sin descanso, luego se hizo completamente blanco y finalmente se fue achicando hasta secarse. Todas las personas que fueron a verlo, le contentaron diciéndole que, como ya se le secó el ojo derecho, el izquierdo quedaría libre de todo problema y que, por compensación, con ese ojo vería mejor que con los dos ojos juntos.

El hecho de quedarse tuerto a esa edad, para Faustino fue una gran contrariedad que no pudo superar en el resto de su vida y que tuvo que cargar con él como un complejo de inferioridad nunca confesado pero latente sobre todo en su soledad. Más bien tuvo que aprender a convivir con su defecto físico y a hacerse el sordo, todas las veces que escuchaba que se burlaban de él cuando decían: *“allí va ese tuerto ’emierda pero con harta plata”*.

Por ese motivo, presumiblemente, desde muy joven, casi todo el dinero que lograba ganar, lo gastaba en la compra de licor para emborracharse en la soledad de su dormitorio y tratar de olvidar ese terrible entuerto de su vida. Así y todo, el negocio de confección de ponchos de jebe que tenía con su padre le permitió acumular bastante dinero.

Primero, para no volver a Huacapampa en calidad de *“tuerto e ’mierda”* solamente, que sabía perfectamente que le endilgarían como apodo tan pronto lo vieran, acordó con su padre que él se quedaría en Tocache para realizar el trabajo de enjebado. Para ese efecto acondicionó una especie de galpón de manufactura, donde los obreros

nativos que él contrataba, hacían el trabajo de producir por unidades, los famosos ponchos enjebados que sólo él vendía por esa zona, y que fabricaba untándoles “*shiringa*” líquida.

Otros “*poncheros*” como él, que eran lugareños o también venidos de la sierra, fabricaban sus enjebados con tela playa o franela a cuadros. Los ponchos salían más livianos, pero se rompían con facilidad. En cambio, los que vendía Faustino Escalante se hacían sobre la base de ponchos de lana de carnero de Porcón, manufacturados a mano en los telares ancestrales y, esos, eran muy durables y no se rompían casi con nada, aunque tenían el inconveniente de ser bastante pesados.

Como de Celendín le traía o le enviaba su padre también sombreros de paja de bombonaje, a un costado del galpón, él vendía personalmente los sombreros “*shilicos*”, con muy buenas ganancias. Y... hasta que cumplió treinta y cinco años, no quiso por nada del mundo regresar a Huacapampa, hasta que lo tuvo que hacer, obligado por la circunstancia de tener que enterrar allí a su padre.

A esa fecha, en la selva ya había amasado considerable fortuna. Como notaron tan pronto llegó a Huacapampa que no se hacía problemas para sacar el fajo de billetes del bolsillo y pagar como si nada los gastos del velorio y del entierro de su padre, la gente del pueblo donde hubo nacido, comenzó a tener por él, ese especial respeto y esa consideración muy peculiar, que sólo la posesión del dinero

sabe otorgar a los que lo detentan y, encima, saben ostentarla al tiempo de pagar las cuentas o al hacer algún negocio importante.

Hasta esa fecha, su vida había sido allá en Tocache, Uchiza y todo el valle del Huallaga hasta Tingo María, una secuela de aventuras con mujeres de diversa índole y fisonomía, que forman la pléyade de damas de compañía que brindan sus favores a cambio del vil dinero y que, por tal, no se fijan jamás si al que paga le falta o le sobra un ojo, o cualquier otra parte del cuerpo. Pero; para que ocurra aquello, él tenía que estar convertido en una cuba y virtualmente saturado de aguardiente o de cualquier otro trago importado.

Cuando su madre le habló en Huacapampa, pasados ya todos los quehaceres propios que sobrevienen al entierro de un difunto, acerca de un pacto que había hecho su padre para que él se case con Asunción Rojas Sánchez, apenas de dieciséis años de edad y un metro con cincuenta y cinco centímetros de estatura, no supo que responder ni qué hacer.

Menos todavía pudo atinar a nada cuando conoció de lejos a la muchachita con la que decía su madre que estaba comprometido. Todo fue cuestión de darse cuenta de sus hermosos ojos azules, para llegar a creer que esa unión jamás sería posible. Él era veinticuatro años mayor que ella, que apenas tenía dieciseis y los ojos azules más hermosos que había visto en su vida. Para remates, él era tuerto y comparado con ella, era ya un viejo.

¡No! —se dijo para sí—, no creo que sea posible este matrimonio. Ella es todavía una niña y encima muy hermosa, y yo, solo un “*tuerto*’e...”. Es más, cuando concertaron una cita en la casa de los padres de Asunción, para que se conocieran, deliberadamente, no asistió a ella. Se fue a Celendín, según dijo, a concertar una compra de sombreros con el que tenía que regresar a Tocache y Uchiza, para no viajar talán, talán hasta allí y sin la posibilidad de ganar algún dinero. Los *shilicos* no podían darse esos lujos. Porque eso... era para la otra clase de gentecitas que de pobres nunca podrían salir.

Sin embargo, los padres de Asunción y la madre de Faustino, no cejaron esfuerzos para ver consolidado su trato, y no descansaron hasta que, finalmente, lograron este cometido. Cuando la chiquilla Asunción Rojas vio de muy cerca que su prometido tenía el ojo izquierdo completamente seco, salió corriendo del lugar de la reunión concertada para que se conozcan y la oyeron que entre llanto y llanto se iba diciendo:

— Lo que es yo... ¡No pienso casarme jamás con ese tuerto! Primero muerta que casada con ese manganzón.

Sin embargo, terminó haciéndolo. Sus padres le hicieron comprender poco a poco; pero, sostenidamente, que siendo aquel hombre tuerto un acaudalado negociante, ella jamás pasaría hambre ni penalidades, como es en lo que se convertiría su vida desde el momento en que ellos la independizaran para que se mantenga por sí misma.

Además, era suficiente que ella tuviera los dos ojos y encima azules, para que sus hijos salgan hermosos y de buen talante.

— La vida, Ashito, es muy dura para el que no tiene dinero. Casándote con ese hombre, aunque sea tuerto, vas a asegurar una vida de comodidad y de lujo —le dijo un día su madre, muy seria y muy segura de lo que estaba afirmando—, en cambio si te quedas a vivir aquí en Huacapampa, resultarás casándote con alguno de los paisanos, que sí van a tener los dos ojos y de repente hasta verdes, pero ningún billete celeste ni verde en el bolsillo. Además, hasta donde yo sé, la tierra que es de donde todos vivimos acá en Huacapampa, ya no da más que para sobrevivir como pobres.

No de buena gana y siempre con la idea de que estaba haciendo un disparate en su vida, Asunción Rojas terminó casándose con Faustino Escalante, más o menos después de tres meses de haber visto el ojo seco de su futuro marido. Tan pronto contrajeron matrimonio en la parroquia de Celendín, y luego de la celebración de una fiesta memorable en Huacamapa, la pareja hizo viaje a Tocache.

Sólo Asunción lloró al despedirse, porque sus padres se quedaron felices creyendo que habían logrado el mejor arreglo posible para garantizar la felicidad de su pequeña *Asho* que, de verdad, era pequeña de tamaño, pues apenas medía un metro con cincuenta y cinco centímetros, que contrastaba con el metro ochenta de su marido que, casi

como todos los “*escalantes*” que se conocieran por allí, se caracterizaba por su gran estatura.

El viaje a Tocache fue largo y penoso. Y más penoso aún fue comprobar tan pronto llegaron, que el río en uno de sus más grandes desbordes de hacía un mes, se hubo llevado casi todas las propiedades que Faustino tenía allí guardadas en el galpón que usaba como almacén y fábrica. Por eso, no le quedó otra cosa que negociar lo poco que pudo, para de inmediato regresar a Huacapampa, esta vez con la idea de establecerse allí en forma definitiva.

Tenía suficiente dinero para comprar una buena casa, adquirir un terreno con agua de riego y, establecer una tienda mayorista de comercio de abarrotes que, había visto como promisorio con el único ojo que tenía —que era en realidad un “*ojo de águila*” para los negocios— desde cuando estuvo en calidad de novio. De inmediato se dio cuenta que, en el pueblo no existía nada que se pareciera a una tienda mayorista de abarrotes, ya que sólo había bodeguitas pequeñas que vendían todo al menudeo y que, de arranque serían sus primeros clientes.

Así lo hizo y todo le salió como lo hubo pensado. Se hizo de la “*buena casa*” para vivir, del “*terrenito*” con agua de riego para cultivar allí los choclos, el frijol, los chibches, las papas, la cebada, el trigo las alverjas y algunas otras cosas más y, por supuesto, logró instalar una tienda mayorista de abarrotes. Se podía decir que, con todo eso, había asegurado el resto de su vida. Los ponchos de jebe,

eran ahora sólo un recuerdo para él, pero igual los vendía en su tienda sin darse el trabajo de fabricarlos.

Así dentro de ese ambiente de aparente tranquilidad y comodidad económica, los esposos Escalante Rojas trajeron al mundo a sus hijos Francisco, Manuel, Isolina, Arturo y María Timotea. Como allí no más quedó la creación de prole, por la edad que ya para ese momento ostentaba Faustino; Asunción, que era pequeña de estatura, pero de carácter fuerte y decidido, comenzó a asumir el control de todos los negocios de su marido y éste, al sentirse libre de esos quehaceres, decidió un día irse a dar una vuelta por la selva, junto con unos primos que le inquietaron para iniciar un negocio de venta de perros, que por ese tiempo era muy seguro —porque nadie asaltaba para robar perros por esos caminos—, y redondo, en términos de ganancias.

El negocio aquel consistía en llevarse jaurías completas de perros domésticos desde Celendín hasta Moyobamba. En el mismo Celendín y en sus diferentes distritos, los perros se compraban a precio de huevo, pero una vez en la selva, éstos se vendían casi a su peso en monedas de plata de nueve décimos.

También se podían canjear por una vaca o un buen terreno. Total, los terrenos por allí era lo que más sobraban. En cambio, los perros eran muy escasos y codiciados, para convertirlos en animales de caza. Sólo había que “*curarlos*” y eso era algo bastante rutinario. Se instilaba en la nariz del animalito “*pucunuchu*” molido y luego se le

hacía tomar una pócima a base de ayahuasca. Y sanseacabó, el perro doméstico “*shishaco*”, se convertía de la noche a la mañana en habilísimo perro de caza en el monte.

Como resultará obvio suponer, Faustino se unió a estos negociantes de perros como socio capitalista. Por lo tanto, a la larga, era el que se llevaba la tajada del león a la hora del reparto de las ganancias con las cuales, aunque fuera con el único ojo que le quedaba, tenía una fabulosa visión de negociante. Fiel a esa intuición, compró en *La Ochora*, un buen terreno en una de las esquinas de la mismísima plaza de armas del pueblo y allí mandó que le construyan una enorme casa de dos pisos de paredes de tierra apisonada o tapial, como se dice en la sierra, y techo de tejas.

Y como por allí le sugirieron que, para solucionar ciertas falencias en su sexualidad, se tome un preparado especial a base de “*achuni ullu*”, que para ese efecto preparaba doña “*Mishi Rashpa*”, no esperó a que le digan dos veces lo mismo y se hizo del mágico producto que consumió allí no más. Tan... bien se puso, que resultó en nuevos amores por allí, y hasta llegó a tener dos hijos, todavía, uno de ellos se llamó César y la otra Cruz.

En tanto en Huacapampa los negocios a Asunción Rojas no le fueron como era de esperarse. La tienda mayorista llegó a tener mucha competencia en Celendín y el Huauco, donde resultaron instalando tiendas de abarrotes para ventas al por mayor y menor a imitación de la de ella, con lo que sus ganancias que antaño eran sustanciosas, se redujeron a su

mínima expresión. Se vendía, pero casi exclusivamente a las bodeguitas de Huacapampa, El Torno, Chaquil, Macas y Lucmapampa. De Celendín y el Huauco ya no venían a comprarle nada, en razón de lo cual, la diligente “*Asho*” Rojas le escribió a su marido Faustino una carta en la que le detallaba cómo iban las cosas.

Ni bien Faustino Escalante se enteró de la noticia le ordenó a su mujer que venda todo allí en Huacapampa y que toda la familia se venga de inmediato a *La Ochora*. Así lo hizo Asunción. Vendió la casa donde vivían, el terrenito con su propia agua de puquio y lo que quedaba de la tienda de abarrotes, luego de lo cual, comprando las bestias adecuadas para tan largo viaje, se fue por la subida de Jelic, bajó la interminable travesía hasta Balzas, subió la infinita cuesta hasta el abra de “*Calla Calla*” y no paró hasta llegar a *La Ochora*, sana y salva.

Allí encontró a su marido convertido en un completo mujeriego y encima, otra vez en “*trago buche*”. Se enteró que se había conseguido mujer y que tenía dos hijos, el varón más o menos de la edad de su hijo Arturo y su hija mujer, contemporánea de María Timotea. Sacó sus cuentas y concluyó que este bárbaro de su marido se había hecho de esos compromisos tan pronto hizo su primer viaje trayendo perros de negocio desde Huacapampa. Sin embargo, como ya las cosas estaban hechas, arregló con su ahora irreconocible Faustino, para que viva con cierta libertad con su nueva mujer, pero que a ella no la toque ni

en sueños ni de bromas. El amor que alguna vez creyó Asunción que le había llegado a tener a su tuerto marido, según le pareció viendo el imponente morro, se había ido volando hasta su cúspide a hacer compañía a la enorme cruz blanca que allí había.

Al comienzo Faustino cumplió literalmente el trato. Pero como llegó un momento en que como marido ya no respondía en la otra casa, de allí también lo aventaron como se bota algo que ya no nos sirve para nada. Su “*Asho*” lo recogió entonces compadecida de su triste situación. Se compusieron un poco las cosas, pero en lo de empinar el codo, más bien se empeoró.

Se volvió uno de esos “*borrachitos calichines*”. No había día en que no tomara hasta volverse un beodo completo. Así pasaron los años, sus hijos casi todos se casaron y tuvieron sus propios hijos y sus propias familias. Francisco, Isolina y Arturo a esa fecha ya eran padres de casi toda su prole. Isolina había vuelto ya de Saposoa y estaba instalada en *La Ochora*, por lo que su madre, cansada ya de soportar al borrachín de su marido, se pasó a vivir con ella.

Pero hasta allí le seguía su marido Faustino. El pobre viejo, además de borrachín, ya en franco estado de locura senil, hacía los modos de meterse a la casa de su hija Isolina para hacerle la vida imposible a su esposa, que ya para ese entonces detestaba abiertamente al tuerto de su marido. Éste, al sentirse despreciado y más que todo, agobiado por el efecto del trago, muchas veces intentó maltratar

físicamente a su esposa Asho. Ante tal espectáculo, los hijos de su hija Isolina, regaban carbones en la cocina las veces que llegaba el atrevido de su abuelo Faustino.

Éste, como veía ya mal a ese tiempo con el único ojo que tenía, en más de una oportunidad se pisó con los pies descalzos en los carbones. Lo que aprovechaban todos sus nietos para llevarlo a viva fuerza a la cama, donde lo acostaban amarrado para que no se levante hasta que se le curen las heridas.

Finalmente, Asunción Rojas quedó libre de la pesadilla que tenía por marido, cuando éste un día amaneció plácidamente muerto en su propia cama. Lo enterraron todavía vendado de los pies...

CAPÍTULO XI

Reynerio, el hijo que nunca dejó de ser niño

Demetrio González Díaz, hijo de Salomé Díaz Zamora y Antonio González Aliaga, conoció a Isolina Escalante Rojas allá en Huacapampa “*Viejo*”, en aquellos tiempos en los que, al padre de ella: Faustino Escalante, se le dio por viajar “*seguido y de quedada*” a la selva del Alto Mayo, como negociante de perros.

Salomé Díaz madre de Demetrio y Asunción Rojas madre de Isolina, eran primas no muy cercanas; pero, sí integrantes de dos familias muy unidas, como que las casas de ambas estaban ubicadas una al lado de la otra, separadas sólo con pared medianera, en la pampa del “*Pachamango*”, donde el maicito, los frijoles, las alverjas, los chibches, la papa, el trigo, la quinua, el collo y la cebada, entre otros alimentos se daban como una bendición de Dios.

Demetrio González Díaz llegó un día a la tienda de doña “Acho” (Asunción) Rojas Sánchez en Huacapampa, con la intención de comprar un poncho enjebado. Le habían dicho que, si quería adquirir uno de calidad, el sitio más indicado donde comprarlo era allí, porque sólo ellos vendían unos que eran “*buenazos*” y que se hacían sobre la base de ponchos de lana de carnero manufacturados íntegramente en Porcón, a diferencia de los otros que eran de franela a cuadros o de tela playa, livianos de peso sí, pero poco fuertes y resistentes y, mucho menos durables.

Allí en la tienda encontró a Isolina Escalante Rojas, para su gusto: “*una mujer hermosa por sus cuatro costados y todas sus entretelas*”, de pelo largo ligeramente crespo y negrísimo, bastante alta como todas las “*escalantes*” que él conocía; pero, sobre todo, amable y cordial en su trato, aunque un poco parca para hablar.

— Buenos días prima Isolina, me han recomendado los concedores que, aquí es justamente donde debo comprar un poncho enjebado, si es que deseo buena calidad y mucha durabilidad. Los ponchos que ustedes venden, según lo que se dice, son los mejores en toda esta comarca.

— Si te refieres a calidad como equivalente a estar hechos sobre la base de ponchos de lana de carnero, fabricados a mano en Porcón, si primo Demetrio, no te has equivocado, aquí vendemos esa laya de ponchos —le contestó ella con aquella naturalidad propio solo de las personas acostumbradas a comerciar—.

— ¿Acaso los otros ponchos no son iguales a los que venden aquí? —preguntó Demetrio haciéndose el tonto, pero con la intención de seguir conversando con ella—

— Claro que no son iguales, primo. La mayoría de los otros se fabrican con tela playa, que es rala y poco resistente, o también con franela a cuadros. Luego se enjeban en Uchiza o en Tocache. Por ese detalle, son mucho más livianos y sencillos que los que aquí vendemos, que están hechos íntegramente con lana de carnero manufacturados a mano en los telares de Porcón. Si tienen algo de malo es que resultan mucho más pesados en comparación con los otros; pero, por eso mismo, son mucho más resistentes y durables que los de playa o franela. Como te será fácil deducir, por eso mismo cuestan más.

— ¿Y aquí venden también los que dices que son más livianos por estar hechos de playa o franela? Porque como los de lana de carnero, según tú misma acabas de aclarar, cuestan un poco más que los otros, de repente no me alcanza el dinerito con el que cuento para esa comprita.

— No primo, aquí vendemos sólo los de lana de carnero. Ya te he dado las razones del por qué lo hacemos.

— Bueno pues, si es con la garantía que me dices Ishuquita, entonces véndeme uno.

— ¿Y se puede saber, si no es mucha indiscreción, para qué quieres comprar un poncho enjebado? Porque también tenemos ponchos solo de lana, que acá en la sierra

cumplen a cabalidad la función de abrigar y defender de la lluvia —le volvió a aclarar Isolina, segura de que los productos que ella vendía, valían la pena comprarlos—.

— Yo necesito el poncho enjebado primita, porque estoy pensando viajar a la selva de Moyobamba. Me han dicho que por allí hay excelentes tierras de cultivo y que se las obtiene prácticamente regaladas. Además, todos esos lugares son muy buenos mercados para vender sombreros, por el sol que por allí dicen que es muy fuerte. Pero, para hacer el viaje hasta allá se requiere de una buena bestia y de un poncho para las lluvias que, desde la subida a “*Calla Calla*”, no abandona a los viajeros hasta que llegan a su destino allá en la lejana selva.

— Si es para eso, muy buena elección primo Demetrio. Estos ponchos son prácticamente eternos. Los puedes dejar de herencia a tus hijos y hasta a tus nietos.

Sin embargo, esa conversación no se quedaría sólo en eso. Después de ese encuentro prácticamente de transacción comercial, ellos se siguieron viendo, primero como amigos-parientes y, luego como algo más, porque en sus conversaciones posteriores, además de reconocerse como familiares algo cercanos —al parecer, en ese pueblo de Huacapampa todos lo son— ellos pronto se dieron cuenta que se entendían muy bien, que tenían afinidad de gustos e intereses, que sus proyectos de vida tenían las mismas metas y que, en síntesis, se gustaban y que habían nacido, de repente por designio divino o simplemente por el destino

para ser pareja, porque cada uno de ellos era la media naranja del otro, sin lugar a dudas.

Así estando las cosas entre ellos, Demetrio González no hizo el viaje a la selva que dijo que haría. El poncho que compró para ese propósito simplemente se guardó en un rincón de la casa de su mamá “*Shalo*”, donde vivía (allá por las tierras de Celendín a las Salomé y a los Salustianos les dicen Shalos). Por ese detalle, el de vivir en el mismo pueblo, con cualquier pretexto Demetrio resultaba llegando a la tienda de doña “*Asho*”, sólo para ver a su hija Isolina y conversar un rato con ella.

Hasta que la fruta se cayó de puro madura y resultaron acordando que debían casarse. La pedida de mano si bien fue algo protocolar, como suelen ser estos rituales, llegó a feliz término porque era algo que ya estaba cantado a gritos. El matrimonio posterior se llevó a cabo en la parroquia de Celendín, no en el Huauco que era lo usual, porque para esa fecha el párroco de ese lugar viajó a la madre patria para recibir una capacitación en teología superior en la Universidad de Salamanca y porque de allí, después de eso viajaría hasta Roma, donde tendría una entrevista con el mismísimo Santo Padre.

Al año de estar casados, Isolina dio a luz allí en Huacapampa y con la ayuda sólo de una partera, a su primer hijo. Demetrio, su marido, con ese motivo, se puso a celebrar con sus parientes y amigos con tal entusiasmo que la celebración duró tres días, al cabo de los cuales resultó

llegando a su casa todavía mareadito para comunicarle a su mujer que ya había asentado la partida de su hijo varón en el área de registro civil de la Municipalidad Distrital de Huacamapa. Lejos estuvo Isolina de suponer que, en esos tres días de echarle a la copa, Demetrio iría a adquirir la mala costumbre de tomar más de un día, ni mucho menos que, después le resultara con eso de la “*perseguidora*” que le acompañaría casi por todo el resto de su vida.

— Y qué nombre le has puesto a nuestro hijito —le preguntó Isolina a su marido, algo contrariada porque esa decisión la tomó solamente él—.

— El niño se llamará Reynerio González Escalante —le contestó con algo de solemnidad en sus palabras—.

— ¿Y de dónde ya pues has sacado ese nombre?

— Me parece que “*Reynerio*” significa en portugués o en italiano, no estoy seguro, “*Rey Negro*”. Se me ocurrió. Sólo se me ocurrió. No le he puesto el nombre de alguien de la familia porque si le pones el de uno el otro se resiente. Así que se llamará Reynerio. Así no se llama nadie de la familia que yo conozca, por lo tanto, nadie se resentirá...

Isolina calló, como lo haría casi siempre por el resto de su vida. Pero, ese día aprendió que callando ganaba más que reclamando algo, protestando o renegando. Le habría gustado que su marido le consultara el nombre que pondrían entre ambos a este hijo, pero qué se iba a hacer, su marido no lo había hecho y lo había decidido sólo. De

allí en adelante esa tarea quedaría reservada sólo para él. Ella, en esas cosas ya no se metería jamás. Pero no estaba resentida por eso. Seguía amando a su marido igual o más que antes.

Reynerio fue un niño hermoso, de pelusas ligeramente claras en su cabeza “*bolona*” y de una sonrisa a flor de labios, cada vez que alguien le hacía algún cariño. Tan pronto estuvo en edad de comer papilla su padre vino trayendo de la botica de Celendín un tónico a base, especialmente, de vitaminas del complejo B, las vitaminas A y D, las antioxidantes como las vitaminas C y E, amén de los minerales y los oligoelementos recomendados en casos de avitaminosis o desnutrición crónica. El remedio aquel se llamaba “*Dayamineral*” y Demetrio arguyó que con eso el niño crecería sano, fuerte y libre de enfermedades.

Pronto comprobaron que a ese niño no había cuando le dé por lo menos la tos, mucho menos otras enfermedades que eran comunes en niños de su edad, como resfriados, sarampión o rubeola. Siempre estaba rebosante de salud y de dinamismo; pero, lo que le caracterizaba en particular era aquella sonrisita con la que parecía agradecer los mimos o cualquier otra muestra de cariño hacia él, convenga o no.

Su peso, no era por decirse de algún modo que fuera “*normal*”, porque más bien el niño era ligeramente “*huañulingo*”, o sea un poco muermo o bajo de peso para la edad cronológica que ya tenía, aun cuando existen

muchos niños con esa característica. Con respecto a su talla o su estatura, podría decirse que no era algo que pudiera llamar la atención, dada su normalidad, así como su apetito para comer o tomar leche. Pasó un año y tan pronto cumplió dos llegó su hermano Luis Estauromiro a este mundo.

Apenas el recién llegado cumplió su añito, comenzó a balbucir y pronunciar algunas palabritas; pero Reynerio, seguía sin decir palabra alguna. Fue entonces que le revisaron debajo de la lengua para ver si tenía frenillo. No tenía tal cosa. Era normal en eso. Pero... no hablaba nada, tampoco era de los bebés que lloran. Este no lloraba casi nunca y casi siempre sonreía ante cualquier estímulo externo, por lo que se dieron cuenta que sí oía bien y que no era sordo. Sin embargo, algo tenía que lo hacía diferente a otros bebés de su misma edad.

Fue entonces que decidieron hacer viaje a Cajamarca, para que lo viera un médico allí. En el Hospital Belén tenía que haber uno que les diga que es lo que tenía este niño y por qué no hablaba. El viaje a Cajamarca en ese entonces tenía que hacerse a lomo de bestia. Demetrio e Isolina alquilaron dos buenos caballos y en ellos iniciaron el viaje desde Huacapampa a Cajamarca, la capital del departamento, a las tres de la madrugada en punto.

Con suerte, a eso de las siete de la noche estarían buscando posada en la ciudad de destino, porque tendrían que hacer el viaje al paso, por los dos niños que llevarían con ellos. A Lucho lo llevó su madre cargado a la espalda como un

quipe y, a Reynerio lo llevó su padre sentado sobre sus piernas, para lo cual, tuvo que juntarlas hacia adelante y dejar de usar los estribos. Total, en esas circunstancias, solo podían viajar al trote.

Al llegar a Cajamarca enrumbaron sus pasos al jirón El Inca donde vivían los esposos Elías Horna Sánchez y Carolina Aliaga Sánchez. Con esta última, Isolina tenía —además del parentesco natural que suele darse en todos los nacidos en Huacapampa—, una gran amistad, porque desde la escuela primaria los “*nombristas*” del lugar les pusieron por sobrenombre “*las niervositas*”, porque así dijeron que estaban la vez que tuvieron que hacer la primera comunión en la iglesia del Huaucó.

— Hay primita —le dijo en voz muy baja Carolina a Isolina— ¡Qué *niervosa* que estoy por tener que recibir la hostia, que dizque es Diosito mismo!

— Yo también estoy igual de *niervosa*, Caruchita —le contestó, también muy bajito, Isolina—.

Al parecer no sería tan bajito como se hablaron, porque desde allí, algún muchacho palomillo que las escuchó, les puso por nombre “*las niervositas*” a las dos primas, las mismas que, a pesar de eso siempre fueron muy amigas.

Cuando Isolina llegó a la casa de su prima Carolina, hacía poco que había sido “*robada*” por Elías Horna quien, una vez que pasaron todos los laberintos familiares en El Torno, de donde era ella, se vino a vivir a Cajamarca donde

compró casa en el jirón El Inca y terreno a orillas del río Racras. Allí los cuatro huéspedes huacamapinos fueron recibidos y atendidos como reyes.

Por ese tiempo cuando el pretendiente de una dama, sabía de antemano que no iba a ser aceptada su proposición de matrimonio, en complicidad o no con ella, prácticamente secuestraba a su novia o enamorada y la luna de miel la pasaban escondidos en algún altillo de la casa de un amigo o familiar que, a escondidas les llevaba sus alimentos. Los padres de la novia robada, ante tal situación, tenían que acceder al casorio sin alternativa. Era sí o sí.

Al día siguiente por la tarde de la llegada de los huéspedes de Huacapampa, porque los médicos trabajaban por las mañanas en el Hospital Belén, consultaron el caso de su hijo Reynerio hasta en dos galenos. No se dio la situación que al niño le hallaran ninguna enfermedad o defecto físico o mental. Los dos les dijeron que el niño aquel era completamente normal, sólo un poco bajo de peso y nada más. Que no tenía nada grave y que algunos niños llegan a hablar más tarde que otros, por lo que posiblemente este niño en particular, en cualquier momento iba a resultar hablando.

— ¿Y el “*Dayamineral*” que le hemos dado cuando no más era un bebito, no cree usted que le haya producido algún efecto no deseado? Porque resulta que este bebé nunca se ha enfermado hasta ahora, de nada grave ni de nada leve, no habla una sola palabra; pero, siempre sonrío

—preguntó y argumentó Demetrio, realmente preocupado por su hijo, a uno de los médicos—.

— Es imposible que las vitaminas aquellas le hayan producido un efecto negativo o adverso. El cuerpo humano cuando se satura de vitaminas o minerales y ya no las necesita, simplemente las excreta. En esos casos no se asimilan. Sin embargo, la leche materna es el mejor alimento para un bebé. No hay por qué agregarle suplementos ni complementos alimenticios a la leche de la madre. Es posible, sin embargo, que este niño padezca de un leve retardo mental. Su sonrisa casi automatizada frente a cualquier estímulo, así me lo hace pensar. Sin embargo, ustedes deben saber que de eso ninguna familia está libre, aun cuando la probabilidad estadística sea mucho más pequeña cuando la pareja es joven y sana como es el caso de ustedes.

— ¿Nos quiere decir doctor que nuestro hijito es un retardado mental y que así se va a quedar? —volvió a inquirirle al galeno, casi angustiado Demetrio y sin poder creer lo que estaba escuchando—.

— Esta parte de mi diagnóstico no es definitivo ni mucho menos contundente. Tendrían ustedes que viajar a la ciudad de Lima para que allí un especialista les haga un diagnóstico más confiable. El hecho de que el niño no balbucea ni habla y en cambio reacciona con una sonrisa siempre igual, es lo que me hace pensar eso. Pero yo no estoy lo suficientemente capacitado para decirles algo que

sea definitivo en su caso, amigos —le aclaró el médico para tratar de tranquilizar a los afligidos padres—.

Dejaron el consultorio de este médico completamente acongojados y con el espíritu totalmente alicaído. Sabían perfectamente que no podrían viajar a Lima porque su condición económica no les permitiría hacerlo. ¡Pero cuánto habrían querido hacer ese viaje! No era posible que este niño rebosante de salud no pudiera tener un desarrollo mental normal o común, es decir, sólo igual al de los otros niños, nada más. Jamás desearon que su querido primer hijo nazca en eso de su desarrollo mental por encima de los demás, por Dios. Pero la realidad, a veces, es más dolorosa que aquello que uno podría imaginar sólo en sueños.

No hubo consuelo posible para Isolina, que lloraba y lloraba casi en silencio frente a la noticia que acababan de recibir. Su amiga “*Caruchita*” —así le llamaba ella a su prima Carolina—, no la pudo consolar ni siquiera diciéndole que tener esa clase de hijos era una bendición de Dios, porque eran angelitos del cielo que nunca se hacen malos, pasara lo que pasara.

Carolina les dijo, igualmente, que así es la vida. Que Dios quiere probar nuestra fe y nuestra paciencia de esa manera, como lo hizo con su siervo Job. Que, para compensarla le iba a bendecir con más hijos. Que ya lo había hecho con Luchito, el bebito de teta que ahora tenía. Que, en cambio, ella estaba condenada a no tener nunca hijos, porque su esposo Elías era estéril. En fin, trató de consolarla de todas

las formas que le fueron posibles, pero nada surtió el efecto que ella deseaba. Su querida prima Isolina no podía alcanzar ni siquiera una pizca de consuelo y resignación y seguía llorando desconsoladamente.

Esa noche Isolina no probó bocado alguno, todo le parecía vano y sin sentido, a pesar de que era consciente de que su prima Carolina se estaba esmerando muchísimo para atenderla lo mejor que le pudo ser posible. No quiso probar la sopa de harina de alverja con cuy y papas sancochadas con ají de huevos que su prima preparó ex profesamente para esa noche, ni el postre de higos morados que hizo con los que recogió ella misma de su huerta, para agasajar bien a su prima “*niervosita*”.

En resumen, su prima Isolina no quiso comer absolutamente nada. Sólo quería seguir llorando, por lo que su esposo Demetrio, después de dar cuenta lo que a él le sirvieron, decidió retirarse al dormitorio que les hubieron designado. Allí, a solas, Isolina lloró a gritos primero y luego con sollozos. Así se quedó dormida sin saberse a qué hora lo hizo. A las cuatro de la madrugada, estuvieron regresando a Huacapampa.

Reynerio aprendió a hablar a “*media lengua*” cerca ya de los ocho años. De allí en adelante y por el resto de su vida, él siguió siendo un niño. Un niño grande, incluso cuando le llegó la pubertad, la adolescencia, la juventud y la adultez, pero un niño bueno, cariñoso, inocente, puro... es decir: un ángel. Siendo ya un joven, se le dio por enamorarse

perdidamente de todas las novias que llegó a tener su hermano Elías que, para variar, resultó algo mujerieguito...

— Fita, tú eres mi novia, no es cierto. De Elías, no, de mí sí. Solamente de mí. —Le decía a Estefita Rodríguez, todas las veces que ella, con algún pretexto, llegaba a la Posta Médica donde Elías trabajaba como sanitario—.

— ¡Claro que sí! Reynerito. Claro que sí. Yo soy tu novia Reynerito —le contestaba ella, feliz de complacer y hacer feliz a su amigo Reynerio, hermano de su enamorado Elías—.

CAPÍTULO XII

Los profesores de la escuela de *La Ochora*, eran de otros lugares.

Antes de las ocho de la mañana de un día lunes primero de abril que, a pesar de corresponder a tiempo de lluvias amaneció luminoso y fresco, justo cuando comenzaron a bajar desde el Morro hasta *La Ochora* —como suele ocurrir cotidianamente allí—, grandes vaharadas de aromas a flores de almendra, confundidas con las mágicas fragancias de cientos de especies de orquídeas, que crecen pegadas como hiedras en las ramas de los enormes árboles que se hallan desparramados en las faldas de aquel gigante ígneo, hizo su aparición por la plaza de armas del pueblo Hildebrando Izaguirre Ríos, montado sobre un soberbio caballo negro con una estrella blanca en la frente y, ataviado con montura y riendas de cuero de sobria hechura.

Como era ya una cosa natural en el pueblo de *La Ochora* que, antes de las nueve de la mañana, más aún, tratándose del primer día de clases de abril, lleguen montados en sus cabalgaduras los profesores de la escuela, el hombre que llegó a caballo esa mañana, no produjo en la gente del pueblo ninguna expectativa inusual ni nada que pudiera calificarse de especial.

Esa clase de arribos al pueblo podría decirse que era normal. Así acostumbraban llegar los profesores y las profesoras a trabajar cada mañana del lunes, y así ocurría a partir de las once de la mañana de los días sábados, en que tenían que regresar a sus lugares de origen. Los profesores de la escuela no eran de *La Ochora*, venían de otros pueblos más grandes como Moyobamba o Rioja.

A esa hora de la mañana por tratarse de un día laborable, el pueblo tenía el aspecto de encontrarse completamente desierto y despoblado porque, los adultos varones, hacía rato que ya se habían ido a sus chacras, en tanto los niños se hallaban todavía tomando desayuno en sus cocinas para ir a la escuela.

En razón de esa situación, Hildebrando Izaguirre Ríos no tuvo más opción que dirigirse hacia el local de la escuela, que quedaba en una de las esquinas de la plaza de armas, para preguntar en la casa más cercana lo que quería saber. Así, llegó hasta la puerta de la vivienda de Eusebio Silva, más conocido solamente como “*Ushico*”, en donde se apeó de su caballo y comenzó a llamar a quien viviera allí:

— ¡Señoooooraaa!, ¡Señoooooraaa!... por favor, si alguien vive en esta casa, le suplico que venga a atenderme. Necesito cierta información urgente.

— Diga usted señor, en qué le podemos servir —le contestó la esposa de don “*Ushico*”, como aparecer por la única puerta que su casa tenía hacia la calle—.

— Disculpe señora, me llamo Hildebrando Izaguirre Ríos y soy el nuevo director de la escuela de varones de este pueblo. Soy de Moyobamba y hoy día he salido de allí a las cuatro de la madrugada. Debo comenzar a trabajar desde ahora, a partir de las nueve de la mañana, acá en *La Ochora*, de acuerdo con mi resolución de nombramiento. Pero, si no le es mucha molestia, quisiera que usted me informe dónde puedo encontrar un lugar en el que puedan darme pensión, así como en donde puedo conseguir un cuarto para vivir.

— La pensión la puede conseguir en la siguiente esquina de la calle de este lado, que es la calle Leoncio Prado, que no es otra que ésta que está a su costado y que pasa también por el frente de la escuela. Allí, con la señora Isolina Escalante, es con quien tiene que arreglar lo de su pensión. Y el cuarto que usted dice que también necesita, lo puede conseguir en la casa de don Nicanor Reátegui que, como usted, es profesor de la escuela donde usted me dice que será el director. Don Nicanor Reátegui es el director encargado de la escuela de varones y, a él lo encuentra pasando en diagonal la plaza de armas, por este otro lado.

— Muchas gracias señora por el dato y hasta luegoito —se sacó el sombrero de paño gris con el que hizo un ademán de despedida, luego se subió a su caballo negro y se marchó al paso, al lugar por donde le dijeron que vivía doña Isolina Escalante—.

Ese nombre le pareció familiar. Cuando vivía en Saposoa, él conoció a una señora con este mismo nombre y apellido. La señora aquella era esposa de don Demetrio González y también daba pensión. ¿Sería la misma? No podía ser tanta casualidad. Sin embargo, estaba a unos segundos de verificarlo porque ya estaba llegando a la casa de teja de dos pisos, en donde le dijeron que ella vivía. Se apeó nuevamente de su caballo, aseguró a éste atando la brida a una estaca que había en esa casa con ese fin, y tocó la puerta que la encontró abierta de par en par.

De inmediato salió a atender una jovencita de pelo ligeramente castaño y ojos negrísimos. A ella sí la reconoció de inmediato. Era María Ida, aquella niña con la que su señor padre, allá en Saposoa, sostenía largas conversaciones y, a la que obsequiaba con dulces de sabor y color a fresa, que tanto fascinaban a la niña. Pero ella, al parecer no se percató quien podría ser él. Habían pasado ya muchos años desde que se conocieran en Saposoa. Ella, ahora, se había convertido en una púber que seguía siendo inocentemente hermosa, él por su parte, era en un hombre maduro, hecho y derecho. Sin embargo, la escucho decir:

— Buenos días señor. En qué le podemos servir.

— Buenos días niña. Me han dicho que aquí la señora Isolina puede darme pensión. Soy el nuevo director de la escuela de varones y vengo de Moyobamba para trabajar acá. Pero... ¿me podrías decir cuál es tu nombre?

— Yo me llamo María Ida González Escalante —lo dijo con tanta naturalidad y sencillez, que su respuesta lo dejó literalmente pasmado—.

— Ya me imaginaba eso. Yo recuerdo haberte conocido en Saposoa, donde vivías con tu madre y tu padre, antes de venir a vivir aquí en *La Ochora*. Pero, tú hermosa niña, ¿no te acuerdas de mí?

— Ahora que me lo dice, claro que ya me acuerdo de usted señor. Usted allí en Saposoa era ya un joven y me obsequiaba dulces igual que su papacito. De Saposoa yo nunca creo que me olvidaré, porque todos allá han sido muy buenos conmigo. Su papá, especialmente, que era un señor que tenía tienda donde mis papás tenían crédito.

— Qué bueno María Ida. Entonces, ya nos conocemos de antes y, ahora, acabamos de reconocernos. Pero, en este momento, por favor llévame con tu madre para arreglar lo de mi pensión.

Lo de cerrar trato para la pensión con doña Isolina no fue ningún problema porque ella sí lo reconoció como hijo de don Hildebrando Izaguirre Montúbar o "*Hidebrando Viejo*" —el propietario de la tienda más grande Saposoa y ex director de la escuela de varones de ese lugar—, tan

pronto lo vio aparecer por la puerta de su cocina. En razón de ello, ella le dijo los términos, él aceptó encantado y todo quedó solucionado en un santiamén.

— Y no se preocupe por su pensión joven Hildebrando. Acá en esta casa lo vamos a atender como Dios manda.

— Gracias señora Isolina, la verdad que ha sido una sorpresa muy agradable para mí el encontrarla acá en *La Ochora*. Pero quisiera además que me confirme lo que me han dicho. Según una señora que vive en la esquina de la escuela, el profesor don Nicanor Reátegui me podría alquilar un cuarto donde vivir. ¿Es eso cierto?

— Claro que sí. Don Nicanor tiene cuartos para alquilar a los forasteros que llegan por aquí, pero especialmente para brindar alojamiento permanente a los maestros. Los cuartos que alquila incluso son con puerta a la calle. Además, tiene una huerta grande, atrás de su casa, donde podría pastar su caballo, porque si lo suelta en la pampa, seguro que se regresa a Moyobamba y lo deja acá a usted sin cabalgadura.

— Bueno doña Isolina, me voy para allá entonces, porque ya estoy casi en la hora de irme a presentarme a la escuela.

— Tiene usted razón en eso de la hora, ya van a ser las nueve de la mañana, hora en que comienzan las clases en la escuela. Pero si no ha tomado desayuno todavía, yo se lo

voy a enviar con una de mis hijas para que le entreguen, de pasadita a la escuela de mujeres, donde ellas estudian.

Desde entonces Hildebrando Izaguirre Ríos en esa casa, fue como un miembro más de la familia de doña Isolina Escalante. Habiéndolo conocido ésta en Saposoa, junto con su esposo Demetrio y sus tres primeros hijos —aunque de eso hiciera ya bastante tiempo—, como hijo mayor de don Hildebrando Izaguirre Montúbar o “*Hildebrando Viejo*” —como le decían allá— y sabiendo que, ahora sería el director de la escuela y comensal de su pensión, doña Isolina consideró que, ya no era necesario nada más para recomenzar esa vieja amistad.

Pero, sobre todo, al recordar con más calma que, —cómo olvidarlo, Dios mío— cuando llegaron a Saposoa después del naufragio que tuvieron en el río Sapo, el padre de este Hildebrando les brindó crédito ilimitado en su tienda de abarrotes, esta relación con su hijo no podía ser de otra manera que, totalmente auspiciosa y familiar.

Estando así las cosas hasta ese momento, Hildebrando Izaguirre Ríos tan pronto estuvo en la escuela que iba a dirigir de allí en adelante, realizadas las presentaciones y los discursos de rigor acostumbrados para ocasiones de esta naturaleza, tan pronto encargó una tarea a sus alumnos, se puso a cavilar que es lo que pasaría con el esposo de la señora Isolina, don Demetrio González, porque a él lo no vio en aquella casa y tampoco se atrevió a preguntar por este amigable hombre a su esposa.

Quizás eso fue lo que debió preguntar tan pronto se reconocieron, pero no lo hizo por una especie de respeto al silencio de ella que, tampoco, le dijo nada a ese respecto.

Pero, averiguaría aquello tan pronto tuviera una oportunidad. El esposo de doña Isolina, según él recordaba, era un hombre muy inteligente, casi “*un siete oficios*”, como diría un día su padre para referirse a él. Además, particularmente en su caso, ¿cómo no iba a acordarse él de aquel señor, si fue él quien le compuso el machetón 128 que, por dársela de “*arrojador de puñales*”, allá en su lejana Saposoa, malogró el mango?

Hasta que, en un momento que juzgó propicio y oportuno, Hildebrando Izaguirre le pregunto a doña Isolina por su esposo:

— ¿Y qué es de don Demetrio señora Isolina? Hace ya varios días que estoy por acá y hasta le fecha no lo he visto...

— Ahhh profesor Izaguirre, mi pobre Demetrio murió con neumonía fulminante, en el Hospital Evangélico de Moyobamba a donde lo llevé de emergencia cuando se puso mal, nada ya pudieron hacer por él.

— Fíjese que yo no he llegado a enterarme de esa mala noticia. Seguramente fue cuando yo vivía todavía en Saposoa. Porque hace más o menos cinco años que decidimos venir a vivir a Moyobamba porque, ya jubilado mi padre en su cargo de director de la escuela de Saposoa,

tomó esa decisión, debido a que el negocio que teníamos allá en Saposoa ya no marchaba bien. Cuánto lo siento señora Isolina...

— Yo lo he sentido mucho más, profesor Izaguirre. No es broma quedarse viuda a los treinta y nueve años de edad con ocho hijos, todos para terminar de criar todavía. Encima de eso, como mi esposo Demetrio fue un hombre de gran corazón y muy magnánimo de conciencia, cuando vivía aun, me trajo a un niño huérfano al que le dio su apellido para que lo criáramos en la casa. Hasta ahora el niño está conmigo y, yo, lo he criado como si fuera mío.

— No cabe duda que su esposo fue un gran hombre señora Isolina y, Dios va a saberle recompensar a usted para darle la fuerza suficiente, para que siga luchando a brazo partido para sacar adelante a toda su familia, incluyendo a aquel niño.

— Con suerte, me he quedado con un magnífico terreno a orillas del río Indoche, con agua de riego propia, proveniente de una quebrada que lleva por nombre “*Meto*” y con un trapiche para hacer chancaca. Con eso nos mantenemos. Además, como podrá usted comprobar por sí mismo, al igual que en Saposoa, yo me ayudo un poco acá en *La Ochora*, brindando servicio de pensión. Mi hijo Luis es el que ahora está a cargo de las chacras de “*Meto*” y del trapiche. Los otros todavía no son cuenta, mucho menos mi hijo Reynerio que se ha quedado algo retrasado en su desarrollo mental. Hasta ahora es un niño.

— Bueno señora Isolina, yo la admiro por ese temple de heroína que usted posee y, sinceramente, la felicito por todo lo que está haciendo para salir adelante con toda esta numerosa familia que ahora tiene. Cuando la conocí en Saposoa, tenía usted sólo tres hijos...

— Sin embargo, allí es donde nació mi cuarto hijo: Elías.

— ¿Quiere decir que con cuatro hijos se vino desde Saposoa a esta bonita tierra que es *La Ochora*?

— Así fue profesor Izaguirre. Por suerte, ese viaje lo hicimos por tierra de principio a fin. La vez que llegamos a Saposoa en cambio, que lo hicimos la última parte en canoa y de bajada por el río Sapo, viramos antes de llegar a nuestro destino y fue allí que perdimos la mayor parte de nuestras cositas, pero con suerte, gracias a la pericia del “*boga*” no sufrimos percances personales que lamentar. En razón de eso, yo viviré eternamente agradecida de la gente de Saposoa, especialmente de su señor padre y, por supuesto, de mis paisanos “*shilicos*” que nos ayudaron a levantarnos de la nada. Allí en Saposoa, además de auxiliarnos con comida, frazadas y ropa, nos supieron dar lo que es más importante para cualquier ser humano: acogida, cariño, cordialidad y hospitalidad.

— Bueno señora Isolina, esas cosas suelen suceder. El río Sapo, así y todo, que es de menor cauce que el río Huallaga, hasta donde yo conozco, tiene un montón de

malos pasos y “*muyunas*” que no son sólo peligrosos sino también traicioneros. Pero, bueno, lo que vale es que supieron salir adelante de esa desgracia. Sin embargo, lo que creo que ha de haber sido realmente lamentable para usted y su familia, es la pérdida irreparable de su esposo, siendo usted tan joven todavía y teniendo a esas alturas ya una familia numerosa.

— Como usted dice, esas cosas suceden, porque los designios de Dios son a veces intrincados, complicados e incomprensidos por nosotros. Pero, con suerte y con trabajo, ya estoy saliendo adelante profesor Izaguirre.

— Eso era de esperarse de una mujer como usted. Hasta luego señora Isolina. Otro día ya volveré por aquí para seguir conversando...

La amistad de doña Isolina entre el profesor Izaguirre y viceversa, como ya se dijo, no era una cosa de este momento, solamente. Venía desde que ella vivió en Saposoa.

Por eso, cuando aquel le consultó donde podría conseguir plátanos, yucas y algún otro comestible, como frijol, maíz o maní, entre otras cosas que se produjera en el pueblo y que él pudiera llevar en su caballo a Moyobamba el día sábado, después de concluidas las labores escolares, aquella no dudó en encomendar esa tarea a sus hijos María Ida y Elías, colaborando con ellos Reynerio, para que, especificando que iban de su parte, les soliciten a los

vecinos que le vendan al nuevo director de la escuela de varones, los víveres que tuvieran de la lista que ella encargó a su hija María Ida y los que él requiriera.

En mérito a ello y gracias a la diligente tarea de los hijos de doña Isolina, todos los sábados sin excepción, a eso de las once y media de la mañana a más tardar, el director de la escuela de varones partía hacia Moyobamba con su caballo bien cargado con los víveres que él dejaría allí para la mantención de su familia, durante la semana siguiente que estaría trabajando en *La Ochora...*

Así ocurría todos los fines de semana. Don Hildebrando Izaguirre Ríos, algunas veces, tenía que ir a pie hasta Moyobamba, porque su caballo iba cargado de plátanos, yucas, maíz, frijoles, arroz o cualquier otro producto alimenticio que veía él que iba a necesitar para el mantenimiento de su familia. A veces llevaba una par de gallinas, un buen pato macho y hasta pescado de río salado y oreado.

CAPÍTULO XIII

Doña Isolina decide que su hija María Ida estudie secundaria

Podría decirse que Isolina Escalante Rojas, viuda a los treinta y nueve años y con nueve retoños, “*todos para terminar de criar todavía*”; si bien resintió la dolorosa y prematura pérdida del padre de sus hijos, salió adelante gracias a una fortaleza única que ésta sacó a relucir, tan pronto se recuperó del terrible batacazo que esa clase de cataclismos familiares suelen producir.

Con el padre vivo y junto a ellos, las cosas marcharon con aquella cotidiana regularidad que suele presentarse la vida normal en todos los hogares; pero, la muerte imprevista de la cabeza de la familia, no es algo que se asimile como cosa natural ni mucho menos cotidiana, en cualquier hogar. Simplemente, es una contingencia inesperada o más bien

algo catastrófico para lo cual, nadie se prepara, y ante tal hecho, las reacciones de los que resultan afectados, no siempre son satisfactorias.

Cuando el padre estuvo vivo, doña Isolina administraba y atendía su propia pensión. Por ese lado, esa familia tenía siempre un ingreso seguro. Por su parte don Demetrio, estuvo trabajando la chacra y un trapiche en el que cada fin de semana se producía chancaca, con la responsabilidad que este tipo de actividades impone a sus propietarios para ser rentable, hasta que le ofrecieron trabajo como empleado de la Caja de Depósitos y Consignaciones en Moyobamba.

Pero, este trabajo, justamente, aceptó a instancias de su esposa, que le aseguró que la chacra seguiría produciendo igual sin su presencia y que la chancaca la harían los sábados y domingos, cuando él regresara de Moyobamba al término de cada semana de trabajo. “Total, —le dijo ella, con ese modo de hablar tan seguro que solía poseer— un trabajo con un sueldo mensual pagadero quincenalmente, es mucho más seguro y mil veces más productivo que los trabajos de la chacra y el del trapiche, juntos, se lo mire por donde se lo mire”, mi querido esposo: don Demetrio González Díaz.

Justo casi al término de tres años de haber adquirido los terrenos de Indoche y el trapiche en compra, y cuando ya doña Isolina pensaba que sus hijos Luis y María Ida deberían ir a estudiar la secundaria en Moyobamba, bajo la tutela de su padre que, por razones de su nuevo trabajo,

vivía durante toda la semana en ese lugar, otro tipo de designios llevó a Demetrio González lejos de esa su familia tan querida y tan cuidada por él.

Lo triste del caso es que ese extraño designio se lo llevó a un lugar desde donde nada podría hacer materialmente por sus seres queridos. Así que, ellos tuvieron que vérselas con la dureza de la vida sólo con su escasa experiencia; pero, gracias a Dios, liderados por la madre que, en ese terreno, resultó poseer un temple único en su clase y más fuerte que el acero, que nunca le hubieron conocido.

Sin embargo, una de las decisiones de las que Isolina Escalante se tuvo que arrepentir por el resto de su vida, y que la tomara apremiada por las circunstancias derivadas de la muerte de su marido, fue el haber determinado primero y consentido después, que su hija María Ida, apenas con trece años cumplidos de edad, aceptara tener que ir a trabajar de “*auxiliar*”, no se supo bien de qué exactamente, en el Hospital Evangélico de Moyobamba. El doctor Arthur Lindsay, jefe de la Misión Británica Evangélica de ese lugar, presumiblemente, con la mejor de las intenciones del mundo, le propuso a Isolina Escalante lo siguiente:

— Hermana Isolina, el sostenimiento de su hogar de hoy en adelante, va a ser una tarea completamente difícil de sobrellevar para usted. Fíjese que tiene nueve niños a su cargo. Yo creo que la Misión le puede ayudar, dándole un trabajo sencillo a uno de sus hijos. El más adecuado para el

trabajo que estamos ofreciéndole sería su segundo hijo Luis, puesto que el mayor no lo podría asumir, justamente, porque no ha madurado y, hasta la fecha, es un niño.

— Mi hijo Luis no puede ser, lamentablemente, porque él es quien tiene que trabajar la chacra de donde obtenemos nuestros víveres y, además, él tiene que producir la chancaca los fines de semana en el trapiche. No doctorcito, él no puede hacer eso —le contestó de inmediato doña Isolina, queriendo imprimir en cada una de sus palabras, no el rechazo abierto a una propuesta de buena fe y mejor voluntad, sino una explicación para justificar una negativa—.

— Sin embargo, alguien de la familia tiene que trabajar para garantizar cierto ingreso de dinero o feble a la familia, y ayudar con el sostenimiento de todos los demás, hermana Isolina.

— Si usted quiere ayudarme doctor, yo le suplicaría le dé ese trabajito a mi hija María Ida.

— Pero ella es todavía una niña...

— Claro que ella es todavía una niña, doctor Lindsay, pero en las circunstancias en que ahora me encuentro, no me da otra alternativa.

— Que conste hermana que es usted la que está tomando esta decisión bastante dura para su hija de trece años; pero, como la Misión sinceramente quiere ayudarla a

superar este doloroso trance de su vida, que es de naturaleza pasajera y hasta coyuntural, veré que puedo hacer al respecto.

Ese año, María Ida en lugar de ir a estudiar el primer año de secundaria junto a su padre en Moyobamba, como lo pensó su madre antes de que aquel falleciera, fue a parar a Moyobamba, claro que sí, pero lo tuvo que hacer para asumir un trabajo de empleada de servicio en el Hospital Evangélico y no para estudiar en el Colegio como hubiera sido su deseo. Al conocerse esta noticia en el pueblo de *La Ochora*, pero antes de que se haga efectivo, Hildebrando Izaguirre Ríos tan pronto se enteró de este detalle, buscó un momento propicio y le habló a su amiga doña Isolina de este modo:

— Mire señora Isolina, yo vivo en Moyobamba junto a la casa del doctor Lindsay, donde por añadidura viven también todos los que integran la Misión Británica Evangélica. Algunos de los que han venido son de Escocia y otros de Inglaterra. Desde los altos de mi casa, sin ser chismoso ni estar averiguando nada de manera específica, he visto y he oído algunas cosas que no me gustan mucho —hizo una pausa, como de quien piensa que se mete en cosas que no le incumben, pero siguió adelante—:

— Allí en aquella Misión vive junto con los escoceses, una enfermera inglesa a la que tratan como Miss Sara. Al parecer, esa enfermera es de muy malas pulgas, que es decir lo menos, porque es intolerante y por demás

autoritaria. Trata muy mal a las pobres personas que trabajan allí como empleados domésticos de la Misión y a la gente que, por cualquier circunstancia derivada de su necesidad, van a parar al Hospital Evangélico, en el que el doctor Lindsay es lo opuesto a ella.

— El caso profesor Izaguirre es que mi hija María Ida, trabajará en el Hospital Evangélico y no en la casa del doctor Lindsay.

— Pero su jefa directa será Miss Sara, señora Isolina.

— Yo creo que la enfermera inglesa no será un inconveniente en el trabajo ni una piedra en el zapato para mi hija María Ida, porque ella va recomendada por el mismo doctor Lindsay, que tiene más autoridad que la tal miss Sara por ser el jefe de la Misión; pero, más que todo, porque su trabajo será su mejor recomendación, ella es muy responsable, honesta y trabajadora como usted mismo podría certificar si alguien llegara a pedírselo.

— Yo espero que sea como usted piensa que debe ser señora Isolina, pero tengo mis propias dudas. No por el desempeño de su hija en el trabajo, sino por la tal miss Sara, como usted se ha referido a ella...

Por ese tiempo los hospitales funcionaban a la buena de Dios. El Hospital Evangélico que estaba ubicado en la misma ciudad de Moyobamba, es posible que estuviera mejor implementado que el del Ministerio de Salud que quedaba en Shango, por recibir abastecimiento de

materiales e instrumental médico desde Escocia. Pero, como toda la ciudad carecía de agua potable, mucho menos iba a tener servicio de desagüe y alcantarillado por ninguno de sus lados. El agua que se tomaba en cualquier parte de Moyobamba, era acarreada cargándola en barriles sobre la espalda, sobre un pollino “*aguatero*”, también en barriles, o en cántaros acondicionados en “*humallinas*” sobre la cabeza de las mujeres, desde las partes bajas de las afueras de la ciudad, donde había pozos para ese fin. El agua para tomar también se recogía de las partes profundas de los barrancos —que por todo lado existen en esta ciudad—, desde donde hubiera ojos de agua o puquiales; pero, el agua servida iba a parar sin más remedio también a los barrancos o, en contados casos, a los pozos sépticos que algunas casas poseían.

Las casas y los locales de las instituciones públicas, como las escuelas, los colegios o los mercados, poseían letrinas. Algunos locales públicos, como el Hospital Evangélico, tenían servicios higiénicos modernos cuyas aguas servidas y residuos sólidos iban a parar a pozos ciegos internos.

En otros casos, cuando esto era factible, se conectaban los desagües de los locales de las instituciones públicas con tuberías de fierro fundido, a alguno de los barrancos cercanos. Nunca, hasta donde se conoce, estas aguas eran tratadas o depositadas en algo que se parezca a una laguna de oxidación o algo que las depure un poco y que haga que, al verterlas en los barrancos no sean focos infecciosos de

enfermedades como el cólera, las salmonelosis o incluso la disentería.

Para proveerse de agua, el Hospital Evangélico, por ejemplo, —porque el nosocomio de Shango se aprovisionaba directamente de una acequia que era captada del Rumiyaco, que servía también para proveer de este líquido a los baños públicos de este lugar—, tenía que tener un empleado dedicado exclusivamente a traerla en barriles desde los pozos de agua más cercanos, en este caso los que existían en Shango, con la ayuda de un burro que podía cargar hasta dos barriles.

La limpieza tanto del local como de sus servicios higiénicos, por lo tanto, siendo una de las prioridades de cualquier local de esta naturaleza, se convertía en una tarea muy difícil de realizar al disponerse de poca agua para ese fin. La otra prioridad en un Hospital, como es cosa sabida es la desinfección. Ésta se hacía con creso. Los hospitales tenían que oler endemoniadamente a creso, si querían tener fama de limpios y aseados.

Ese fue justamente el trabajo que miss Sara le encomendó realizar a María Ida, tan pronto se hizo cargo de su nuevo empleo. Limpiar primero con un trapo húmedo todos los ambientes del hospital y los servicios higiénicos en especial, para luego pasarles con otro trapo el creso desinfectante. Cumplir esta función para María Ida fue lo de menos y era soportable. Total, era su trabajo. Pero, para eso tenía que ingresar al hospital a las seis de la mañana y

salir de allí a las cuatro de la tarde, ya que, desde las doce del día hasta las dos de la tarde, tenía permiso, igual que todo el mundo, para salir a almorzar a su casa.

Bien contadas, eran ocho horas efectivas de trabajo y habría estado bien si se hubieran cumplido. Pero el caso fue que miss Sara desde el primer día creyó que María Ida era su empleada doméstica personal y comenzó a encargarle uno tras otro, diferentes mandados. Tenderle la cama donde dormía en sus noches de guardia, alcanzarle agua y jabón para que se lave y otras cosas de similar naturaleza, habrían sido pasables, pero eso de tener que lavarle los calzones y los pañitos que ella usaba durante los días en que menstruaba, le pareció que no era correcto por tratarse de algo muy íntimo y que cada persona debía hacer. Por lo menos esa era la educación al respecto que había recibido de su madre allá en *La Ochora*.

Además de todo eso María Ida tuvo que asumir otras responsabilidades en el cuarto de Shango, que alquiló para vivir mientras trabajara en el Hospital Evangélico: tenía que velar por sus hermanos menores Elías y Yolanda, que habían venido de *La Ochora* para estar con ella. Elías para estudiar el primer año de secundaria y Yolanda para terminar todavía la primaria.

Con los treinta soles de sueldo mensuales que ella comenzó a recibir por su trabajo en el Hospital, tuvo que solventar los gastos que pudieran presentarse, desde comprar pan y carne para la comida de los tres, hasta alguna pastilla u otro

medicamento cuando se enfermaran. Los plátanos, las yucas, los frejoles, el maíz, el maní y la fruta, la traían los domingos Elías y Yolanda desde *La Ochora* cargando estos víveres sobre sus espaldas.

Era evidente que la vida para todos los pobladores de pueblos como *La Ochora* era bastante dura en ese tiempo, pero mucho más dura resultó para ellos por ser huérfanos de padre.

Así bregando con sus propias funciones y asumiendo las que miss Sara le imponía para sus necesidades personales, María Ida trabajó dos años enteritos. Cuando cumplió en noviembre los quince años, doña Isolina seguramente después de reflexionar sobre el asunto, tomó la decisión de que su hija María Ida también comenzara a estudiar la secundaria. Su hermano Elías, menor que ella, le llevaría dos años de adelanto y su hermana Yolanda uno, pero eso ya no importaría. Lo importante era que ella también iba a estudiar la secundaria.

Para el año en que María Ida comenzó sus estudios en el colegio de educación secundaria de mujeres de Moyobamba, Hildebrando Izaguirre Ríos logró ser trasladado de su cargo de director de la Escuela de Varones de *La Ochora*, al de profesor de Historia y Geografía en el Colegio Serafín Filomeno, a petición suya, a fin de atender mejor su unidad familiar y las derivadas de la crianza de los cinco hijos, todos varones, que hasta ese entonces tenía en su digna esposa la señora Rosa Vásquez.

Se dio el caso de que su traslado por unidad familiar fuera posible, debido a que mientras estuvo de director de la Escuela de Varones de *La Ochora*, comenzó a estudiar en las vacaciones de comienzos del año, es decir desde enero hasta febrero, que podía prolongarse hasta marzo cuando los docentes estudiaban —como en este caso particular—, los ciclos de perfeccionamiento magisterial que el Ministerio de Educación de esa época implementó para mejorar la calidad profesional de los maestros. Tales cursos se llevaban a cabo en forma centralizada —como lo era todo en aquel tiempo—, en el Instituto Pedagógico Nacional de Varones de la ciudad de Lima, capital de la república y centro de todo lo que pudiera ocurrir en el país por decisión del Estado.

Conocidos y amigos como eran desde Saposoá, cuando el director de la Escuela de Varones de *La Ochora*, profesor Hildebrando Izaguirre Ríos se despidiera de doña Isolina Escalante donde él tenía pensión, ésta le hizo este ruego:

— Profesor Izaguirre, con la confianza de conocernos no de ahora, sino desde los años en que yo, junto con mi esposo Demetrio, viviéramos en Saposoá, le voy a suplicar que sin que sea una molestia para usted, les eche una miradita de vez en cuando a mis hijos allá en Moyobamba. Los muchachos siempre requieren de la supervisión de una persona adulta, y en este caso, usted por ser amigo de esta familia; pero, sobre todo, por ser un educador probo, correcto y responsable, que es como yo lo conozco, me

ayude en la formación de mis hijos. Fíjese que el tener que vivir yo acá en *La Ochora*, donde tengo mis propias obligaciones que cumplir, y ellos solos y de su cuenta en Moyobamba, no crea que no me preocupa. Así que, por eso me atrevo a solicitarle este favor...

— Yo con todo gusto señora Isolina, estoy dispuesto a hacerle el favor que usted me pide en esta oportunidad. Le debo tantos favores a usted y su familia, que no creo que va a haber forma de compensarle por ello. Cuántas veces a mí me ha alcanzado usted a través de alguno de sus hijos, hasta en mi propio cuarto cuando he estado enfermo, por ejemplo, una infusión de hierbas medicinales para alguno de mis males y todas las semanas su familia me ha ayudado a conseguir de los vecinos del pueblo, los víveres que tenía que llevar a mi familia en Moyobamba. En verdad señora Isolina, yo por agradecimiento a usted, es poco lo que tengo que hacer para cumplir con éste su último encargo.

— Yo le voy a quedar eternamente agradecida profesor Izaguirre y en cuanto me sea posible ya sabré yo cómo corresponderle. No soy persona que acostumbra quedarse con los vueltos. Eso lo conoce usted bien —le dijo a modo de despedida doña Isolina Escalante, pensando que con ello garantizaba una supervisión de primera calidad para sus hijos que, por educarse, tenían que vivir solos y lejos de ella. Jamás se le pasó por la mente de que con ello estaba poniendo, precisamente, ella misma, al mismo gato de dispensero—.

CAPÍTULO XIV

El amor prohibido del profesor y su alumna

— Por encargo de su señora madre: doña Isolina, he venido para ver cómo están ustedes por acá, jovencitos. Pero, veo que están bien, de salud por lo menos. Imagino igualmente que, en los estudios, han de estar bien. Su madre, la señora Isolina allá en *La Ochora*, se preocupa por ustedes. Ella me ha pedido, la vez que fui a despedirme de ella porque ahora trabajo en Moyobamba, que les venga a ver para brindarles cualquier ayuda, en caso de que la necesiten.

Con estas palabras inició su conversación Hildebrando Izaguirre Ríos con Elías y Yolanda González Escalante, hermanas de María Ida, tan pronto éstos le hicieron pasar al interior de su vivienda, la vez que Hildebrando fue a visitarles en el cuartito de Shango donde ellos vivían. Para

ellos, esta decisión de su madre la consideraron natural y comprensible, toda vez que el profesor Hildebrando, hasta donde ellos sabían, era el director de la Escuela de varones de *La Ochora* y pensionaba en la casa de su madre.

— ¿Acaso ya no trabaja usted en La Ochora? —Le preguntó Elías—.

— El caso es que yo, desde hace más de un año, he estado gestionando en el Ministerio de Educación mi traslado a Moyobamba, como es natural, para tratar de estar junto a mi familia un poco más de tiempo. Como allí en la Dirección de Educación Primaria y Secundaria me dijeron que en ese momento no había ninguna vacante en las escuelas de Moyobamba, me ofrecieron en cambio una plaza de profesor de Historia y Geografía en el colegio, acepté esta última oferta. Y, aquí me tienen. Para lograr esto último me hicieron valer los estudios que vengo cursando en el Programa de Perfeccionamiento Magisterial.

— Que suerte la de usted, profesor Izaguirre. Ahora va a poder estar junto a sus hijos todo el tiempo. Nosotros en cambio, para poder estudiar la secundaria, tenemos que vivir lejos de nuestra madre, que después de la muerte de nuestro padre, es lo único que tenemos —le dijo Yolanda, terciando en la conversación—.

— Eso que están haciendo es muy bueno, jovencitos. Estudiar requiere mucho sacrificio, mucho sacrificio, eso ni dudarlo, qué me van contar a mí sobre estas cosas... pero

al final ese esfuerzo es bien recompensado, yo lo sé por experiencia propia. Además, dice el refrán que el que estudia triunfa. Así que... a seguir adelante no más. Sin embargo, hay algo en favor de ustedes jovencitos, porque tienen el temple de su madre. Qué temple de mujer. Fíjense no más que, siendo viuda y con nueve hijos, está tratando de que ustedes lleguen a ser otra cosa. Eso es digno de reconocimiento no sólo por parte de ustedes sus hijos, sino de todo el pueblo de *La Ochora* y de todos los que hemos tenido la suerte de conocer a tan admirable mujer.

— El caso es que creemos que no vamos a poder continuar con esto. Hacerlo nos resulta demasiado duro. Los sábados tan pronto terminan las clases en el colegio tenemos que ir a la carrera y sin almorzar a *La Ochora*. Llegamos a eso de las tres de la tarde. A esa hora almorzamos. Nuestra madre nos guarda la comida caliente en el fogón. Pero allí no más tenemos que irnos a la chacra a traer los plátanos y las yucas que comeremos acá en Moyobamba durante la semana —le aclaró Elías, el mayor de los dos hermanos, muy convencido de tener la razón sobre lo que estaba diciendo—.

— Ya les dije jovencitos que estudiar requiere de mucho sacrificio y se los vuelvo a ratificar una vez más. Estudiar es sacrificado. Si no fuera así, todo el mundo estudiaría. Sin embargo, con suerte, acá en Moyobamba ustedes viven con su hermana María Ida, la misma que con su trabajo en el Hospital Evangélico tiene para que compren

en el mercado de abastos las cosas que no llegan a traer de *La Ochora*. Y... hablando de ella, ¿qué es de su hermana María Ida? ¿Tan tarde sale de su trabajo en el Hospital Evangélico, en donde, según doña Isolina, trabaja ella?

— Ella debería trabajar desde las seis de la mañana hasta las cuatro de la tarde en el Hospital, profesor Izaguirre —le explicó Elías— pero a veces llega a este cuarto recién a las siete de la noche. Ella nos cuenta que miss Sara siempre le encarga algún trabajo adicional a lo que le corresponde, al parecer para retenerla más tiempo del debido, para que le haga algunas cosas que ya no son del hospital sino de ella.

— Eso no es correcto. Yo voy a hablar con el doctor Lindsay. Él es mi amigo además de mi vecino, y creo que nos puede ayudar.

— Ojalá pueda usted ayudarla profesor Izaguirre. Le vamos a quedar muy reconocidos si usted puede hacer eso por nuestra hermana —le agradeció anticipadamente Yolanda—.

— Claro que lo haré. Lo que no puedo garantizarles es un resultado favorable para su hermana. Pero, de que voy a tratar el caso de su hermana con el doctor Lindsay, qué duda cabe —luego de esto se despidió de los dos hermanos y se marchó, presumiblemente, a su casa. Eran ya las seis y media de la tarde y María Ida no había cuándo llegue todavía de su trabajo—.

Hildebrando Izaguirre Ríos encontró un momento propicio para hablar con su vecino el doctor Arthur Lindsay. Fue una tarde después que salió de su trabajo en el colegio y encontró al escocés —no le gustaba mucho que dijeran que él era inglés, porque los ingleses eran de Inglaterra y él era de Escocia, según aclaraba él mismo este espinoso asunto para él; pero, completamente desconocido para los de Moyobamba— por las cercanía de donde ambos vivían, por lo que no le fue difícil decirle que deseaba tener una conversación algo privada con él, que aceptó gustoso, en razón de lo cual le hizo pasar al segundo piso de la enorme casa donde vivía y en donde tenía una especie de estudio privado, en el cual acostumbraba leer a William Shakespeare, uno de los pocos ingleses que admiraba.

— Lo que quiero solicitarle es un inmenso y valioso favor, vecino Arthur. Como usted posiblemente debe estar enterado, hasta hace poco yo estuve trabajando en *La Ochora* como director de la escuela de varones de ese lugar y la señora Isolina Escalante es la que me brindaba pensión. El caso es que, especialmente mi padre y yo, tenemos una gran amistad con la señora Isolina que data desde cuando ella y su esposo, el señor Demetrio González Díaz, ahora fallecido, vivieron en Saposoa, hace ya algunos años. Recuerdo con mucha claridad que, cuando llegaron a Saposoa procedentes de Tayabamba eran cinco personas, los esposos González Escalante y sus hijos Reynerio, Luis y María Ida. Pero allí aumentaron a seis, debido a que en Saposoa nació su cuarto hijo: Elías.

— Claro que yo también conozco personalmente a la hermana Isolina Escalante, una cabal y buena mujer, sin lugar a dudas, de lo cual yo mismo puedo dar fe —le interrumpió el pastor evangelista, al parecer, para hacerle saber a su interlocutor que la Misión Evangélica estaba ayudando a esta familia—. Justamente para ayudar a la hermana Isolina es que le hemos dado trabajo a su hija María Ida acá en el Hospital. Eso obviamente se ha hecho a petición de ella misma, porque nuestra intención era darle trabajo a su hijo Luis, como jardinero del Hospital y para que nos aprovisione de agua con la ayuda del burrito que la Misión tiene para ese menester —aclaró el buen galeno escocés, conocido en todo Moyobamba por ser un hombre muy caritativo y de buenos sentimientos—.

— De María Ida es, justamente, de quien deseo hablarle, doctor Lindsay. Sé por sus hermanos Elías y Yolanda que estudian la secundaria acá en Moyobamba, con ayuda de ella, lógicamente, por ser ella la que solventa la mayoría de los gastos de su manutención trabajando para la Misión Evangélica y de la que usted es su jefe máximo, por añadidura. Creo yo que, presumiblemente, sin su conocimiento, es retenida en el hospital hasta más de las seis de la tarde, debiendo llegar de su trabajo a la casita de Shango donde ellos viven, a lo mucho, un poco más de las cuatro de la tarde, nada más.

— Pero... ¡Por qué esa niña llega tan tarde a su casa!
—Exclamó muy sorprendido por esa situación el buen

pastor evangelista—. Que yo sepa, su jornada de trabajo termina a las cuatro de la tarde. Esa es la orden que he dado, porque no puedo ser flexible con ella, debido a que los demás reclamarían iguales o mayores privilegios.

— Disculpe doctor Lindsay, ¿dice usted que la jornada de trabajo de María Ida termina a las cuatro de la tarde? —repreguntó Izaguirre, más con la intención de que esa hora quede bien establecida entre ellos, antes que por falta de comprensión de lo que acababa de escuchar—.

— Claro profesor Izaguirre, por la sencilla razón de que esa niña comienza a trabajar a las seis de la mañana. Pero como a las doce del día ella sale a su casa para tomar su refrigerio o más bien dicho su almuerzo —como hacen todos los demás trabajadores del Hospital—, ingresa de nuevo al trabajo a las dos de la tarde, completando sus ocho horas de jornada laboral a las cuatro de la tarde, ni más ni menos. Por lo tanto, igual que todos los demás trabajadores, ella debería llegar a su casa pasados unos quince minutos más de esa hora, a lo mucho.

— Según lo que me han comentado los hermanos de María Ida, porque con ella no he cursado palabra todavía, es miss Sara la que le encarga, a partir de las cuatro de la tarde, que le haga algunos servicios bastante personales —puntualizó el profesor Izaguirre, luego concluyo—: Por cumplir esa faena adicional a su jornada de trabajo, por orden de Miss Sara, María Ida llega ya casi de noche a la casa donde vive con sus dos hermanos menores.

— Discúlpeme ahora usted profesor Izaguirre. Yo con toda la sinceridad del mundo tengo que decirle que desconozco por completo esta situación. Pero sí es el caso, que estoy enterado que miss Sara tiene muchas quejas. Se por ejemplo, que ella posee un carácter algo agrio y que trata mal a los trabajadores y pacientes del hospital; pero, con respecto a la hija de la hermana Isolina, no he sido informado absolutamente de nada. La niña María Ida es trabajadora del hospital, claro; pero, como es menor de edad todavía, hay razón más que suficiente para tener un trato, más bien especial. Pero, sobre eso, estando de por medio de que esa decisión se ha tomado para ayudar a esa familia, el hecho de que miss Sara le encargue hacer sus asuntos particulares es algo autoritario y abusivo. Para esos casos tenemos a una trabajadora acá en esta casa, claro que con la aclaración de que, si ella desea que le haga algún trabajito personal, le tiene que pagar adicionalmente de sus bolsillos. Así es nuestro trato con esa empleada del hogar y tal cosa nos parece justa. Nosotros somos hermanos y estamos en la obligación de practicar la caridad y el respeto a nuestro prójimo. Pero, no se preocupe profesor Izaguirre, voy a poner todo mi empeño y buenos deseos personales para que esto se arregle.

Claro que se arregló ese asunto. Pero como miss Sara no quiso aceptar la situación de que hubiera estado usufructuando a su favor, con el trabajo de una empleada del Hospital, encima menor de edad, y dado que María Ida se negó a presentar ningún cargo en contra de ella, el Pastor

Jefe la de la Misión Evangélica de Moyobamba, tuvo que transferir a miss Sara a otra Misión, para lo cual tuvo que devolverla primero a Inglaterra y solicitar una nueva enfermera, con la aclaración de que fuera escocesa y no inglesa, aduciendo que los nacidos en Escocia se llevaban mucho mejor, culturalmente, con la gente de esta parte del Perú, que estaba ubicada en plena selva del Alto Mayo.

De allí para adelante, nadie más supo ni el nuevo paradero de la inglesa miss Sara, ni ninguna otra noticia personal que se refiera a ella. Pareció cómo si de repente se la hubiera tragado la tierra, pero todos se alegraron de su ausencia.

María Ida trabajó un año más en el Hospital Evangélico. Sin embargo, para el tercer año que debió hacerlo, su madre: doña Isolina, decidió que ya no trabajaría más y que comenzaría a estudiar la secundaria al igual que sus hermanos Elías y Yolanda. Como consecuencia de esto último, la rutina de regresar a *La Ochora* los sábados para traer los víveres de la semana, que se producían en las chacras del río Indoche siguió igual, con la única diferencia de que para cargarlos hasta Moyobamba ya no eran dos, sino tres hermanos.

Con respecto a las visitas que les hacía el profesor Hildebrando Izaguirre Ríos, por encargo de la propia madre de aquellos tres jóvenes, también se convirtieron en una especie de rutina casi regular. Los dos hermanos menores de María Ida, veían en este profesor, algo así como al padre que les había dejado huérfanos hacía ya algunos años.

Sin embargo, María Ida, no se sabe en qué momento, comenzó a verlo de un modo distinto y especialmente a tratarle de tú, pero eso a los hermanos menores no les pareció nada raro, total, es costumbre en la selva, tutear incluso a las personas que recién se conoce, y al profesor Izaguirre, María Ida lo conocía desde Saposoa. Eso estaba claro como el agua, para ellos. Ni por un segundo se les ocurrió pensar que entre ellos habría más que respeto y amistad. Total, él era el profesor del colegio y ella una niña.

Así, realizándose algo habitualmente las visitas de supervisión por parte de Hildebrando Izaguirre Ríos a los hermanos González Escalante, pasó inexorablemente el tiempo y en ese lapso María Ida se convirtió en toda una señorita. Un poco menudita sí, pero con una cálida y tierna belleza. Cuando María Ida tuvo que llevar a cabo la gestión de su matrícula en tercero de secundaria, la vez que vino sola a Moyobamba, a fines de marzo, para realizar ese trámite en el colegio, cayó enferma de amigdalitis y por la alta fiebre que le produjo, tuvo que quedarse en el cuartito de Shango que los tres hermanos tenían como vivienda, a guardar cama hasta lograr cierta mejoría y poder hacer el viaje de regreso a *La Ochora*.

Sólo Dios sabe cómo se enteraría Hildebrando Izaguirre de esta situación y, una de esas tardes, después de salir de sus clases de recuperación y toma de exámenes de aplazados en el colegio donde ahora trabajaba, que se hacía por costumbre a fines de marzo, se fue llevándole a María Ida,

doce grageas de *sulfanilamida* para combatir la infección bucofaríngea y algunas de pastillas de *mejoral* para la posible fiebre que pudiera sobrevenirle.

Una vez que llegó al cuarto donde María Ida se encontraba haciendo cama, muy diligente el profesor Izaguirre le preparó una limonada caliente, en el fogón de la cocina que los tres jóvenes habían acondicionado en el alar de la casa del dueño, con autorización de éste; y, entre que la alumna toma la *mejoral* y la *sulfa* con la limonada caliente, y el profesor le frota la garganta con *mentholatum*, pues... sucedió lo que tenía que suceder entre un hombre y una mujer. Más aún si ella era una jovencita de diecisiete añitos, en la flor de su existencia, y él, un varón de más de cuarenta años con experiencia verificada y comprobable en aquellas lides del amor.

— Sólo fue una sola vez que he estado con el profesor Hildebrando, una sola y única vez tía Chepita —le contó realmente apesadumbrada y compungida, María Ida a su tía Josefa Tejada de Escalante, algunos meses más tarde de aquel episodio— y mire lo que me ha pasado. Ahora estoy esperando un hijo de él y hasta este momento no sé cómo voy a afrontar este hecho ante mi madre y mis hermanos. Tanta desesperación tengo tía, que hasta he pensado en quitarme la vida, pero también he verificado que me falta el valor para hacer eso, por la sencilla razón de que: ¿Con qué derecho le quitaría la vida al nuevo ser que, sin querer, llevo ahora en mis entrañas... y por el que ya siento amor?

— No serías ni la primera ni la única criatura a la que le ocurre esto que me acabas de contar hijita. Tu madre y tus hermanos tendrán que perdonarte. Claro que es una falta grave la que has cometido, sobre todo si el padre de ese *llullito* es una persona comprometida, con esposa e hijos, como lo es Hildebrando. Pero ahí tú no eres la única culpable. Lo es, claro está, ese irresponsable de hombre, del cual te has enamorado sin esperanzas y al que tú has de querer con toda el alma, pero que debió respetarte siempre y en todo momento, porque eres sólo una niña, a la que tu pobre madre ha hecho madurar de prisa, por su propia necesidad. Pobrecita tu mamá, se quedó viuda tan joven y con una tracalada de hijos que, francamente, yo he tenido mis dudas de que pueda salir adelante. Pero lo está haciendo. Está luchando a brazo partido. Ahora pues... esto que acabas tú de hacer, hijita querida, no sé si lo pueda resistir. Tenía tantas esperanzas cifradas en ti... Tantos deseos de que tú, Elías y Yolanda, lleguen a ser otra cosa en base a estudiar, que ahora no sé cómo reaccionará.

— Ay tía Chepita. Francamente mi vida que era bastante dura después de la muerte de mi padre, ahora es una oscuridad completa, por no decir que es un verdadero infierno. No sé realmente cuál será mi destino de aquí en adelante, pero de una cosa si estoy segura: no será nada bueno para mí.

— Y... ¿ya sabe el marrajo ese de Hildebrando Izaguirre lo que ha hecho y de cómo eso te perjudicará?

— Nadie lo sabe hasta ahora tía Chepita. La única que lo sabe es usted y confío en que sabrá guardarme el secreto. Ni siquiera mi tío Arturito debe saberlo todavía, por lo menos hasta que todo salga a luz como suele ocurrir, irremediablemente, en estos casos. Cuando mi barriga crezca un poquito más de cómo está ahora, no tendré forma de ocultarlo y... de allí en adelante no sé cuál será mi destino. Pero, conociendo a mi madre y a mi hermano Lucho, lo que se avecina para mi es el mismo infierno.

— De eso no tienes que preocuparte Idita. Por mí no lo va a saber nadie, especialmente tu familia. Ni a tu tío Arturo, que es mi esposo, pienso contarle nada de esto. Pero, cuando lo sepa, estoy segura que va a reaccionar igualito que toda tu familia directa.

Y fue verdad. Por Josefa Tejada de Escalante nadie llegó a enterarse nada de nada. Con la única persona que ella habló fue con Hildebrando Izaguirre Ríos, quien al enterarse de todos los detalles del hecho contados por ella, no pudo negar nada ni tuvo la intención de hacerlo jamás. Aceptó igualmente su falta sin esgrimir ninguna defensa a su favor.

Prometió también asumir responsablemente su deber de padre, con respecto a la criatura que había engendrado sin desear hacerlo, como resultaba obvio, pero sin comprometerse a nada que no fuera más que aquello, dado que tenía en su esposa ya muchos hijos a los que no podía ni debía perjudicar en lo más mínimo. Le aclaró a su amiga Josefa Tejada que su esposa Rosa Mercedes, también,

estaba embarazada y que, con este nuevo nacimiento ya serías seis sus hijos.

— Así que... ¡So gallazo!, ¿Vas a tener dos niños casi al mismo tiempo?; pero, ¿en dos mujeres diferentes? Tu sí que te pasaste Hildebrando. Te desconozco.

Ante aquello, sin saber ya que argumentar ni decir a su favor, pidió perdón en la persona de su amiga Josefa Tejada a toda la familia que acababa de mancillar en su honor y, salió de la casa de aquella, como si estaría huyendo de algo que estaba matándolo, con la eficacia de un veneno mortal, doloroso y fatal.

Pero cómo no hay secreto de esa naturaleza que dure cien años, muy pronto la noticia fue de dominio de toda la familia de María Ida, y como ya lo hubo pronosticado Josefa Tejada de Escalante, todos sin excepción se unieron para señalar con el dedo acusador a María Ida y para tratar de hundirla en un mar infinito de incomprensión y en una especie de desprecio inconfeso pero latente... que, a María Ida llegó a dolerle a gritos.

CAPITULO XV

El destierro de María Ida

El alumbramiento del hijo de María Ida, definitivamente, no sería fácil según lo que dijo la partera: doña Reynalda Sandoval, ni bien vio lo que tenía que ver y después de “*llabllar*” (tantear con las manos) la barriga de la grávida, una vez que acudió a la llamada de urgencia de su amiga Isolina Escalante, a eso de las diez de la mañana del día domingo cinco de diciembre de mil novecientos cuarenta y tres.

Luego, con más calma, después de una segunda “*llabllada*” de la barriga, esa que se hace con mayor esmero, cuidado y especificidad, dijo muy suelta de huesos: “*Parece que este llullito prefiere quedarse dentro del vientre de su madre a salir a conocer este mundo*”. Según aquello, el niño se resistía a nacer, como si muy dentro de él presintiera que, en la miseria de un año, se quedaría sin

su madre, no porque se convertiría en huérfano, sino porque a ella la desterrarían para siempre de su añorado hogar y de su amado terruño.

Según lo que esclarecería la partera tan pronto el crepúsculo hizo su aparición por los cerros azules más allá de Rioja y cuando en *La Ochora* la tarde comenzó a transformarse en noche, el niño se había quedado en la posición de sentado y no había cuando acomodó su cabeza —que al parecer era un poco grande—, para un nacimiento normal.

En vano zarandearon a la parturienta en una frazada. En vano le pusieron emplastos de infusión de hierba santa con toronjil, en vano le acomodaron bolsas de agua caliente en la parte superior de la barriga, para que el calor obligue al niño a cambiarse a la posición de cabeza abajo; y... como no existían trazas de nada ni había cuando aparezcan síntomas concretos de que el niño quisiera nacer, la partera se fue a su casa diciendo que volvería a la mañana siguiente y que no se preocuparan porque *“no pasaría nada durante su ausencia”*.

Tanto como que *“no pasaría nada”* no resultó tan cierto, porque María Ida se pasó la noche entre un dolor intenso y otro más intenso todavía. Sintió cómo que literalmente se descaderaba en cada uno de ellos. A eso de las siete de la mañana del día siguiente, o sea del lunes seis, llegó de nuevo a la casa de María Ida doña Reynalda Sandoval y tan pronto vio a su paciente dijo, esta vez, más oronda que la vez anterior: *“no pue les dije que no pasaría nada”*. Pero;

si durante la noche los dolores de parto fueron inaguantables según la que los padecía, a partir de las siete de la mañana ella misma llegó a creer que esos dolores eran el preludio de su muerte. Sin embargo, la partera tan pronto “llabló” una vez más la barriga de la parturienta exclamó: *“ya ha comenzado a acomodarse para nacer este condenado llullito, el parto ocurrirá en la mañana de hoy día, sin falta”*.

El niño habría nacido antes de las once de la mañana si en lugar de partera hubiera estado atendiendo a la parturienta un médico —pero en dónde se iba a encontrar un médico en *La Ochora* y... en ese tiempo— porque éste, sin lugar a dudas, habría eliminado el obstáculo con un solo tajo de su bisturí, cortando la parte de pellejo genital que obstruía la salida de la cabecita del niño que, hacía ya ratos había comenzado a coronar. Finalmente, un doloroso desgarró solucionó el problema de modo natural, justo en el momento en que los alumnos más pequeños de la escuela comenzaron a regresar a sus casas.

El “*llullito*” recién nacido sí que resultó en verdad bastante cabezoncito. En tanto su madre era estrecha dada su pequeña estatura y otras razones de orden genético, el nacido tenía una cabeza, al parecer, más grandecita de lo normal. Este “*huambrillo*” va a ser inteligente, de eso no me cabe la menor duda, dijo la partera con un vozarrón que todos oyeron, en tanto medía la tutuma del recién nacido con sus dos manos. Sin embargo, fuera o no de cabeza

grande el recién nacido, lo que importaba era que finalmente había nacido, aunque lo hiciera más morado que una ciruela chilena, por haber tenido que salir a este mundo por un espacio demasiado estrecho y pequeño para su cabecita y el resto de su cuerpecito.

Sin embargo, la alegría inicial que todo nacimiento causa entre los que son testigos de este natural; pero, grandioso acontecimiento, se fue poco a poco diluyendo ante la certeza de que el “*llullito*” este, no quería ni siquiera gemir y... mucho menos “*yupacur*”. Le practicaron todos los rituales que en esos casos suelen hacerse: darle un par de buenas nalgadas, ponerle cabeza abajo cogiéndolo de los pies, extraerle las flemas del tracto respiratorio chupándolas con la boca, abrigarlo, limpiarle las mantecas adheridas a su piel y masajearle el cuerpecito, en fin, todo lo que se sabe que es apropiado en esos casos; pero... ¡nada!

Sin embargo, la partera lo palpó y después de ponerle un espejito cerca de su nariz manifestó triunfante que... ¡el “*llullo*” vive! Ante esa declaración que todos esperaban, lo arrojaron y lo pusieron al lado de su madre en donde seguía aparentemente exánime y sin exclamar ni siquiera un leve gemido. Tan pronto llegó de su escuela Hugo Valles Escalante, primo hermano de la alumbrante, de verlo a ese bebito cianótico, tan delicado y tan indefenso; apenas con sus ocho años de edad, hijo único de María Escalante Rojas, “*tía madre*” de la parturienta y hermana de Isolina,

proclamó con una determinación desconocida hasta ese momento en él: “*este lindo “llullito” recién nacido es mi hijito y yo lo cuidaré y protegeré desde este momento hasta siempre”*”.

Para corroborar lo dicho se acostó a su lado para abrigarlo con su propio cuerpo, “*porque su llullito había comenzado a temblar como un perrito mojado*” y después de estar toda la tarde en esa posición, sin moverse, porque se negó a ir a la escuela esa media jornada del día, el recién nacido comenzó a quejarse y quejarse desde ese momento hasta las siete de la mañana del día siguiente, en que por fin, sin dejar de quejarse, comenzó a lactar el rico y nutritivo calostro que su madre le brindó feliz. Al verlo lactando, aunque con poco entusiasmo, su tío Hugo, el que proclamó ser su padre, tomó la decisión de asistir esa mañana a su escuela y dejarlo sólo al cuidado de su madre.

El niño y la madre a partir de ese momento se constituyeron en una pareja de mortales completamente felices. Pero el padre del niño en su afán de ayudar, le hizo llegar a doña Isolina con un “*propio*” especial, un paquete que contenía cosas que se acostumbra poner en los ajuares de los recién nacidos. Además de aquello, siempre que podía, averiguaba por la salud del niño y de la madre, a través de la gente de *La Ochora* que iba a Moyobamba a realizar algún negocio o un trámite cualquiera en la provincia. Todo esto llegó a los oídos de Luis, quien, presumiblemente creyendo que su hermana María Ida tarde o temprano haría lo posible para

comunicarse con aquel hombre, decidió que lo mejor para ella y para la familia, sería que su hermana desapareciera para siempre y en forma definitiva de esa parte de la faz de la tierra. La solución de ese problema para él, era muy simple: ¡Ella se iría a Lima y del niño se encargaría la abuela!

Para casos como esos, la ciudad de Lima era la indicada, más aún si allí la tía María Escalante y su esposo Leonidas Valles, acababan de construir su casa en el distrito de Lince, que se llamaba distrito sólo por una rara moda que había surgido por esos lares sin saberse cómo, porque se trataba sólo del mismo Lima, que era la capital de la república y la ciudad más grande del país. Así que, como ya el niño había cumplido un año los primeros días de diciembre y, la tía María haría el consabido viaje a esa ciudad a fines de ese mismo mes, para pasar la bicoca de sesenta días de vacaciones escolares —que le correspondían como profesora—, con su esposo que trabajaba como guardia civil allí en la capital del país, pues... no quedaba otra cosa que convocar una especie de consejo de familia y proponer que eso era lo más indicado para este caso en particular. Y eso se hizo tan pronto fue posible.

— Mire usted mamacita —comenzó el debate Luis Estauromiro— aquí no hay vuelta que darle a nada. Tal como van las cosas, el padre del hijo de María Ida tarde o temprano logrará comunicarse personalmente con ella y, conociendo a mi hermana, yo creo que sus amoríos van a

reanudarse cuando menos lo pienses. Por lo pronto, sé que tú has recibido un ajuar y hasta dinero de ese hombre, mamá, no sólo una vez sino en repetidas oportunidades...

— Y qué de malo hay en que reciba ropitas y otras cositas para ese bebé, que su padre se digna enviarle. Él no lo trae personalmente. Lo envía con otras personas. Igual, en más de dos oportunidades, ha enviado en un sobre cerrado algún dinero para las cosas que necesite su hijo. Eso, sepa usted jovencito, yo no me puedo negar a recibirlo y no tengo por qué dejar de hacerlo.

— Pero no te das cuenta mamá, que de ese modo está tratando de acercarse nuevamente a mi hermana.

— No veo que lo haga con esa intención.

— Tú no ves nada malo en muchas cosas mamá. Pero yo creo que lo más sensato es que María Ida viaje a Lima la vez que la tía María lo haga para ir a pasar el verano allí, con su marido, el tío Leónidas. De lo contrario, en cualquier momento ella va a resultar otra vez con un nuevo domingo siete.

— Sé que Hildebrando siempre pregunta a la gente de *La Ochora* que se va a Moyobamba por alguna urgencia, sobre cómo está su hijito y también sobre María Ida—intervino en la conversación María Timotea, directora de la escuela de mujeres, colega de trabajo, amiga personal de Hildebrando Izaguirre y hermana menor de Isolina— y como muy bien dice Lucho, en cualquier momento podría

lograr entrevistarse personalmente con la madre de Alfredito. De allí a que reanuden sus amoríos, no hay más que un paso, hermana. El peligro está en que ella, podría otra vez resultar embarazada y tal como están las cosas, de Hildebrando no creo que pueda sacar nada bueno mi sobrina, salvo llenarse de hijos.

— Pero eso de separar a una madre de su hijo, cuando éste todavía está tan pequeñito, a mí no me parece ni humano ni correcto —aclaró Isolina—.

— No es correcto ni humano pues hermanita; pero, yo creo que es la única solución para que tu hija no vuelva más con ese hombre, que es mi colega y mi amigo personal, eso no lo puedo negar, pero de que es mujeriego eso yo lo sé tan bien como que en Tarapoto tiene otro hijo que se llama José o Pepe, unos cuatro años mayor que Alfredito —le contestó de inmediato su hermana María—.

— Si así están las cosas y el peligro es tan real como lo pintan, bueno pues, si he podido criar a nueve criaturas cómo no voy a poder criar a uno más, encima tratándose de mi nieto —proclamó doña Isolina Escalante—.

En las nueve criaturas que mencionó Isolina, estaban incluidos ocho hijos que fueron de ella y de su esposo, y uno que sólo el finado Demetrio supo quiénes fueron realmente su padre y su madre, porque él lo acogió como suyo al quedarse huérfano. Por su parte, al preguntársele a doña María Timotea que, si ella estaba dispuesta a acoger a

María Ida en su casa de Lima, ésta dijo en primer lugar que era una ocurrencia que le preguntaran eso y que, tratándose del bienestar de su sobrina y de la familia, ella la recibiría todo el tiempo que fuera necesario y que, por supuesto, podría hacer el viaje junto con ella, una vez finalizado el papeleo de fin de año de la escuela de mujeres de la que era su directora. El único que se puso muy triste y, enojado, protestó de la mejor forma que pudo por esta decisión, fue Hugo Valles, porque él hubiera querido desde muy dentro de su corazón, que “*su hijito*” Alfredo se fuera a Lima con él, porque así deberían ser estas cosas.

Y un domingo del mes de diciembre, antes de la celebración de la navidad del año de mil novecientos cuarenta y cuatro, casi toda la familia de María Ida, incluyendo a su hijito apenas de un año de edad, estuvieron desde las nueve de la mañana, bien instalados en el aeropuerto de Lluylucucha, esperando las once antes meridiano, que era la hora en que el avión bimotor de color plateado y naranja de la empresa de aviación Faucett, haría el viaje de retorno a Chiclayo.

María Ida fue la última en treparse al avión. Lo hizo llorando casi a gritos. Sin embargo, se subió a ese avión para seguir llorando casi hasta desfallecer, en el asiento del lado de la ventana que justo daba al local del aeropuerto y desde donde por última vez vio a su hijo en brazos de su madre que, con la inconsciencia e inocencia propia de su edad, hacía el gesto risueño y alegre de despedirse sacudiendo una de sus manitas, con la ayuda de su abuela,

de su madre que se iba a Lima, dejándole a él con su abuela que, de allí en adelante y hasta los doce años de edad sería su única madre para él.

No había ya nada más que hacer, el hecho se consumó sin más ni más, ante la aparente resignación de María Ida, que resultó en menos que canta un gallo, separada sabe Dios hasta cuando, de su hijito apenas de un año de edad. Dentro de unos segundos más, el avión bimotor alzaría vuelo y en sus oídos sólo quedaría retumbando el ensordecedor ruido producido por los motores del avión al tratar de ganar altura, y eso se quedaría grabado, al parecer, para siempre en su mente, como equivalente a la más dolorosa de las separaciones que había tenido hasta ese momento de su corta y algo dura vida.

Si tomar conciencia de la pérdida, también para siempre, de su papá Demetrio Gonzales Díaz, fue algo muy doloroso y traumático para ella, esta vez, separarse de su único hijito fue algo tan doloroso para ella, que fue incapaz de caracterizarlo como algo humano, del mismo modo que, tampoco pudo cuantificar la magnitud de su pena... sólo era algo que en cualquier momento tenía la certeza que le iba a romper el corazón en mil pedazos.

Sin embargo, su corazón no se rompió; pero, sus oídos lo harían en cualquier momento. El ruido de los motores del avión era monótono, ensordecedor e infernal, pero al parecer, llegó un momento en que le pareció que se acostumbró a eso. Cuando el avión comenzó a remontar los

primeros contrafuertes de la cordillera oriental de Los Andes; y, cuando parecía que flotaba encima de un mar de copos de algodón, se acordó que doña Isolina, su madre, le dijo en algún rato previo a esta dolorosa despedida: *“la pena no mata hijita, yo, eso lo sé por experiencia. A ti mi querida Idita, te ocurrirá lo mismo”*.

Fue entonces que con rabia contenida comenzó a *“ver nítidamente”* lo que se puso a pensar a partir de ese momento: ella, la madre de ese niño que se llamaba Alfredo, ¿por qué aceptó tan mansamente la sentencia de este destierro absurdo? ¿Por qué no peleó como una leona, o como cualquier otro animal, para defender a su inocente hijito de la aberrante sanción de separarlo de su madre? ¿Por qué ella no fue capaz de decirle alguna vez a su madre que jamás lograrían separarla de su hijo, porque ella preferiría la muerte antes de aceptar su destierro a Lima? Si pues, claro, eso pudo hacer, pero no lo hizo. Recién se dio cuenta que en lugar de llorar debió de ponerse brava, peor que una leona... pero ya era tarde para eso.

El avión dentro de algunos minutos más, estaría aterrizando en el aeropuerto de Chiclayo. Y de allí, seguirían el viaje a Lima por tierra. Ya no había nada más por hacer. Sólo podría seguir llorando... ahora de impotencia ante lo ineludible.

CAPITULO XVI

El pequeño “espurio” y su abuela

María Ida llegó a Chiclayo junto con su tía María y su primo hermano Hugo, una hora y media después de que iniciaran el viaje en avión desde Moyobamba. Tan pronto llegaron, con los oídos todavía zumbándoles por el ruido de los dos rugientes motores del avión “Douglas” de la Faucett, en el que hicieron esa parte del viaje, pagaron un taxi desde el aeropuerto a la oficina de la empresa “*Nor Pacífico*”, que tenía tan sólo cinco buses con los que ofrecía, dos servicios a Lima de ida y dos de vuelta, más un vehículo denominado de retén para cualquier emergencia.

Uno de sus buses, salía a las siete de la mañana hacia Lima y el otro lo hacía a las siete de la noche. Otro tanto ocurría de Lima hacia Chiclayo. Como ya no encontraron pasajes para viajar esa noche a Lima, tuvieron que comprar los tres

pasajes que requerían para las siete de la mañana del día siguiente. Luego consiguieron alojamiento en el hotel “*Adriático*”, discreto pero limpio y respetable, para pasar esa noche, por quedar muy cerca de donde tomarían el carro hacia Lima el día siguiente.

María Ida durante todo el viaje de más de una hora en el avión, además de no cesar de llorar ni un instante, tampoco habló con nadie y por lo que parecía, se sumía por ratos sólo en sus pensamientos. Sus ojos parecían dos globos hinchados a más no poder y estaban enrojecidos casi por completo. En ese estado de ánimo y sin decir palabra, caminó siempre por detrás de sus familiares, ni más ni menos, como autómata, hasta que llegaron al hotel donde se hospedarían esa noche.

Allí, siempre sin decir palabra, se acostó en una de las camas y comenzó a llorar ya no a gritos como lo hizo al comienzo del viaje, sino apenas como leves gemidos y casi espasmódicamente. Al verla en semejante estado, su tía María para intentar calmarla comenzó con ella una conversación que, desde un comienzo, sabía perfectamente que no le llevaría a ninguna parte:

— Pero hijita linda, deja ya de llorar por tu hijito, ¿acaso no sabes que tu madre lo va a cuidar tan bien como lo has estado haciendo tú?

— Ay tía, usted no puede ni siquiera imaginar cuánta pena siento ahora por mi hijito. Es como si me hubieran

arrancado algo vital de mi cuerpo. Ya no quiero seguir viviendo. Lo que acaban de arrancarme es el corazón y creo que este dolor me va a matar.

— La pena no mata hijita. Así nos dice tu madre que, en esos menesteres, creo que tiene mucha experiencia. Pero yo comprendo cuánto dolor debes estar sintiendo por tener que separarte de tu hijo.

— No tía, creo que usted no llegó jamás a comprender nada. Usted y toda mi familia, incluyendo a mi madre, sólo me condenaron y me castigaron. Este viaje a Lima para mí, no es sólo un castigo más por el pecado de querer a un hombre y de llegar a tener un hijo de él, es un descarado destierro. Pero esto último, de separarme de mi hijito, apenas de un año, es inhumano...

— Lo hemos hecho porque te queremos hijita. Eso sí te lo digo con toda seguridad y, sobre todo, con mucha sinceridad. Lo que dice tu hermano Lucho, de que en cualquier momento podías volver a verte con el padre de tu hijo y otra vez llegar a embarazarte de él, nadie lo desea para ti. Y... tal parece que eso estaba a un paso ya de ocurrir.

— En eso se equivocaron de plano, pues tía. Yo ya no he tenido el menor deseo de seguir teniendo una relación de amor con el padre de mi hijo. Si lo tuve en un momento de debilidad, allí acabó. Reflexioné mucho sobre lo que hice. Reconozco que fue un desliz imperdonable y yo misma

tomé la decisión de no volverme a ver nunca más con él, en lo que me restara de vida. Y lo hubiera cumplido tía, yo lo hubiera cumplido...

— Eso se dice hijita de los dientes para afuera. Pero el corazón nos traiciona, siempre. Es más que seguro que habrías vuelto a sus brazos tan pronto lo hubieras visto de nuevo. Tu madre es mujer y yo, también. Por eso, estamos bien seguras de lo que tú habrías hecho en ese supuesto caso. Francamente hijita, el que vengas a Lima a estar conmigo, que siempre he sido como una madre para ti, es lo mejor que puede pasarte.

— Pero mi hijito tía, usted no piensa en él. Se va a criar como un huérfano, sin madre y sin padre...

— Todos sus tíos van a ser como padres para él. Ese niño en lugar de tener un papá, va a tener por lo menos tres: Lucho, Elías y Demetrio. De Reynerio y de Caleb no haremos de cuenta, porque ellos van a ser como sus hermanos mayores. Y como madre va a tener a su abuelita, que tú ya sabes cuánto lo quiere, no sólo por ser su primer nieto, sino porque desde que ha nacido ella lo ha estado viendo crecer junto contigo. *“Cuando se vive con nuestro nieto, no me lo vas a creer María —me lo ha dicho más de una vez cuando yo en bromas le decía que chocheaba mucho con Alfredito—, me parece que se lo llega a querer más que a nuestros hijos o posiblemente en forma diferente a la forma en que se los ha querido a ellos, pero el cariño hacia el nieto es especial...”*. Así que no te preocupes Idita,

criando hijos, tu madre tiene más experiencia que tú y que yo juntas, seguramente, y eso no lo puedes negar.

— Todo lo que dice usted acerca de mi madre, es cierto. Eso no lo puedo negar. Pero, yo creo que sólo el día que tenga usted que separarse de su hijo Hugo, va a saber lo que se siente cuando nos separan de nuestro hijo. Así que por favor tiita déjeme que ahora lllore por mi hijito...

Su tía María ni su primo hermano Hugo se dieron cuenta en qué momento María Ida dejó de llorar, porque cuando se acercaron a su cama para decirle que iban a salir a comprar algo de comida, la encontraron profundamente dormida, aun cuando su cuerpo siguiera produciendo ciertos espasmos que, claramente, indicaban que la procesión seguía en ella por dentro.

— Mamá, no hay que despertarla. Pobre mi prima Idita, cómo ha sufrido hoy día. Así que será mejor que yo me quede acompañándola, y tú, anda a comprar, aunque sea un poco de pan y unas gaseosas, en la primera bodega que encuentres abierta.

— Está bien hijo. Yo me voy a comprar. Tú, acompaña a tu prima.

Volvió con las cosas que necesitaban, comió con su hijo, le guardaron a María Ida su parte para que tal vez se animara a comer al día siguiente; pero, por más bulla que hicieron, no despertó en toda esa noche. A las cinco y media de la mañana del día siguiente, fue ella la que los despertó para

que se alistaran para viajar a Lima a las siete. Arreglaron de inmediato sus equipajes y sus bártulos personales y a las seis y quince en punto abandonaron el hotel para ir caminando hasta donde tomarían el ómnibus para Lima. Tan pronto les recibieron su equipaje y cuando estuvieron sentados en unas bancas esperando la partida del bus, una vendedora ambulante les habilitó sendas tazas de avena caliente ya endulzada, con panes con carne asada de chanco que todos comieron a satisfacción. De allí en adelante María Ida ya no lloró más, por lo menos delante de los demás.

El viaje en los buses celestes con blanco de la Empresa de Transportes “*Nor Pacífico*” hasta Lima, duró un día completo. En la oficina de la empresa, que quedaba en el jirón Sandia, a poca distancia del Parque Universitario, les estuvo esperando Leónidas Valles Torres, todavía con su uniforme de guardia civil —padre de Hugo y esposo de María Timotea Escalante Rojas—, debido a que se vino a esperarles tan pronto terminó su servicio en la Comisaría de la Avenida Veintiocho de Julio.

De allí tomaron un taxi que les condujo hasta su casa en Lince. Serían las nueve de la noche cuando su tía María le dijo a María Ida, señalándole uno de los cuartos de la casa, que ahí se acomodara para dormir y que ese sería su cuarto de allí en adelante. La casa aquella recién estaba en construcción, las paredes que daban a la calle eran de ladrillos y las de los interiores grandes de adobe, pero

adentro de ellos los cuartos estaban separados con quincha. Todo el techo era de esteras. Allí viviría María Ida, sabe Dios hasta cuándo.

De regreso, ya en *La Ochora*, desde que llegaron del aeropuerto de Moyobamba el dilema de Isolina Escalante era saber de dónde iba a conseguir leche para su nieto. Que ella supiera, por esa fecha, ninguno de los vecinos del pueblo tenía vaca con cría. Definitivamente, por lo tanto, darle leche a ese niño no sería posible. El caso era que muy pronto comenzaría a reclamar a gritos su alimento, porque comiendo golosinas como lo estuvo haciendo desde que salieron del aeropuerto ya no sería suficiente.

El niño reclamaría su leche y allí... ¿qué haría? Mandó llamar entonces a una de las amigas de su hija: Indalecia Torres, la que aceptó gustosa dar de lactar al niño, porque habiendo tenido hacía poco a su hijito, leche le sobraría. Pero, Alfredo, el nieto de doña Isolina no quiso tener ningún trato con ella ni mucho menos lactar de sus senos que estaban rebosantes del vital alimento. Antes, por el contrario, se puso a llorar tan lastimeramente por extrañar a su madre, que hizo llorar a más de uno de los que allí estaban, especialmente a su abuela Isolina.

Como el niño no quería lactar de otro seno que no fuera el de su madre —porque más de una mamá solidaria del pueblo ofreció este servicio al ver cómo lloraba el niño— no hubo forma de que una nodriza o algo que se le parezca pudiera solucionar el problema. A esa hora, a más de uno y

especialmente a la madre de María Ida, le pesó en el alma haberlo separado de su hijo de un año de edad. Pero, madre al fin, se acordó que tenía panatela de plátano guardada en alguna parte de su cocina y después de adaptar un chupón en una media botella de vidrio, le preparó a su nieto más o menos una taza de este alimento. Cansado de llorar el niño y más que todo, medio muerto de hambre, no dudó en secarse en un dos por tres el contenido de la media botella de vidrio que adaptó como biberón. De allí en adelante ese sería su alimento hasta que aprendió a comer algunos sólidos.

El niño creció sin mayores complicaciones de salud, salvo las que son típicas de esa región de la selva, como infestarse de lombrices y otros parásitos en su tracto digestivo o, como el mal de ojos, es decir, una especie de conjuntivitis que afectaba a casi todos los niños del lugar. Tan pronto Alfredo Izaguirre González tuvo uso de razón, lo que más recuerda es que su abuelita le curaba de las lombrices con un aceite vermífugo que tenía sabor y olor a diablos.

Para hacerle beber ese apestoso menjunje con olor fuertísimo a paico, tenían que sujetarlo entre tres personas: su tío Reynerio, su tío Demetrio y su tía Betty Oderay. La abuela sólo se encargaba de entibiar el vermífugo para hacerlo más líquido y de mezclarlo con jugo de naranjas, supuestamente para mejorar su horroroso sabor y su pestífero olor. Como con la nariz tapada el niño tenía que abrir la boca para respirar por allí, ese era justamente el

momento en que aprovechaba su abuela para embutirle todo el medicamento. Pero allí no quedaba la cosa, pues el condenado niño para no pasar el brebaje hacía algo parecido a las gárgaras, por lo que nuevamente le tenían que tapar la nariz para que se lo pase.

La otra enfermedad que padeció por bastante tiempo el niño Alfredo Izaguirre González en *La Ochora* fue el mal de ojos. No había remedio conocido para esa enfermedad y en el pueblo era algo así como una epidemia. Lo llevaron a Moyobamba para que el doctor Lindsay del Hospital Evangélico lo viera, pero nada.

Hasta que un día llegó a la casa de doña Isolina Escalante una mujer llamada Gregoria Shica, más conocida sólo como “*La Llico*”, no se sabe si por deformación de su nombre o sabe Dios por qué otro motivo. Según le dijo a la abuela de Alfredo, ella podía curarle los ojos al niño, si a cambio ésta le curaba una postema que le había salido a la pobre mujer a un costado de su vagina y que le impedía caminar y hacer las cosas de su casa.

Isolina Escalante pidió a la mujer que le muestre el tremendo chupo en el lugar en donde se encontraba. Evaluó que sí podría curarla y aceptó el trato. La mujer le dijo que primero quería que le librara de tan molesto forúnculo, para poder ir a traer el remedio para los ojos del niño desde su chacra. Doña Isolina entonces mandó comprar una hoja roja de afeitar “*Gillete*”, la hirvió en una ollita de aluminio, consiguió de la tienda de don Nicanor Reátegui algodón,

gasa, esparadrapo, un frasco de alcohol yodado y otro de asepsil rojo... y dio inicio a su trabajo de cirugía ginecológica externa. Curar chupos y postemas le había visto hacer a su esposo Demetrio, y de él aprendió aquella técnica.

Como el chupo ya estaba con una punta amarilla que brillaba de puro maduro, con la hoja de afeitar hizo un tajo en el esperpento y lo aplastó con tal fuerza que el pus saltó y le empapó gran parte del vestido. Al ocurrir el tajo y la aplastada violenta del chupo, la mujer dio un grito terrible y por poco se desmaya de dolor. La topiguera por su parte, luego de limpiarse lo más que pudo, aseó a su vez la herida con el alcohol yodado y, en el hoyo que se había formado donde antes estuvo el chupo, embutió una mecha de tiras de gasa con asepsil, luego cubrió la herida con otro buen pedazo de gasa y lo aseguró con suficiente esparadrapo.

— Ya “Llico”, ya estás curada, mañana vienes para curarte una vez más y creo que con eso ya estarás lista hasta para “*pandillear*”.

— Muchas gracias doña Isolina. Para pasado mañana le ofrezco traer el remedio para curarle a su nieto.

Y se fue sin más ni más, al parecer caminando normalmente y feliz de no tener que soportar el dolor que le estaba produciendo aquel chupo. El dolor le fue quitado como con la mano. Al tercer día, a eso de las once de la mañana, estuvo de regreso en la casa de doña Isolina, para recibir su

tercera curación y entregarle el remedio que había ofrecido para los ojos del niño Alfredo. Recibió la curación de doña Isolina y luego abrió el paquetito que traía envuelto en hojas de bijao. Al darse cuenta que eso no era otra cosa más que yuquilla, doña Isolina protestó:

— No pensarás ponerle jugo de yuquilla a los ojos de mi nieto

— La yuquilla le va a curar para siempre a su nieto del mal de ojos, doña Isolina. Eso no sólo se lo garantizo. Se lo juro por Dios —le contestó con seguridad doña “*Llico*”—.

— Pero la yuquilla le va a volver blanco a sus ojos de mi criatura —insistió la abuela del niño—.

— Tenga confianza en mí doña Isolina. Yo sé lo que hago. Todo el mundo cree que la yuquilla blanquea los ojos, igual que creen que el ají produce más ardor a alguien que ha tenido una quemadura grave. Lo cierto es que no es así. Un par de gotitas de jugo de yuquilla en cada ojo y va a usted a ver que con eso se sana su nieto.

— Voy a confiar en ti “*Llico*”. Me has convencido con eso de que el ají molido calma el ardor de una quemadura. Porque eso lo aprendí hace algún tiempo. Pero si le malogras los ojos a mi nieto, no sé qué te hago.

— No se preocupe doña Ishuquita. Déjeme hacer ahora a mí este trabajito. Le juro por Dios que tengo tanta experiencia en eso, como usted la tiene para curar chupos

en los lugares más íntimos de nuestro cuerpo, no se arrepentirá de esto, jamás, se lo juro —le aseguró con tanta certeza que aceptó que ella curara de los ojos a su nieto—.

Pidió un cuchillo limpio. Un vaso igualmente limpio. Un pedazo de tela blanca recientemente lavada de tocuyo o de playa. Peló la yuquilla con el cuchillo. La lavó bien y comenzó a rasquetearla para obtener algo parecido a un “*rallado de yuquilla*”. Cuando tuvo una cantidad que consideró suficiente, la acomodó en el pedazo de la tela blanca. Luego pidió que trajeran al niño hasta donde ella estaba y abriendo cada uno de los ojos de éste, hizo caer dos gotas en cada uno de ellos.

Luego pidió a doña Isolina que el niño se quedara sin abrir los ojos no menos de media hora, y se fue a su casa por donde vino. Al día siguiente, el nieto de doña Isolina estuvo completamente curado. y para toda la vida, del mal de ojos que padecía y, que los médicos le habían diagnosticado como conjuntivitis crónica.

CAPITULO XVII

El reencuentro de María Ida con sus parientes de Huacapampa.

La vida para María Ida se volvió más dura que para cualquier otro mortal, tan pronto su tía María y su primo hermano Hugo regresaron a *La Ochora*, a fines del mes de febrero del año de mil novecientos cuarenta y cinco. Al ser su tía María la directora de la escuela primaria de mujeres de ese lugar, debía presentarse a su institución educativa para la apertura de las labores de matrícula del año escolar, el primero de marzo.

Las clases con alumnos recién comenzaban en el mes de abril, pero las matrículas y la elaboración de sus programas de estudio, los maestros los tenían que hacer en el mes de marzo, además de que siempre existía la posibilidad de que, en ese mes, se lleve a cabo alguna concentración provincial

de actualización y renovación pedagógica de maestros, como era la costumbre de la Inspección Escolar de Moyobamba.

María Ida no tenía costumbre de tomar el desayuno solo con pan y café. Estaba acostumbrada a los desayunos de la selva que son casi almuerzos; pero, el cuerpo se acostumbra a todo, según ella se dijo para sí. Cuando su tía estuvo con ellos en la casa de Lince, nunca faltó un pan para el desayuno ni lo que fuera necesario para el almuerzo y la comida de cada día. Pero una vez que ella retornó a la selva, su esposo Leónidas Valles que era guardia civil, salía a su trabajo antes de las siete de la mañana y no volvía hasta después de las ocho de la noche.

Él, seguramente que tomaría su desayuno por algún lugar cercano a la Comisaría de la Avenida 28 de Julio en La Victoria y, posiblemente, por allí cerca también almorzaría y cenaría. El primer día de ausencia de su tía, María Ida encontró en la cocina algunas cosas para alimentarse, pero a pesar de los cuidados que puso, todas esas cositas duraron con las justas dos días.

De La Ochora, cuando casi a fines de diciembre del año pasado salió María Ida de viaje rumbo a Lima, por venir con su tía María, que era profesora y ni más ni menos como su propia madre, doña Isolina presumiblemente pensó que su hija no necesitaría dinero. Y... ¡Claro que no lo necesitó mientras estuvo junto a ella! Pero, ella ya no estaba y su tío no se percataba de eso por salir de su casa muy temprano.

Para empeorar su situación de precariedad, María Ida no tenía ni siquiera unos cuantos centavos para las estampillas y poder remitir una carta por correo a su madre, haciéndole conocer que requería con urgencia cierto dinero para sobrevivir en aquella horrible ciudad, tan despiadadamente grande y, tan cruelmente urbana y esquiva. En su pueblo de *La Ochora*, en cambio, uno podía conseguir sus alimentos para subsistir tan sólo de la huerta, sin necesidad de ir hasta la chacra.

Después de casi cuatro días que María Ida se la pasó sin comer lo que se llama nada de nada, un día que se puso a revisar la pequeña maleta de cuero en la que trajo sus cosas de Moyobamba, se encontró en un lugar muy escondido de su equipaje, un par de aretes de oro con un pequeño rubí engastado en cada uno, que el padre de su hijo le obsequió alguna vez cuando él cumplía la labor de *supervisarles* a ella y sus hermanos allá en Moyobamba.

Cuánta alegría sintió María Ida al realizar tamaño hallazgo y, cuántos recuerdos se agolparon en su mente con respecto al hombre que amaba todavía con todo su corazón, a pesar de todo lo que hubo pasado ella, justo, por haberle amado tanto; pero que, en esta oportunidad, casi le estaba salvando de morir de hambre. Sin embargo, tendría que vender los aretes primero para sobrevivir algunos días y le resultaba obvio que, tendría que buscar un trabajo remunerado lo más pronto que pudiera. Al percatarse que para conseguir trabajo necesitaría sus certificados de estudios, tomó la

decisión de salir en ese mismo momento a vender los aretes en alguna joyería que tendría que buscar andando a pie.

Casi a punto de desfallecer de hambre en más de una oportunidad, tuvo que hacer una larga caminata por la avenida Arequipa hasta que, a la altura de Santa Beatriz, encontró por fin una joyería en la que podría vender los aretes. Pero realizar la transacción no le resultó fácil. El dueño de la joyería le exigió factura o algún documento que acredite que ella era la dueña de esa joya. Como no tuvo tales cosas, se vio obligada a vender el oro de los aretes, no a su peso en gramos como era la costumbre, sino a un precio “*castigado*” y encima muy inferior a su costo real de acuerdo a su gramaje.

Los dos rubíes, igualmente, los tuvo que vender al precio que el joyero aquél dijo que era lo máximo que podía pagarle por ellos. Sin embargo, podría decirse que a fin de cuentas tuvo suerte, ya que el dueño de la joyería al verla tan desvalida y con un semblante tan lastimero, se compadeció de ella asumiendo que no era una ladrona. Pero eso no fue óbice para dejar de sacar para él, una buena tajada del negocio aquel.

Después de tomar un revitalizador jugo surtido de frutas con un buen sándwich de carne de cerdo, volvió a la casa de Lince y redactó la carta a su madre pidiéndole con urgencia sus certificados de educación primaria concluidos y del segundo año de media que tenía aprobado en el colegio secundario de Moyobamba. Entre ir a Moyobamba

la carta y volver de allí con los certificados, este trámite, calculó ella misma, que no sería menor a quince días.

Así que se puso a pensar cómo tendría que hacer alcanzar el dinero obtenido por la venta de los aretes hasta contar con aquellos documentos. Lo que decidió hacer fue provisionarse de camotes, papas, harina de alverja, chochoca, papa seca y por supuesto de huevos para poder hacerse con esos ingredientes, por lo menos una sopa al día. Además de aquello compró azúcar y alguna hierba aromática, aprovechando que todo lo de esa lista era por esos tiempos muy barato, en la paradita cercana a la casa donde vivía en Lince.

Cómo no tenía nada que hacer por las tardes, dio inicio a la tarea de por lo menos identificar los lugares donde podría conseguir su dichoso trabajo. Si tenía suerte —cosa que ella pensaba que hacía ya mucho tiempo la había abandonado por completo—, lograr una entrevista y ofrecer regularizar lo de presentar sus certificados, tan pronto se los remitieran desde la selva, podría ser una alternativa favorable para ella. Pero, esta tarea le resultó muy agotadora porque todo lo tenía que hacer a pie.

Sin embargo, parece que esa suerte que desde hacía bastante tiempo estaba siempre de espaldas a ella, comenzó a sonreírle una mañana. Dada su presencia colmada de facciones agradables y su conversación llena de giros sencillos, pero coherentes, que denotaban naturalidad y profundidad de pensamiento, además de verificar su

extracción de una familia modesta pero honesta y generosa, la aceptaron como operadora de lavandería en la Clínica Anglo Americana, con cargo a regularizar sus documentos tan pronto le llegaran desde su tierra.

En eso no tuvo problemas. Tan pronto sus documentos llegaron por “*correo certificado*”, que los tuvo que ir a recoger en la oficina central de esta entidad que quedaba a media cuadra de la plaza de armas de Lima, por no encontrarse ninguna persona en la casa de Lince para recibirlos, los presentó a su jefa inmediata. Jamás se sentiría más feliz cuando del área de personal al verificar su documentación y al tener presente su buen desempeño en la lavandería, la ascendieron a Auxiliar de Enfermería, gracias a la experiencia que demostró poseer con el certificado de trabajo que le expidieron en el Hospital Evangélico de Moyobamba y que su madre: doña Isolina, le envió junto con los demás papeles.

Allí en la Clínica Anglo Americana se reconoció con dos de sus familiares de Huacapampa. Una de ellas fue su prima Auristela Cabanillas Chávez y la otra, la hermana menor de ésta, Luzgardes. El padre de María Ida, Demetrio González Díaz, fue primo hermano de Celina Chávez Díaz, madre de las parientas que acaba de conocer allí.

Además, la madre de María Ida, doña Isolina Escalante Rojas, mientras vivió en Huacapampa, fue con Celina Chávez Díaz, parientas y amigas muy entrañables. Tan cercana fue la relación familiar y amical que tuvieron los

padres de María Ida con los de Auristela y Luzgardes que se formalizó en una relación de compadrazgo entre ambos. Así es como resultó enterándose también, que los padres de María Ida llegaron a ser padrinos de bautizo de Auristela.

Con Auristela la familiaridad y amistad que llegó a tener María Ida, se debió a que también a ella sus familiares la deportaron de Huacapampa a Lima, para que no siguiera viéndose con el padre de su hija Nelly Doralí, malquerido por muncha y una mala fama que éstos se habían ganado a pulso en aquel pueblo, por mujeriegos y desaprensivos con la prole que generaban en esas relaciones, aunque el padre de Nelly en la realidad fuera todo lo contrario.

Sin embargo, la sanción se cumplió y Auristela resultó residiendo en Lima en donde, sola y desamparada se conoció con Dionisio García, comerciante natural de la provincia huanuqueña de Llatas, de quien muy pronto se enamoró llegando a contraer matrimonio y tener una hija de él, a la que las monjas de la maternidad de Lima llamaron, al ponerle el agua de socorro por nacer a los siete meses, como María Elena y después como Rosa al asentar su partida de nacimiento. Rosa nació huérfana de padre, seis meses después de Alfredo, el hijo de María Ida.

Estando en Lima Dionisio García, padre de Rosa, contrajo el mal de neumonía, que era incurable en ese tiempo, aún en la capital de la república; sin embargo, al presentársele una leve mejoría en su salud, para recuperarse por completo viajó a Llatas su tierra natal, que según el mismo decía,

tenía un clima suave y saludable mucho mejor que el de Jauja, escogido en Lima por esa misma razón y para similares propósitos.

Allí en Llatas Dionisio sin saberse cómo, empeoró de la noche a la mañana y murió repentinamente sin dar tiempo a nada. A su inesperada muerte Auristela quedó embarazada de su hija Rosa a la que su padre ya no llegaría a conocer jamás. Cuando María Ida conoció a sus primas huacapampinas, Rosa, la hija de Auristela y Dionisio, no cumplía un año todavía y vivía al cuidado de su tía Ida y de su abuelita materna Celina Chávez.

Allí en esa misma clínica María Ida también se enteró que tenía primos varones: Gonzalo que trabajaba como obrero en el Cementerio Presbítero Maestro —que desde tiempos inmemoriales y hasta la fecha queda en Barrios Altos—; y, Luis, que se dedicaba a vender sombreros de paja bombonaje de hechura celendina, como buen “*shilico*” que era, en el centro del país, especialmente por Tarma y todo el valle de Chanchamayo.

Además de ellos conoció a una prima más: Lucila, que se encontraba en esos momentos buscando trabajo. Como el llamado de la sangre es bastante fuerte en los descendientes de “*shilicos*”, no tardaron las primas Auristela y Luzgardes en invitarle a su prima “*munchita*” María Ida, para que les visite en su casa del jirón Ancash N° 1440, interior 13, que era una quinta ubicada en el tradicional y antiguo Barrios Altos de la ya populosa Lima.

Conocer a la madre de sus primas Auristela y Luzgardes, es decir a su tía Celina Chávez Díaz, fue para María Ida como una bendición de Dios, porque tuvo la impresión de reencontrarse ni más ni menos que con su propia madre. Aquella mamá de sus primas era una mujer de costumbres pueblerinas como la suya, y si bien tenía muy marcado el dejo característico de los “*shilicos*” para hablar —a diferencia de su madre que más bien había adquirido un leve dejo selvático propio de los “*munchas*” del Alto Mayo y del Alto Huallaga—, era en contrapartida mucho más efusiva en sus demostraciones de afecto que su madre, la misma que, por el contrario y, presumiblemente, por la dureza de su vida al quedarse viuda tan joven, a María Ida le parecía que era más bien muy parca para demostrar su cariño y afectos, a sus seres queridos.

Dadas las actuales circunstancias en que se encontraba ahora María Ida, con un trabajo estable que le permitía satisfacer sus propias necesidades y con unos familiares de la tierra natal de su madre y de ella misma, que la acogieron jubilosos y felices de poder tenerla a su lado las veces que ella quisiera, pensó que así sería el resto de su vida.

Los domingos desde muy temprano se iba en los buses verdes de la línea veintiséis desde Lince hasta Barrios Altos, para pasar el día allí con sus familiares huacapampinos y, algunas veces, al salir del trabajo a las cinco de la tarde de los sábados, hacía lo mismo a petición de sus primas Auristela y Luzgardes, con quienes tomaba

la línea catorce de buses de servicio público, para ir a tomar el chocolate con molletes calientes todavía, con los que la madre de aquellas solía esperarles y agasajarles.

En algunos de esos días, al no poder regresar a Lince por la noche, porque la línea de buses de la línea veintiséis sólo cubría su servicio, hasta las ocho pasado meridiano, María Ida a instancia de sus primas y de su tía Celina, se quedaba a dormir allí en esa casa, que a pesar de ser pequeña la albergaban con cariño; porque, si bien la casa podía ser chiquita, el corazón de ellos era grande como un enorme “*chibche*” o también llamado “*Chiclayo*” en la sierra.

No tardaría mucho en comenzar a salir por las noches en compañía de su primo Gonzalo, a tomar un jugo surtido de frutas casado con una butifarra especial de asado de chanco con cebollas y lechuga, en la bodega que quedaba al inicio de la plazuela de Santo Cristo viniendo por el jirón Ancash, de propiedad de un japonés al que todo el mundo llamaba solamente el chino “*Huanchurino*”.

Otras veces salían a comer una porción de anticuchos, pancitas o choncholíes, que por esa cuadra del jirón Ancash y, debajo de la fronda de unos enormes ficus que crecían libres como el viento en una de sus amplias veredas, “*abundaban más que pulgas en panza’e perro*”, según el buen decir de aquellos “*shilicos*”.

Antes de que pasara mucho tiempo, lo que tuvo que ocurrir, simplemente ocurrió. Gonzalo Cabanillas Chávez resultó

enamorándose perdidamente de su prima “*munchita*” María Ida, a pesar de la cerrada desaprobación de su madre, que para ese entonces ya estaba en condición de abandonada por su esposo Norberto Cabanillas Aliaga, tuerto, mujeriego y de ocupación comerciante como Faustino Escalante, el abuelo materno de María Ida.

Pero, éste último, que por añadidura era “*muncha*” y también comerciante, fue con quien llegó a casarse en Huacapampa hacía ya mucho tiempo Asunción Rojas Sánchez, madre de Isolina Escalante Rojas. Si bien en Huacapampa todos sus habitantes suelen reconocerse como parientes por algún lado de su línea genealógica, el caso de Gonzalo y María Ida era que realmente eran primos en segundo grado.

Por ese detalle era que Celina Chávez se oponía un poco más que cerradamente a ese matrimonio, ya que ella no olvidaba el grado de parentesco muy cercano que existía realmente entre los casamenteros. Sin embargo, como para ese entonces nuevamente Auristela resultó en locos amores con un guardia civil de malas pulgas, llamado Félix Sorados Lostanau, y viendo que María Ida se había encariñado de un modo muy especial con Rosa —la segunda hija de aquella—, niña a la que como una forma de compensación por no tener a su hijo cerca de ella, comenzó a querer como a una hija propia, Gonzalo y María Ida decidieron pedir permiso al mismísimo Santo Padre en El Vaticano de Roma, para que se lleve a cabo su matrimonio.

Como el permiso papal no hubo cuándo llegue, Gonzalo y María Ida convencieron al párroco de la Iglesia de la Virgen Del Carmen del jirón Junín de Barrios Altos, de que el tal permiso no era necesario por ser parientes “*muy lejanos*”, en razón de lo cual y en una ceremonia familiar casi privada, resultó celebrando el sacramento del matrimonio para ellos, declarándolos marido y mujer.

A esa ceremonia no asistió la madre de Gonzalo, porque desde un comienzo ella desaprobó esa relación. Según ella decía, no era bueno casarse entre primos porque Dios castiga y los hijos salen con rabo o con cualquier otra tara. Ese matrimonio tampoco contó con la aprobación de Isolina Escalante, madre de María Ida, que se enteró de la noticia allá en *La Ochora*, por una carta de su propia hija. Ella, por su parte, creía que casarse entre primos hacía que la sangre se degenera en lugar de mejorarse. Según ella, por casarse con su primo Demetrio, su hijo Reynerio les había salido con leve retardo mental.

Finalmente, ambas madres tuvieron que aceptar ese matrimonio ante la consumación de los hechos. María Ida estaba ya embarazada de una hija a la que cuando nació llamaron Dora Isabel. Desde antes de eso, los esposos Gonzalo y María Ida, ya habían asumido la responsabilidad formal de cuidar a Rosa, hija de Auristela, a la que criaron como a suya.

Muchos años más tarde, su prima y cuñada Auristela le hizo este reproche a María Ida: “*Que pues, tú Idita, te has hecho*

la buenaza de hacerse cargo de mi hija Rosa, para criarla a tu gusto para que se case con tu hijo Alfredo”, que contrajo matrimonio con aquella el 18 de diciembre del año de mil novecientos sesenta y cinco, tan pronto se hubo titulado de profesor de educación primaria, en la Escuela Normal Superior de Cajamarca.

CAPÍTULO XVIII

“Mi abuela es mi madre, proclamó el espurio”

Alfredo Izaguirre González, hijo de Hildebrando Izaguirre Ríos y María Ida González Escalante, vivió bajo la tutela y cuidado de su abuela doña Isolina Escalante Rojas desde un año de nacido, o sea desde el veintitrés de diciembre de mil novecientos cuarenta y cuatro, hasta los doce años de edad, fecha en la que, a fines del mes de marzo de mil novecientos cincuenta y cinco, vino por primera vez, a la histórica ciudad de Cajamarca para reunirse con su madre biológica, supuestamente para quedarse con ella para siempre.

Sin embargo, antes de que eso ocurriera, es decir, en el mes de diciembre del año de mil novecientos cincuenta y dos, de improviso y sin que nadie lo esperara ni lo presintiera, María Ida resultó comunicando telegráficamente a su madre en *La Ochora*, que el día dieciocho de diciembre

estaría llegando al aeropuerto de Moyobamba y, que la esperaran con caballos, porque venía con sus hijos Lucho de cinco años de edad, Celina de tres y Jorge de uno.

Para esa fecha, Alfredo —primer hijo de María Ida, que se quedara al cuidado de su abuela, la vez que aquella fuera “*deportada*” a Lima— tenía nueve años de edad cumplidos y estaba concluyendo el segundo año de educación primaria en la escuela de varones de *La Ochora*. Para él, enterarse que por fin llegaría a conocer a su madre, se convirtió en un acontecimiento mágico que lo bañó, de pies a cabeza, con miles de fantasías e ilusiones.

Se veía ya recibiendo abrazos y besos de parte de su madre en cantidad inimaginable, debajo del enorme zapote del codo del río Inoche donde, alguna vez ella casi se ahoga, según esas locas ilusiones suyas, para compensarlo por no haberle dado esas caricias por tantos años desde que los separaron cuando apenas tuvo un año de edad.

Alfredo se imaginaba paseando cogido de la mano de su madre por los intrincados caminos para llegar a las cumbres del Morro, mientras las naturales ventiscas de ese altísimo lugar, los amenazaban con elevarlos del suelo hasta los copos de nubes blancas, con las que siempre acostumbraba cubrirse aquella mole ígnea antes de un aguacero torrencial o una lluvia mansa. Se imaginaba bajando de ese mismo Morro, volando junto a su madre en las alas del viento y recibiendo de ella a raudales, sus ansiadas caricias y sus mimos maternos.

Se imaginaba, en fin, en un mundo nuevo en el que él vivía completamente feliz en su pueblo natal de *La Ochora*, bajo el amparo de dos madres en lugar de sólo una, como los otros niños que allí conocía. Una de esas madres era su abuela, por supuesto, la que siempre estuvo con él y, la otra, sería aquella que sabía él que tenía; pero, que nunca estuvo a su lado. Sin embargo, ahora vendría ella, justamente, en uno de los aviones de la Faucett.

Sus parientes más cercanos; pero, especialmente su tía Josefa Tejada de Escalante, siempre le habían dicho que su madre era una mujer muy bonita. Que tenía la piel muy blanca y el cabello del mismo color de sus ojos, negrísimo y de mirada profunda. Que era muy buena pero que sufrió mucho a consecuencia, justamente, de haberlo concebido a él a los diecisiete años de edad cuando ella estudiaba el tercer año de secundaria en Moyobamba. Que en castigo por esa falta le obligaron a viajar a Lima en donde tuvo que quedarse a vivir y trabajar, sin poder, desde entonces, volver a reunirse con él, que era su primer hijo.

Sabía que su madre cuando estuvo trabajando en Lima, se conoció y se casó con un señor llamado Gonzalo Cabanillas Chávez. Que tenía, a consecuencia de ese matrimonio, tres hermanos: Dora Isabel, dos años menor que él, Luis Edwin y la pequeña Celina; pero que, además, por ser su madre tan buena y generosa, ahora estaba criando también como hija suya a su sobrina Rosa y a Jorge, tercer vástago de su tía Yolanda y hermana menor de su madre, por haberse

quedado huérfano apenas nació en Tacna, que era una ciudad muy lejana que quedaba nada menos que en la frontera con Chile, al Sur del Perú. En fin, sabía muchas cosas acerca de su madre, pero no sabía cómo podía ser un abrazo o un beso de ella, porque si los recibió antes de tener un año, de eso no tenía ni el más leve recuerdo.

Cuando por fin llegó el día de viajar hasta Moyobamba para recibir a su madre, que aterrizaría en el avión Faucett de itinerario de las once de la mañana, tan pronto comenzó a anunciar el primer canto del gallo que el día ya iba a comenzar a clarear, si bien su abuela lo tuvo que despertar del dulce sueño, él mismo se encargó de ir a recoger primero al “*Ruso*” —el caballo de la familia—, de la pampa que circundaba en ese tiempo a *La Ochora* y después, montado sobre él, buscar al “*Alazán*”, hermoso caballo de ese raro color y de paso fino de su tío Luis Estauromiro que acostumbraba pastar en un lugar casi opuesto en el que lo hacía el “*Ruso*” que, más bien andaba aquerenciado por las cercanías de la “*cocha*” de “*Viejo Chimba*”, en tanto el “*Alazán*” lo hacía al oeste del pueblo, pasando “*Shiruy Cocha*” por las pampas interminables de Chota.

Cuando ya los dos caballos estuvieron listos y aperados para el viaje, lo cual incluía acondicionar sobre la montura de cada uno de ellos un poncho enjebado para la lluvia —porque diciembre es y será un mes de lluvias torrenciales en la selva—, a las siete de la mañana en punto y sin

olvidarse de subir sobre el “*Ruso*” la alforja con los juanes del fiambre, Alfredo tan pronto vio que su abuela estaba ya montada en este manso animal se trepó de un salto a su anca, que era el sitio en el cual él siempre viajaba cuando lo hacía en compañía de ella. En el otro caballo, el “*Alazán*” se treparon sus tíos Demetrio y Caleb. Su tío Reynerio tuvo que hacer el camino a pie, no sin renegar un montón en contra de sus dos hermanos menores que le avivaron con el caballo.

El viaje de *La Ochora* a Moyobamba duraba en aquellos tiempos, a buen paso y en buenos caballos, tres horas exactas, salvo que el cauce del río Indoche, al cual se tenía que vadear, estuviera con poca agua y no hubiera necesidad de des-aperar los caballos ni bandear en canoa al río. Pero no fue así, el río estuvo ligeramente turbio y con agua a la mitad de su cauce, en razón de lo cual, a las diez de la mañana, la comitiva de recepción de María Ida proveniente de *La Ochora*, estuvo instalada en el aeropuerto de Lluyllucucha esperando a la viajera y sus tres hijos. Como resultaba obvio, el que más expectativa tenía por la llegada del avión era Alfredo, que ansiaba más que nunca poder conocer a su madre.

El avión aterrizó a las once y diez de la mañana, con un sol brillante y quemante que no presagiaba otra cosa que no fuera la caída inminente, más tarde o más temprano, de un recio y tremendo aguaceral. Pero, por más amagos de lluvia que se presentaran en ese momento en el pequeño

aeropuerto de Moyobamba, acompañados de ventiscas a cuál más fuertes, no llovería sino hasta más allá del mediodía, presumiblemente cuando la comitiva de recepción junto con María Ida y sus tres hijos, iniciaran el viaje de retorno a *La Ochora*.

En medio de la gran expectativa de todos los familiares que viajaron desde *La Ochora* hasta Moyobamba ese día; pero, especialmente, en medio de la desesperada ilusión de Alfredo por conocer a su madre, por fin surgió por la puerta del pequeño avión bimotor la figura de ella, a la que reconoció no por conocer cómo era ella sino por los comentarios de los demás que decían que “*por la puerta por fin ya salió Idita*”. La imagen materna en ese momento para Alfredo, fue algo así como la visión, por fin, del ícono máspreciado de toda su vida y, como una bella visión se quedaría para siempre en la mente de Alfredo.

Sin embargo, el niño se había ilusionado pensando que lo primero que haría su madre al poner pies en tierra sería preguntar por él. Pero en la realidad no fue así. Cuando por fin ella y sus tres pequeños traspusieron la valla de madera que separaba la casa de recepción del local del aeropuerto de la pampa de aterrizaje, su tío Demetrio después de un rápido abrazo de bienvenida recibió de los brazos de ella a Jorge, que apenas tenía un poco más de un año de edad, por lo que su madre quedó libre de ese cuidado; pero, en ese momento su abuela y sus otros dos tíos, que eran mucho más grandes que Alfredo, que hubiera querido hacer lo

mismo y ser el primero, se abalanzaron a abrazar a la recién llegada con mucha efusividad y otras tantas preguntas. Sólo después de varios minutos de interrogantes y respuestas que le parecieron una eternidad completa a Alfredo, oyó decir a la que todos decían que era su madre:

— Mamacita, y... ¿A mi Alfredito lo han traído a Moyobamba o se ha quedado en *La Ochora*?

— ¿Se va a quedar ya pue allá en *La Ochora*, sabiendo que la que va a llegar es nada menos que su madre? —Le contestó de inmediato la abuela de Alfredo: doña Isolina, a su hija recién llegada—.

— Y... ¿dónde está?

— Acá estoy... ¡Acá estoy, mamá! —sin saber por qué, le costó decir la palabra “*mamá*”, pero la dijo y... con mucha fuerza. Después, todos abrieron camino para que, por fin, ella y él pudieran acercarse y fundirse en un abrazo cálido; pero, lleno de lágrimas, por parte de ella, y de reproches escondidos que jamás pronunció, por parte de él—.

Después de eso, Alfredo le oyó decir a su abuela, que era mujer no muy proclive a hacer demostraciones de afecto de esta naturaleza:

— ¡Ya déjense de tanto arrumaco!, que tenemos que regresar a *La Ochora* porque, según parece, de la lluvia que se avecina no nos vamos a librar en el camino. Pero, si nos

apuramos en partir, ojalá que caiga el aguacero cuando hayamos pasado el río, para poder almorzar en el tambo del “*vadero*” y esperar allí bajo sombra a que escampe, una vez de lo cual, podremos seguir el viaje con tranquilidad.

En ese momento Caleb —el último de los hijos de doña Isolina y al que se referían familiarmente como “*el Shulca* a veces y *el Huinsho*”, otras veces— le pidió los tickets de sus equipajes a su hermana María Ida y con ellos se fue a reclamarlos a la administración del aeropuerto. Reynerio mientras tanto fue a traer los dos caballos.

En menos que canta un gallo, las dos maletas de cuero que constituían todo el equipaje de los recién llegados, estuvieron acondicionadas en el “*Ruso*” y la alforja con los juanes de fiambre en el “*Alazán*”. Luego de lo cual, la abuela de Alfredo dispuso que sobre el “*Alazán*” vaya su hija María Ida con el pequeño Lucho en el anca, ya que sobre el “*Ruso*” irían ella —en lo que quedaba de montura después de colocar allí las maletas—, su nieto Alfredo en el anca y su nieta Celina en la grupa. Demetrio se encargaría de llevar, cargado sobre su espalda, al más pequeño de todos: Jorge, quedando Reynerio y Caleb para que le ayuden en caso de que éste se cansara.

Cuando llegaron al vado por donde tenían que cruzar el río Indoche, éste se encontraba con el agua muy turbia de bote a bote y casi rebalsando de su cauce, pero todavía no llovía. Sin embargo, tan pronto como los varones de la comitiva comenzaron la labor de des-aperar a los caballos y

acondicionar los equipajes en la canoa, el aguacero comenzó a caer, aunque sin mucho entusiasmo. Todo fue que los viajeros se acondicionaran para almorzar los juanes que trajeron de fiambre en el tambo del “*vadero*”, cuando los truenos y relámpagos comenzaron a manifestarse como si quisieran asustar a los niños que recién habían llegado de viaje. Fue entonces que la abuela de Alfredo dijo con cierta solemnidad:

— Primera tanda. Faltan todavía dos. Porque son tres: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Que pase la del Espíritu Santo y... nos vamos —y mirando a sus nietos Lucho y Celina les dijo para calmarlos— no se asusten hijitos con los truenos y los relámpagos, acá en la selva así es la lluvia.

— No se asustarán mamacita —le aclaró de inmediato su hija María Ida— allá en Tarma también llueve a cántaros y, a veces, con truenos y relámpagos igual que aquí. Ya están acostumbrado a esas cosas.

— Qué bueno hijita. Pero siempre es bueno prevenirles.

Dicho y hecho. Después de la primera tanda que llegó con truenos y relámpagos, hicieron acto de presencia las otras dos, sólo con caída de agua, eso sí a raudales. Pero la lluvia no escampó por completo al término de la última y definitiva tercera tanda, como era de esperarse, sino que siguió cayendo como una garúa fuerte. Como todos ya hubieron dado cuenta de sus juanes de fiambre, ensillaron

los caballos, desempacaron los ponchos enjebados, acomodaron de nuevo el equipaje y se reinició el viaje, pero esta vez, los niños que iban en las ancas y en la grupa de los caballos tuvieron que viajar a oscuras, debajo de los ponchos de jebe y así llegaron hasta *La Ochora*, cuando la tarde todavía estaba caliente y las calles de tierra seguían emanando por todos lados vapor de lluvia.

La vida de Alfredo en *La Ochora* siguió su curso, pero ya no con la cotidianidad de siempre. Su hermano menor: Lucho, resultó convirtiéndose en algo así como su rabo. No había lugar al que él se fuera que no tuviera que cargar con el hermanito menor, que apenas tenía seis años y que era un preguntón empedernido. Llegó la navidad y también el año nuevo. Ya por las cercanías de la celebración del carnaval, que ocurrió ese año a fines de febrero, cierta noche en que en la plaza de armas del pueblo se juntaban los muchachos para hacer travesuras, la tía Leticia de Alfredo, o sea la esposa de su tío Luis Estauromiro, llegó a la casa de la abuela de Alfredo para acusarlo de haberlo sorprendido haciendo una malcriadez sin nombre.

El caso fue que esa noche un muchacho ya casi joven de los que estuvieron en la plaza, hizo una demostración inverosímil, ante el festejo y lo risotada de todos los presentes. Al parecer, como tenía las tripas colmadas de gases, al peer lo hacía ni más ni menos simulando en bajos, el canto agudo de un gallo. Como Alfredo estuvo en esa oportunidad con su hermano Lucho, quiso demostrarle que

él también podía hacer esa proeza “*pedestre*”. Lamentablemente para él, cuando trató de hacerlo, sólo le salió un sonoro, ronco y chusco cuesco, justo en el momento en que su tía Leticia comenzó a pasar por su lado.

Cuando Alfredo y su hermano Lucho llegaron a la casa de su abuela, ésta ya estaba esperándoles con “*el caramelo*” en la mano. El famoso “*caramelo*” era un pedazo de rienda de caballo deshilachada, con el que su abuela solía castigar a Alfredo las veces que éste cometía una travesura imperdonable.

Según su propia taxonomía de las faltas, ésta que le acusó su tía Leticia, era una de ellas. Al ver María Ida que su madre iba a castigar a sus dos hijos, porque esa abuela era de la idea de que cuando llueve todos se mojan, salió en sus defensas, arguyendo que como eso era cosa de muchachos, no merecían un castigo de la magnitud que presentía ser ejecutoriada en su delante. Frente a esto, su madre le dijo:

— Si no te retiras, a ti también te va a caer por consentidora.

Al saber Alfredo por experiencia propia que su abuela era capaz de hacer lo que decía, intervino de inmediato:

— Deja mamá Ida que me castigue mi abuela, porque mi abuela es mi madre...

CAPITULO XIX

El reencuentro definitivo de María Ida con su hijo, en Cajamarca

Cuando María Ida se instaló como debe ser en la vieja casa de teja de su madre en *La Ochora*, —es decir, a partir del segundo día en que ésta le señaló en el altillo las camas donde dormirían ella y sus descendientes, para lo cual dispuso que sus hijos varones bajaran a dormir en el primer piso de la casa de techo de crisnejas de palma para huéspedes—; lo hizo pensando en quedarse a vivir allí para siempre o por el tiempo que Dios le diera de vida, ya que no estaba en sus planes volver a Tarma al lado de su esposo Gonzalo Cabanillas; pues, lo había sorprendido nada más y nada menos, viajando de arriba para abajo, es decir, de Tarma a Lima y viceversa, encima dándosele de dadivoso, con una prima suya llamada Nícida Chávez Aliaga.

La noche de su arribo a *La Ochora* fue bastante alborotada debido a que Demetrio, su hermano menor, con la colaboración del acordeón de su amigo Onésimo Torres y de toda la familia, le improvisaron una sonora y ruidosa fiesta al puro estilo “ochorino”, en donde la “cipucha” de Onésimo Torres y las “maracas” que consiguiera su hermano Demetrio —sabe Dios de donde—, hicieron bailar a todo el mundo.

El único inconveniente que transitoriamente María Ida tuvo en la fiesta fueron los “celos afiebrados” de su hijo Lucho que, no permitió hasta que el sueño lo venció, que bailara su madre con ningún “desconocido”, lo que para él eso significaba “*todos los allí presentes, sin excepción, comenzando por los propios hermanos de la recién llegada*”.

No se llegó a saber jamás la magnitud del resentimiento que María Ida llegó a tener con su esposo Gonzalo Cabanillas allá en Tarma, porque de eso no quiso hablar con nadie, salvo con su madre y sólo una vez. Pero lo cierto era que ella regresó a *La Ochora* para iniciar una nueva vida, sola.

En sus planes no entraba para nada el marido del cual acababa de separarse. Si Isolina Escalante al quedarse viuda lo pudo hacer con diez hijos, nueve que le dejó su esposo Demetrio González al morir y uno que le dejara, hace más de diez años, ella misma... ¿Cómo diablos ella no podría hacerlo? Según pensaba, era cuestión de buscar un trabajo en lo que fuera y salir adelante con los cuatro hijos que

ahora ya tendría: tres que trajo de Tarma, más su hijo Alfredo, al que dejara ella hace varios años al cuidado de su madre.

Sin embargo, en la realidad, dura como ya se sabe que es, ese trabajito no había cuando llegue. Estando en ese trance, se dedicó algunos meses a tejer sombreros de paja de bombonaje que, para su suerte, los manufacturaba en unas hormas de madera, que su madre tenía guardadas en un rincón de la casa, beneficiando primero los cogollos de las plantas de bombonaje que doña Isolina tenía en su chacra. Una vez terminados de hacer los sombreros, su hermano Luis Estauromiro le compraba, por ser proveedor de estos, a un negociante de Celendín.

Su madre, doña Isolina, generosa como era, cuando obtenía algún ingreso extraordinario, como el que ocurría por la venta de un chanco bien gordo y cebado, le ayudaba proporcionándole algún dinero en efectivo. Pero, como era obvio suponer, nunca era suficiente y siempre seguía en esa necesidad de tener que pasar los días sin atenerse a nada. Eso le resultó algo duro, por estar acostumbrada a recibir de su esposo una cantidad todos los días como “*el diario*”.

Hasta que una tarde de inicios de mayo, cuando los chubascos de abril comenzaron a esconderse para siempre en las nubes blancas que, ya sólo podían verse por los cerros azules que existen más allá de Rioja, resultó llegando a la casa de su madre el director de la escuela de varones el profesor don Nicanor Reátegui, inspector distrital de

educación encargado de *La Ochora* y amigo de la familia González-Escalante desde hacía mucho tiempo.

Como María Ida justo en ese momento tejía muy empeñosamente, un sombrero a un costado de la puerta para aprovechar mejor la luz del día, después que ella lo saludara atentamente a su llegada, fue su madre doña Isolina la que recibió al ilustre visitante, el mismo que, por ser colega de su hermana María Timotea y también su amigo de hace mucho, se dirigió hacia ella con la confianza que da la amistad en esos casos.

Una vez que don Nicanor Reátegui se acomodó en la silla de madera que la madre de María Ida le ofreció a un lado de la enorme sala del primer piso de la casa de teja, como quien no da importancia a las cosas, al ver que María Ida seguía trabajando empeñosamente, le hizo a su madre la siguiente pregunta:

— Disculpa Ishuquita, ¿su hija María Ida va a quedarse acá en *La Ochora* todavía por algún tiempo?

— Hasta donde yo estoy enterada don Nicanor, va a quedarse a vivir acá, eso si no sé hasta cuándo, porque siendo joven todavía podría decidir otra cosa en cualquier momento.

— Ah claro, por supuesto. Pero, ¿por lo menos se quedará a vivir acá lo que resta de este año?

— Eso es más que seguro amigo Nicanor.

— Entonces creo que me podrá aceptar un trabajito de profesora reemplazante en la escuela elemental. Como usted se habrá enterado, la profesora Encarnación Del Águila, por su edad, ha pedido su cesantía con fecha primero de mayo de este año. Ahora estamos a tres y me queda poco tiempo para tramitar a la Inspección Provincial de Moyobamba su expediente. Si no lo hago y no propongo a nadie, ellos enviarán de Moyobamba una reemplazante.

— ¿Existe entonces la posibilidad de que mi hija María Ida reemplace a la profesora Encarnación, por lo menos hasta fin de año?

— Más que eso amiga Isolina. Podrá quedarse ella con ese trabajo y jubilarse allí, si lo desea. Es difícil contar con profesores titulados que quieran venir a trabajar a pueblos como *La Ochora*. Sobre eso, ella puede también convertirse en profesora titulada. Hay cursos de perfeccionamiento magisterial en Moyobamba y Lima que, yo sé que ella podría aprovechar muy bien. Para que termine su secundaria, estaría Moyobamba, donde ahora se brindan esos estudios. Y para estudiar pedagogía, está la ciudad de Lima.

— Que ha dicho usted con eso amigo Nicanor. Hable ahorita mismo con ella. Pero yo, acepte ella el trabajo o no, le estaré muy agradecida.

María Ida hasta ese momento, no se percató de nada de lo que conversaron su madre y don Nicanor, embebida como

estaba en terminar de hacer el sombrero que tejía entre sus manos. Cuando su madre le pidió que dejara de tejer y se acercara a donde ellos estaban, pues don Nicanor quería preguntarle algo, ella se acercó con la inocencia que ignorar algo completamente, se ve reflejada en la cara de una persona. Don Nicanor no se sorprendió de algo que es natural y comenzó una conversación en la cual él tenía como objetivo lograr una aceptación de ella.

— A ver Idita, como tal parece por lo que yo veo en tu carita, no te has enterado de nada de lo que yo conversaba con tu madre, te preguntaré algo: ¿deseas trabajar de profesora desde mañana?

— En cuál de las escuelas don Nicanor

— En la escuela elemental Idita, la que dirigía la señora Encarnación Del Águila Rodríguez hasta fines de abril. Como es correcto en estos casos, el puesto que tendrías sería de profesora auxiliar, porque la plaza de directora que está quedando vacante, se le tendría que encargar a la señora Blanquita Urteaga de Rojas, por su antigüedad. Así que, ¿aceptas el trabajo Idita?

— Por supuesto don Nicanor, qué duda cabe.

— Entonces quedas contratada y desde mañana debes asistir a tu centro de trabajo. Yo te alcanzaré más tarde el memorando de posesión de cargo respectivo. Es más, mañana yo mismo iré personalmente a darte posesión de cargo, a la hora de ingreso al plantel, como entregar a la

señora Blanquita su memorandum de encargatura de la dirección de esa escuelita. Eso sí, ahorita mismo prepara tu expediente para que, a más tardar a fines de esta semana, yo esté haciendo la propuesta formal de tu contratación a la Inspección Provincial de Moyobamba, con antigüedad del dos de mayo, para que te paguen el mes completo.

El famoso expediente consistiría en su partida de nacimiento que, sí tenía y, de sus certificados de estudios hasta el segundo año de secundaria, que también tenía, más la solicitud de ese trabajo que tendría que hacerse en papel sello quinto que, era lo único que tendría que comprar en la Caja de Depósitos y Consignaciones de Moyobamba. Pero de eso se encargó su hermano Reynerio que viajó hasta allá para adquirirlo. Al tercer día alcanzó el famoso expediente completo, tal y cual don Nicanor dejó indicado, pero ella ya había comenzado a trabajar en esa escuelita.

Casi paralelamente a su nombramiento, María Ida recibió un telegrama desde Tarma de su esposo Gonzalo, por el cual le comunicaba que le había hecho un giro a través de la Caja de Depósitos y Consignaciones. Al leerlo, sonrió y se dijo para sus adentros: *“Cuán cierto es eso de que cuando Dios quiere dar, lo da a dos manos”*.

Al día siguiente pidió permiso por un día en su nuevo trabajo e igual sacó permiso para su hijo Alfredo, que cursaba ahora el tercer año de primaria y, juntos y muy de madrugada, fueron a Moyobamba a hacer la cobranza del giro aquél. Con lo que recibió hizo las compras de lo que

más necesitaban sus hijos. A su hijo Alfredo le compró su segundo lapicero marca “*Esterbrook*”, ya que éste ya tenía uno de tinta azul, obsequio de su tía Oderay que trabajaba en Lima, por lo que este segundo lapicero lo destinaría para tinta roja. Antes de regresar a *La Ochora* fueron a almorzar juanes en el restaurante del “*Primo*” del Águila, conocido justamente por preparar los juanes más sabrosos no sólo de Moyobamba, sino de toda esa enorme región formada por el valle del Alto Mayo.

De allí en adelante María Ida cobraba cada mes en Moyobamba, sueldo de profesora y un giro de parte de su esposo Gonzalo. Además de eso, por lo menos una vez al mes, recibía carta de él, cuyo contenido sólo ella conocía. Podría decirse que su vida había cambiado diametralmente, con respecto a los meses anteriores en que no disponía casi de ningún ingreso fijo. Hasta que llegó diciembre. Era el mes en que ella hizo su llegada a *La Ochora*, por lo que había pasado ya cerca de un año desde entonces.

Era costumbre por aquel entonces, que desde el poblado más importante vayan “*jurados*” a tomar examen a los alumnos de las escuelas de los pueblos más pequeños. A *La Ochora* venían designados los “*jurados*” desde Moyobamba, pero la escuela que los recibiría estaba obligada, según la costumbre, de enviarles caballo y propio para que vengan desde allí, así como de brindarles alojamiento y estadía por el tiempo necesario, garantizándoseles una alimentación algo especial que por

lo general consistía de sopa y segundo a base de gallina o cualquier otra ave de corral.

Si en la dieta iba a venir cuy, había que preguntarles a los agasajados, para ver si aceptan, debido a que en la selva no es muy frecuente comer estos roedores, porque no se acostumbra criarlos como sí se hace de modo casi natural en la sierra.

A Alfredo, el hijo de María Ida y nieto de doña Isolina, le encomendaron la tarea de llevar un caballo para que uno de los jurados, porque eran tres, venga a *La Ochora*. Cuando Alfredo llegó a Moyobamba, se enteró de que el esposo de su madre, Gonzalo Cabanillas Chávez, había llegado en el avión de ese día desde Chiclayo.

Inmediatamente lo ubicó en la casa de su tía Zaida Escalante y luego de presentarse ante él, en su generosa ingenuidad, decidió cederle el caballo que había traído en lugar de hacerlo al jurado. Pero los adultos que lo escucharon, más sensatos y correctos, le denegaron la oferta y casi le obligaron a que vaya de inmediato a hacer entrega del corcel a la persona para la que estaba designada esa movilidad.

Tan pronto regresó de dejar el caballo al jurado, acordó con su padre político viajar de inmediato a *La Ochora*. Iniciaron el viaje a pie, pasadas las cuatro de la tarde. Si caminaban bien, podían llegar a su destino antes de que oscurezca. Así lo hicieron. Su madre, cuando su hijo Alfredo le dijo que su

esposo estaba a la entrada de la casa descansando un poco del viaje, no le creyó. Le increpó incluso que él también ya se hubiera conchabado con sus hermanos Demetrio y Caleb Cahuide para jugarle esa broma.

Sin embargo, ante tanta insistencia de su hijo, salió a ver qué es lo que realmente estaba ocurriendo. Al reconocer que la persona vestida de terno gris que se limpiaba con su pañuelo el sudor de su frente era su esposo Gonzalo, allí mismo, después de algunas dudas, se fundieron en un abrazo por el que quedaron borradas y perdonadas todas las cosas malas que hubieran pasado anteriormente entre ellos, sea de quien sea la culpa, ya que, con suerte, los “*amistes*” tienen ese carácter y esa naturaleza sin ninguna sombra de duda.

María Ida por boca de su propio marido, se enteró que, a su regreso de Moyobamba, él tendría que ir a Cajamarca para hacerse cargo de una de las dos camionetas cerradas de veinte pasajeros con las que iba a comenzar a operar la Empresa A y S Días, de sus primos Arturo y Sebastián Díaz, transportando pasajeros de Cajamarca a Trujillo. Según le aclaró, no podía desistirse porque ya había aceptado ese nuevo trabajo, además de haber renunciado al que tuvo en Tarma en la Empresa González. Por lo tanto, tendrían que ir todos a Cajamarca.

— ¿Y mi hijo Alfredo, que será de él otra vez? —se preguntó María Ida para que su consorte le escuchara con la debida claridad—.

— De tu hijo es de quien menos tendrías que preocuparte Idita. Tan alhajita es ese tu cholito que, por mí, mañana mismo que viaje junto con nosotros a vivir en Cajamarca —le contestó su marido sin pestañear—.

— No creo que sea así de fácil, Gonzalo. Él ha vivido desde un añito con mi madre. Para él, más que yo, ella es su verdadera madre. No estoy segura que quiera venir a vivir así de repente con nosotros.

— Tiene que hacerlo pues Idita, no le va a quedar otra. Ya está en cuarto año de primaria. El quinto año lo haría ya allá en Cajamarca junto a nosotros. Allí va a estar también Rosa, a la que tú has criado como a hija, y también estará Dora, su hermana. Con Lucho y Celina, no hay nada que decir, ya se conocen. Han estado juntos todo este año acá en este hermoso pueblo. Y... allá podría estudiar la secundaria y hasta la superior, pero ya a tu lado.

— Mira Gonzalo, quizás esto que te voy a decir no llegues nunca a comprenderlo bien. Resulta que acá, cuando su abuela Nati nos quitó a nuestro Jorgito, no te imaginas cuánto sufrimiento me ha producido eso. Y yo, a pesar de que me duela el corazón por tener que separarme de nuevo de mi hijo, no podría darle ese dolor a mi propia madre. Para ella, Alfredo es su hijo y hasta más que eso, de repente, porque según ella misma dice, que el amor y cariño por el nieto es más fuerte que el que se siente por los hijos. Alfredo es su primer nieto, lo ha criado como a su hijo desde un año... ¡Ay Gonzalito, yo no sé qué voy a hacer!

— Déjame que yo le hable a mamá Isolina sobre eso, Idita. Acá ese muchacho no va tener el mismo porvenir que le espera en Cajamarca. Eso si te lo digo con convicción.

— Sobre eso, hay otra cosa Gonzalo. Yo acá tengo un trabajo seguro de profesora. Tengo además la posibilidad de hacerme profesional. Hay cursos de perfeccionamiento para los maestros al cual podría acogerme desde el próximo año...

— Naca la piriñaca Idita. Tú vienes conmigo a Cajamarca antes de que termine este año, porque desde el primer día del próximo, debo estar a cargo de un carro nuevecito, que manejaré de Cajamarca a Trujillo. Yo me comprometí a eso y no puedo ya deshacer ese trato. Además, a mi hija Dora y a nuestra hija Rosa, porque es como si lo fuera, ya quedé en recogerlas de Lima antes de navidad.

Por la noche no se sabe qué tanto conversarían María Ida y su marido, pero como es cosa sabida, debajo de sábanas se solucionan muchos problemas insolubles. Cuando conversaron con Alfredo, éste les dijo taxativa y tajantemente que se quedaba con su abuela, porque su abuela era su madre.

En razón de esa respuesta, María Ida otra vez antes de navidad, como la vez en que fue desterrada a Lima y separada de su hijo, viajó en avión con su esposo y sus hijos Lucho y Celina a Chiclayo, lugar desde el cual viajarían por

tierra a Cajamarca, donde residirían hasta que la vida les aguante. Esta vez no solo regresaba a la costa dejando a su hijo Alfredo, también dejaba a su hijo Jorge.

Pero al igual que la vez anterior, María Ida esta vez, también, se subió al avión bimotor de la Faucett, llorando por perder por segunda vez a su hijo Alfredo y por dejar allí a su hijo Jorge. Lloró casi todo el viaje hasta Cajamarca, ayudado por su hijo Lucho que no quiso viajar sin su hermano “*con el cual había andado tanto por esas selvas*”. Celina, también ayudaba a llorar a su madre y a su hermano Lucho, al parecer, más por solidaridad fraterna que por tener una idea cabal de la situación. Para ella estaba más claro que el agua, que Alfredo se quede con su madre: su abuela Isolina.

— Mira Idita, deja ya de llorar, por favor. —Le dijo su marido, con ganas de ayudarle a hallar un poco de consuelo—. Tu hijo se ha quedado esta vez por su propia decisión. Pero tú escribes unas cartas muy hermosas. Tan pronto lleguemos a Cajamarca, óyeme bien, le vas a escribir cada semana una de esas cartas poéticas que sólo tú sabes hacer a tu hijo, rogándole que venga a vivir a tu lado. Te aseguro que eso no va a fallar.

Cuánta razón tuvo Gonzalo Cabanillas en eso. Tan pronto llegaron a Cajamarca y se instalaron provisionalmente en una casita en el jirón cinco esquinas, muy cerca de su intersección con el jirón Huánuco, María Ida comenzó a aplicar su estrategia de reconquistar a su hijo Alfredo, esta

vez para siempre. Hasta que, al fin, a fines del mes de febrero del año de mil novecientos cincuenta y cinco, siguiente: recibió respuesta de él aceptando venir a Cajamarca a vivir con ella.

Casi a fines de marzo Alfredo viajó hasta Trujillo, como siempre, en uno de los bimotores de la Faucett. A su llegada se hospedó en la casa que en el jirón Francisco de Zela tenía su tío Arturo Escalante en esa ciudad. De allí lo recogió su padre político Gonzalo Cabanillas y lo llevó a Cajamarca, en uno de los carros que dijo él que manejaría.

Para esa fecha, ya vivían en una casita de adobes del Jirón El Inca N° Quince, en su numeración primigenia de latón con los números pintados con negro, porque luego pasó esa misma casa a ostentar el número ciento cuarenta y nueve en placas especialmente diseñadas para ese fin por la Municipalidad Provincial de Cajamarca, por la que cada uno de sus residentes tuvo que pagar la suma de ocho soles en armadas mensuales de un sol, que pagaron junto con el recibo del agua.

Alfredo estudió el quinto año de primaria en la Escuela Prevocacional “*Rafael Olascoaga*” N° 123, que por aquel tiempo era centro de aplicación de la Normal Rural de Varones de Cajamarca. Pero ese año, no fue un buen año ni para Alfredo ni para su madre: María Ida. Estuvo plagado de una serie de desencuentros afectivos, debido a que el niño comenzó a convertirse en púber y al hecho concreto de que no llegó a acostumbrarse a su nueva vida *shishaca*

y citadina, después de haber vivido libre como el viento allá en las selvas de *La Ochora* y, a pesar de tener a su lado a su tío Caleb Cahuide —el “*huinsho*” o “*el shulca*” de su querida abuela, encima de allá de *La Ochora*—, que vino a terminar su secundaria en el centenario y vetusto Colegio “*San Ramón*”, para Alfredo su casa seguía estando allá en las selvas de *La Ochora* y junto a su abuela.

Finalmente, a fines del mes de marzo del año de mil novecientos cincuenta y seis, y sin que su madre lo pudiera evitar, Alfredo regresó a su tierra natal. Para conseguir el pasaje de Chiclayo a Moyobamba que, obligado, tenía que hacerse por avión y era más o menos costoso, le escribió a su tío Demetrio que ya trabajaba como profesor de aula en la escuela de varones de *La Ochora*. El giro que éste le hizo por la Caja de Depósitos y Consignaciones llegó a comienzos de la segunda quincena de marzo, con lo cual, sin pensarlo más y añorando estar de nuevo con su abuela, Alfredo inició el viaje de regresó a su tierra natal: *La Ochora*.

CAPITULO XX

El retorno definitivo del espurio a Cajamarca

Alfredo Izaguirre González llegó a La Ochora después de estar varado en Chiclayo más de cinco días, debido al mal tiempo en Moyobamba que impedía que el avión pudiera aterrizar allí. Por suerte, su padre político antes de que inicie este viaje, le metió a su bolsillo un billete de 50 soles y le encomendó su cuidado a un paisano suyo que también viajaba a Moyobamba, donde era profesor de una escuela en Jepelacio.

Con aquel profesor, Alfredo tuvo que pasar aquellos días de para obligada en esa ciudad norteña de la costa, donde tuvieron que soportar inusualmente dos noches seguidas de lluvias que, obviamente, para Alfredo no fueron la gran cosa, pero para los chiclayanos era algo tan terrible, que algunas viejecitas las identificaban incluso como preludeo

del juicio final. Que llueva fuerte en cualquier ciudad de la costa peruana, es tan inusual como que en la selva no llueva en cualquier época.

Cuando Alfredo hubo agotado por completo el dinero del cual dispuso para este viaje, por fin y como milagro de Dios, mejoró el tiempo y pudo recién viajar a su destino. Cuando llegó a él, lo hizo sin un centavo ya en el bolsillo, pero eso no sería inconveniente ya que iría de Moyobamba a *La Ochora* a pie. Pero, cómo no tuvo ni para pagarle al vadero para cruzar el río Indoché, un amigo de su abuela, don Alejandro Villacorta “*viejo*” le auxilió con el pago de ese obligado peaje, ya que el río por estar crecido y lleno de bote a bote, no le permitió cruzarlo a nado como pensó que podría hacerlo, antes de iniciar el viaje en el aeropuerto de Moyobamba.

Tal como siempre soñó, estar de nuevo con su abuela, para Alfredo fue como si todas sus cosas hubieran vuelto al lugar que siempre tuvieron en su vida. La rutina a la que estaba acostumbrado volvió a ser la misma y como resultaba más que evidente para él, su abuela era su verdadera madre.

De eso no le cabía ya ninguna duda. María Ida era, por así decirlo, una madre que no encajaba en su espacio, en su vida cotidiana, en esa selva umbrosa donde él se había criado y donde a él le gustaba estar. ¿Cajamarca? Claro que era una ciudad bonita, con los atractivos de una región hermosa como la sierra, pero su selva mágica y esplendorosa no tenía comparación.

Así pasó ese año, en que tuvo que repetir el quinto de primaria sin necesitarlo, de nuevo junto a su abuela allá en *La Ochora*. Resultó que cuando llegó a Moyobamba las matrículas en el colegio secundario se hubieron cerrado y no hubo posibilidad alguna de ingresarlo al primer año, al no haber rendido el examen de admisión allí, ni mucho menos haber traído consigo un comprobante de haberlo rendido en Cajamarca.

Es posible que, si su padre todavía estuviera viviendo en Moyobamba, este asunto pudo haber tenido un mejor desenlace. Pero, Hildebrando Izaguirre Ríos y toda su familia vivían ahora en Lima. Así estando las cosas, para su abuela fue mucho más sensato y sencillo que repita el quinto de primaria, en *La Ochora* y a su lado, aun cuando en ese caso, su certificado acreditara que había aprobado el quinto de primaria en Cajamarca con promedio dieciséis.

Ese año —el de mil novecientos cincuenta y seis—, su tío Demetrio González flamante profesor egresado en la primera promoción de la Escuela Normal de Moyobamba, era el segundo que ya venía trabajando como profesor de aula en la escuela de varones donde Alfredo estudió por segunda vez el quinto año de primaria. A los seis meses de iniciadas las labores escolares, Demetrio se casó con Teresa López, administradora y única empleada de la Oficina de Correos y Telecomunicaciones de La Ochora; y, su abuela y él, se fueron a vivir con ellos en una casa que arrendaron en la plaza de armas del pueblo, de propiedad de Francisco

Escalante, hermano mayor de su abuela Isolina, que desde hacía ya mucho tiempo vivía en Moyobamba y usufructuaba unas chacras surcando el río Mayo.

Luego de concluir la primaria una vez más, Alfredo Izaguirre rindió el examen de admisión para ingresar a la secundaria en el Colegio “Serafin Filomeno” de Moyobamba y obtuvo allí una beca que se tradujo sólo en gratuidad de la enseñanza, porque ese colegio no disponía de internado para becarios, como sí lo tenía el “San Ramón” de Cajamarca. De tener internado, presumiblemente, otro hubiera sido el futuro de Alfredo, porque se habría quedado a estudiar su secundaria allá en su selva umbrosa y querida.

Alfredo inició sus estudios de secundaria con la normalidad que se dan para este tipo de cosas; pero, como su padre: el profesor Hildebrando Izaguirre Ríos vivía ahora en Lima, por haber sido ascendido al cargo de Jefe del Séptimo Piso del Ministerio de Educación —en el cual se hallaban la estadísticas y el escalafón magisterial y algunos otros rubros de similar naturaleza—, por el mismísimo presidente de la república doctor Manuel Prado Ugarteche, después de un impresionante discurso que éste le diera durante un banquete en su visita a Moyobamba. La posibilidad de Alfredo de ir a vivir con su padre allá en Moyobamba, por este motivo, quedó sin efecto para él.

Su tío Demetrio entonces, quedó encargado por su abuela de conseguirle una pensión donde quedarse durante la semana en Moyobamba. La nueva integrante de la familia

Teresa López, tenía a su vez una hermana mayor en Moyobamba que se llamaba Zoila. Ésta y su esposo Severo Villacorta, administraban los Baños Públicos de Shango, de propiedad de la Municipalidad Provincial de Moyobamba y vivían en una casita hecha justamente para los que llegaran en calidad de administradores de estos baños públicos. Aquellos baños públicos contaban para alquilar a quien lo requiriera, con una piscina y duchas abastecidas con agua traída desde la rumorosa quebrada de Rumiaco por un canal que parecía de riego.

Además, el padre de Zoila y Teresa: don Custodio López, que ya era viudo, tenía una casa de dos pisos en el jirón Alonso de Alvarado de Moyobamba, a la que venían a dormir por las noches todos los hijos de la señora Zoila; pero, durante el día, con excepción de don Custodio, que se quedaba en su casa, toda la familia de esta señora se trasladaba a la casita hecha para el administrador en los Baños de Shango.

Don Custodio López hasta allí, era empleado jubilado en el cargo de secretario de la Municipalidad Provincial de Moyobamba y vivía de su pensión como tal. Doña Zoila y don Severo, vivían del alquiler de los servicios de duchas y piscina en los Baños de Shango, deducido el pago mensual que por concesión tendrían que hacer a la Municipalidad de acuerdo a su contrato.

Todo el tiempo que Alfredo Izaguirre González estudió el primero y segundo años de secundaria en Moyobamba, lo

hizo como “*pensionista*” durante el día en la casa de Shango de la señora Zoila, y como “*huésped*”, por las noches, en la casa de don Custodio, sólo que a los términos “*pensionista*” y “*huésped*”, habría que adicionarles algún adjetivo especial para precisar, en ambos casos, que no pagaba un sólo centavo ni por los alimentos que recibía en Shango, ni por el hospedaje en la casa de don Custodio. En el primer caso, por considerar la señora Zoila que sería una ocurrencia hacerle ese cobro a su cuñado Demetrio, y en el segundo, porque don Custodio pensó igual con respecto a su yerno.

Doña Zoila era una mujer muy especial. Cariñosa, generosa, humana, sincera, leal, honesta y honrada hasta el suelo que pisaba. Se las arreglaba muy bien para preparar deliciosos almuerzos y austeras cenas de lunes a domingo, con los ingresos que percibía por concepto de alquiler de las duchas o de la piscina. Sólo que, en cualquier parte de la tierra, cuando llueve, nadie se baña. Esos eran los días justamente que se aprovechaba para realizar el aseo de tales servicios, lo cual era realizado tan pronto comenzaba a oscurecer, por su esposo Severo Villacorta.

Cuando Alfredo Izaguirre tomó en cuenta que debía “*desquitar*” de alguna forma lo que allí recibía, comenzó a ayudar a don Severo en desaguar la piscina y, a punta de escobilla y jabón, quitar el musgo verde que se formaba en sus paredes tarrajeadas sólo con arena y cemento. Otro tanto había que hacer con las duchas. Luego se abría la

compuerta del canal de riego abastecedor de agua para llenar la piscina y dejar operativas las duchas. De vez en cuando, había que limpiar también el canal que abastecía a los baños con el agua de la quebrada de Rumiaco.

Esta tarea se tenía que hacer los domingos, para lo cual se cortaba la atención al público. Era interesante porque había prácticamente que deshierbar el canal secándolo de trecho en trecho, para lo cual se lo desviaba igual que se hace con los canales de riego normales y muchas de las veces, se podía pescar “bujurquis”, “charcocas” y “yucas” o pequeños camaroncillos, con los que doña Zoila preparaba sabrosos chupes.

El caso era que como doña Zoila era una mujer muy amistosa, tenía como una de sus amigas a la señora María Albán, que se desempeñaba como administradora del Hospital del Ministerio de Salud que quedaba terminando de subir la loma de Shango, pasando los baños de este mismo nombre. Por esa razón este nosocomio era más conocido como “Hospital de Shango”. Todos los días, la señora Albán tenía que comprar en el mercado de abastos de Moyobamba —que funcionaba desde las cuatro de la madrugada, hasta las ocho de la mañana a más tardar—, las cosas para preparar los alimentos de los enfermos allí hospitalizados y doña Zoila la acompañaba como hacer sus propias compras.

La carne de res, que por ese tiempo era muy escasa y de mucha demanda, tenía que comprarla Alfredo Izaguirre a

las cinco de la madrugada, después de hacer cola desde las cuatro. En tanto doña Zoila llegaba desde Shango a las siete de la mañana, Alfredo aprovechaba este tiempo para repasar sus cuadernos tan pronto comenzaba a clarear.

Luego, en la misma alforja que la noche anterior traía Alfredo desde Shango para guardar la carne de res que compraría en la madrugada y que le servía muy bien para guarecerse del frío o de la lluvia, tenía que acomodar allí también los plátanos y las yucas para la comida del día, que compraba a partir de las siete de la mañana doña Zoila, con lo cual regresaba otra vez a Shango a esperar allí a que ella llegara del mercado con el desayuno.

Lo triste para Alfredo era que, por venir risa y risa doña Zoila con su amiga María Albán, llegaba con el bendito desayuno: pan con chicharrón o con mantequilla de maní, pasadas las ocho de la mañana. A esa hora, Charito Vásquez, primera hija de doña Zoila y Alfredo, ambos estudiantes del primer año de secundaria, tenían que estar ya en sus respectivos colegios: el “Ignacia Velásquez” de mujeres, para el caso de Charito y el “Serafín Filomeno” de varones, para el caso de Alfredo.

Cuántas veces, por ese lamentable detalle, los dos estudiantes tuvieron que ir a sus colegios sin tomar desayuno ni meter nada al estómago. Alfredo algún tiempo después contó que, en tales condiciones, las primeras dos horas de clase pasaban como si nada, pero el recreo de media mañana y las dos horas siguientes, eran de mucho

sufrimiento para un jovencito como él, en trance de convertirse de púber en adolescente, que es cuando todos sin excepción se vuelven “*traga aldabas*”.

Para solucionar este pequeño problema del desayuno, Alfredo tomó la decisión de cruzar el río Indoche a nado. Su abuela le daba a su nieto Alfredo para cada semana la suma de un sol generalmente en sencillo, o sea en monedas de a diez y veinte centavos, para que tenga con qué pagarle al vadero que cobraba cincuenta centavos por cada pasada del río Indoche en su canoa.

Con ese sol de ahorro, Alfredo pudo comprar dos buenos panes franceses de diez centavos de lunes a viernes en el mercado, con lo cual aseguró no morir de hambre en el colegio, aunque como se los comía antes de las ocho de la mañana, puros y sin leche ni cualquier otra bebida, para la hora de recreo de media mañana en el colegio, otra vez estaba de hambre, pero esta hambre —según lo que aclaró él mismo— era un poco más llevadero que el anterior, cuando el estómago no tenía absolutamente nada que digerir y comenzaba a avisar casi a gritos que había que llenarlo aunque sea con agua.

Sólo por un orgullo mal comprendido, Alfredo no le escribió a su madre en Cajamarca por dos largos años, lo que él estaba pasando en Moyobamba. Por supuesto que él le escribía a su madre para ponerle al tanto acerca de sus estudios, pero no le contó jamás en ellas, especialmente, lo del desayuno que casi nunca tomaba. Hasta que por fin lo

hizo. Entonces su madre nuevamente fue quien coordinó por carta con su abuela, para que autorice que su hijo Alfredo regrese a Cajamarca. Recién allí se enteró aquella que, prácticamente su nieto Alfredo, había vivido sin tomar desayuno en forma regular cerca de dos largos años escolares, cerciorándose recién de la necesidad de dar a los hijos que estudian lejos de la casa, una propina adicional para sufragar imprevistos como aquellos.

Al término del segundo año de secundaria que culminó con excelente promedio y con honores, como el primer alumno en el curso de matemática, Alfredo hizo en esta oportunidad, por última vez, el viaje de Moyobamba a Trujillo en uno de los últimos sobrevivientes aviones “*Douglas*” bimotores de la Faucett.

Según pudo enterarse ya en Cajamarca, esta empresa cambió sus bimotores por cuatrimotores, debido a la demanda creciente de pasajes. El único inconveniente era que, bimotores o cuatrimotores, se trataba de aviones viejos repotenciados que habían servido en la segunda guerra mundial. A poco tiempo del regreso de Alfredo a Cajamarca, la Faucett se declaró en quiebra y desapareció de la actividad de transporte de pasajeros.

Al llegar a Trujillo, esta última vez Alfredo ya no fue a la casa de su tío Arturo Escalante, del jirón Francisco de Zela en el barrio de Chicago para recibir allí hospedaje, porque lo estuvieron esperando en el aeropuerto sus tíos mucho más cercanos Elías y Demetrio. El primero trabajaba como

sanitario en la Guardia Civil y Demetrio, que vino a Trujillo no más a comienzos de enero, estaba estudiando la carrera de derecho en la Universidad de Trujillo.

En Cajamarca y por venir recién en el mes de marzo, Alfredo ya no pudo conseguir fácilmente matrícula en el Colegio “San Ramón”. Como era alumno de alto rendimiento académico y para que siga manteniendo su beca de estudios, le ofrecieron que debía ingresar a la banda de música, opción que no alcanzó porque el maestro Ducos, director de la banda de dicho plantel, dijo que recibía sólo a alumnos que entraban a primero de media.

Finalmente después de muchos trámites y gestiones, Justina Aliaga González prima de la madre de Alfredo y profesora del colegio industrial de mujeres, logró que su amigo personal Jorge “Venado” Colina, auxiliar de educación en tercer año de secundaria; pero, más que todo *“templado hasta la médula de la diminuta pero muy hermosa Justina”*, le consiga un resquicio en esa sección a consecuencia de una vacante por traslado, que fue por donde ingresó Alfredo a ese colegio pero en condición de *“pagante”* y no de becario como venía de Moyobamba, porque de *“pagante”* fue la vacante aquella.

Algún tiempo después, Alfredo recordaría con nostalgia que el día que él llegó de Trujillo por segunda vez, Cajamarca le recibió con una lluvia torrencial, lo cual no impidió que su hermana Dora, se aprovechara muy bien de este acontecimiento para sacarle a su padre, las entradas

para ir a ver la película “Tizoc” protagonizada por los inacabables Pedro Infante y María Félix, en el Cine “*Aurora*”, que por ese tiempo estaba ubicado en la mitad del jirón Apurímac, cuadra comprendida entre los jirones Amalia Puga y Amazonas, que esa vez estuvo haciendo honor a su nombre por las enormes torrenteras en las que se hubo convertido.

EPILOGO

Pasó cerca de un año desde aquel incidente desagradable en la que Alfredo le pidiera a su padre que, tan sólo con una carta poder notarial dirigida a su tío Demetrio González, podía cambiar la palabra “*hijo espurio*” por la de “*hijo natural*” en su partida de nacimiento. Pero, como no quiso hacerlo, Alfredo esta vez negó a su padre y se retiró de su vida, con la firme decisión de no volver nunca más sobre sus pasos para volverlo a ver.

En todo ese tiempo, según como prometiera, no volvió a poner un pie en la casa paterna. Y no se comunicó con él ni siquiera por teléfono. Y... así habría quedado rota para siempre la relación entre padre e hijo.

Sin embargo, una noche en que Alfredo se encontró celebrando el cumpleaños de su compañero de trabajo de la

FAP: Luis Oswaldo Damián Casas, en compañía de Percy Fernández Quispe, José Del Giudice Ferrones y José Flores Escaramutti, llegaron hasta el Club Arequipa del Paseo Colón. Daba el caso que Percy Fernández por ser arequipeño, tenía acceso a ese club departamental privado, donde servían los más sabrosos adobos y, chuletas de cerdo al horno, a cualquier hora de la noche.

Allí en ese local, más de pura casualidad que por otro designio, se encontró Alfredo con su hermano de padre llamado Hildebrando como aquel. Al preguntarle éste por qué ya no llegaba a la casa paterna y al expresarle que le extrañaban allí, Alfredo le contó lo ocurrido con su padre y lo que él le dijo cuándo le pidiera el favor de que arregle su dichosa partida. Después de escucharle atentamente, su hermano Hildebrando después de hacerle la necesaria reconvencción de hermano mayor, de no resentirse así de ese modo tan duro con don Hildebrando, el padre de ambos, le prometió solemnemente:

— Hermanito, a papá ya no le tienes que hacer caso sobre lo que te diga ni menos resentirte de ese modo con él. Todos te extrañamos en esa casa, especialmente mi madre que a ti te aprecia muchísimo. Papá para ciertas cosas, no se ubica todavía en el tiempo actual, y tal parece que se hubiera quedado no en la colonia, que sería algo más favorable, sino que está metido hasta la coronilla en la edad media. Pero no te preocupes hermano, yo voy a conversar con él sobre este punto, a mí me tiene que escuchar. Cómo

no va a poder hacer esa simple cosa para ti. Te prometo que voy a arreglar ese asunto que, como bien tú lo dices, es muy sencillo de arreglar.

Dos meses más tarde, Alfredo recibió por correo certificado en su centro de trabajo de la Fuerza Aérea del Perú, un sobre de manila conteniendo dos partidas con el error aquel completamente rectificado. Desde entonces, la relación familiar de Alfredo con su padre casi se restableció a cómo fue antes.

Sin embargo, en el fondo no volvió a ser nada igual. Para él estaba latente lo que su abuela Isolina Escalante le dijera lapidariamente alguna vez:

“En todas las relaciones de amor —y la de un padre con su hijo es una de ellas—, esa relación es ni más ni menos como un cristal: hermoso, límpido, sereno y lleno de ternura; pero, es muy frágil y se rompe con facilidad, también, igualito que aquel. Cuando una palabra mal dicha, un gesto o un acto mal habido cualquiera lo llega a romper, se puede juntar y recomponer los pedazos, pero quedan para siempre las huellas de aquel resquebrajamiento y ya nada vuelve a ser como fue al principio...”

La novela “El espurio”,
del autor
Wilson Izquierdo González,
se terminó de imprimir
en la ciudad de Cajamarca,
Perú, el 24 de septiembre de 2021,
en los talleres gráficos
de ***Copycentro Servicios Generales SAC.***

